
HARLEQUIN
Bianca
MILLONARIOS
de INCÓGNITO
DANI
COLLINS
UNA APUESTA ARRIESGADA



UNA APUESTA ARRIESGADA

DANI COLLINS



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una apuesta arriesgada, n.º 144 - septiembre 2018
Título original: Xenakis's Convenient Bride
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-9188-692-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Prólogo

STAVROS Xenakis echó sus fichas de veinte mil euros en el bote, menos satisfecho de lo que habitualmente se sentía después de un desafío, aunque no se debía ni a sus compañeros de juego ni a su mediocre mano.

Sebastien Atkinson, su amigo desde hacía muchos años, había organizado su habitual celebración posterior a la descarga de adrenalina. Solo estaban ellos cuatro, como era habitual. Muchos acudían a los eventos de deportes extremos, pero solo Antonio Di Marcello y Alejandro Salazar tenían tanto dinero como Sebastien y Stavros y su misma capacidad para apostar a aquel nivel.

Stavros no era un esnob como su abuelo, pero le resultaba difícil considerar a otros sus iguales. Aquellos hombres lo eran, razón por la que le gustaba estar en su compañía. Esa noche no era la excepción. Mientras se tomaban un whisky Macallan 1946 seguían excitados, después de haber desafiado a la muerte esa mañana.

Entonces, ¿por qué estaba tan inquieto?

Repasó mentalmente su ejercicio de salto de esquí, en el que había descendido esquiando por la ladera de una montaña hasta llegar al borde de un precipicio para saltar al vacío, volver a caer en la parte inferior de la ladera, seguir esquiando salvando peligrosas curvas y volver a saltar.

Había sido de una exigencia física similar a la de los retos anteriores, aunque probablemente el más temerario. Y él había vivido cada momento, que era su forma particular de meditar.

Esperaba eliminar la frustración que le perseguía, pero no había sido así. La había dejado de lado durante unas horas, pero volvía a corroerle.

Sebastien lo miró desde el otro lado de la mesa, sin duda para tratar de adivinar si se estaba marcando un farol.

–¿Cómo está tu esposa? –le preguntó Stavros para desviarlo de su propósito, pero también preguntándose cómo era posible que Sebastien estuviera felizmente casado.

–Bien y, desde luego, su compañía es mejor que la tuya. ¿Por qué estás tan huraño esta noche?

¿No era evidente? Stavros hizo una mueca.

–Todavía no he ganado –como estaba entre amigos, les contó lo demás–. Y mi abuelo me amenaza con desheredarme si no me caso pronto. Le diría que se fuera al infierno, pero…

–Está tu madre –intervino Alejandro.

–Exactamente.

Todos conocían su situación. Le seguía la corriente a su abuelo por su madre y sus hermanas. No podía renunciar a su herencia porque a ellas les costaría la suya.

Pero ¿sentar la cabeza? Su abuelo había intentado coartarlo desde los doce años y, últimamente, le exigía un heredero.

Stavros no lo aceptaba, por lo que estaba, una vez más, enfrentado al anciano. Normalmente conseguía evitar que lo condujera a golpe de látigo por el camino que deseaba, pero aún no había hallado una ruta alternativa propia. Era algo que lo mortificaba, sobre todo cuando su abuelo controlaba el conjunto de empresas farmacéuticas de la familia.

Aunque Stavros siempre buscara el enfrentamiento, su personalidad había conseguido grandes ganancias para Dýnami. Se hallaba más que dispuesto a tomar el timón. Una esposa e hijos constituían una carga innecesaria, pero su abuelo pensaba que demostrarían que era «maduro» y «responsable».

Stavros no sabía de dónde se había sacado el anciano que él no era ambas cosas. Subió la apuesta a cien mil euros, a pesar de que su mano no había mejorado. Pronto los perdió.

Jugaron un poco más y, después, Sebastien preguntó:

–¿No tenéis la impresión de que nos pasamos buena parte de la vida contando dinero y persiguiendo cosas superficiales en vez de algo con mayor significado?

Antonio lanzó un puñado de fichas y le dijo a Alejandro:

–Cuatro copas y ya está filosofando.

–Hablo en serio.

Sebastien era el único multimillonario de los cuatro hecho a sí mismo. Lo había criado una madre soltera con el dinero del paro, en un país donde la herencia familiar y los títulos valían más que la cuenta bancaria. Los pocos años en que los aventajaba le daban derecho a actuar como mentor de los otros tres. No temía dar su opinión, y pocas veces se equivocaba. Todos lo escuchaban cuando hablaba, pero era cierto que se ponía filosófico cuando llevaba una copa de más.

–A nuestro nivel –prosiguió– el dinero son cifras en un papel, puntos en un marcador. ¿En qué contribuye a nuestras vidas? El dinero no da la felicidad.

–Pero te proporciona sustitutos muy agradables –afirmó Antonio sonriendo con suficiencia.

Sebastien hizo una mueca.

–¿Como tus coches? –preguntó. Después miró a Alejandro–. ¿Como tu isla privada? Tú ni siquiera usas ese yate del que estás tan orgulloso –dijo dirigiéndose a Stavros–. Compramos juguetes caros y jugamos a peligroso juegos, pero ¿nos enriquecen la vida?, ¿nos alimentan el espíritu?

–¿Qué sugieres? –preguntó Alejandro al tiempo que se deshacía de una carta y la sustituía por otra–. ¿Que nos vayamos a vivir a un monasterio budista en la montaña? ¿Qué renunciemos a las posesiones materiales para buscar la iluminación interior?

–Vosotros tres no podríais vivir ni dos semanas sin el apoyo de vuestra fortuna y apellido. Vuestra dorada existencia os impide ver la realidad.

–¿Y tú podrías? –lo desafió Stavros al tiempo que lanzaba tres cartas–. ¿Nos estás diciendo que volverías a la época en que estabas sin blanca, antes de ganar una fortuna? Pasar hambre no es ser feliz. Por eso ahora eres una canalla rico.

–Pues resulta que he estado pensando en donar la mitad de mi fortuna a una obra social, a la creación de un fondo de búsqueda y rescate. No todos tienen amigos que lo desentierren con sus propias manos después de quedar sepultado por un alud.

Sebastien sonrió, pero los demás no lo imitaron.

El año anterior, Sebastien había estado a punto de morir durante uno de los desafíos que él y sus amigos se imponían. Stavros seguía teniendo pesadillas en las que revivía esos terribles minutos. Había acabado con los dedos congelados, pero había cavado de forma frenética para salvar a Sebastien, incapaz de ver morir de nuevo a un hombre. A un hombre cuya vida valoraba.

Sintió náuseas al recordarlo y tomó un trago de whisky para eliminarlas.

–¿Lo dices en serio? –preguntó Alejandro–. ¿Cuánto es eso?, ¿cinco mil millones?

–No podré llevármelos conmigo –Sebastien se encogió de hombros con despreocupación–. Monika está de acuerdo, pero yo todavía no he tomado una decisión. Os propongo algo –se inclinó hacia delante con la sonrisa traviesa que siempre esbozaba cuando les proponía lanzarse al agua desde una acantilado o alguna otra

acción descabellada–. Si vosotros tres vivís dos semanas sin tarjetas de crédito, lo haré.

–¿Cuándo empezaríamos? Todos tenemos responsabilidades –le recordó Alejandro.

Tras una larga pausa, Sebastien ladeó la cabeza.

–Es cierto. Resolved lo que tengáis que hacer y estad preparados, cuando os llame, para vivir dos semanas en el mundo real.

–¿De verdad vas a apostar la mitad de tu fortuna en un desafío tan sencillo? –preguntó Alejandro.

–Si te apuestas tu isla, y vosotros, vuestros juguetes preferidos. Yo os diré dónde y cuándo.

Los tres bufaron muy seguros de sí mismos.

–Está tirado. Cuenta conmigo –afirmó Stavros.

Capítulo 1

Cuatro meses y medio después…

Ella flotaba en la piscina en la concha de una almeja gigante de color marfil. El dibujo geométrico rosa y verde de su bañador contrastaba con sus miembros ágiles y dorados. Su cabello negro se le extendía por los hombros y unos cuantos mechones flotaban en el agua. Llevaba gafas de sol y las uñas de los pies pintadas de rojo.

Estaba profundamente dormida.

Mientras Stavros contemplaba cómo el bañador le realzaba los senos y le marcaba las caderas, antes de perderse entre sus muslos, se excitó. Fantaseó con lanzarse a la piscina y acercarse a ella para tomarla en brazos, como si fuera un antiguo dios que robara a una ninfa, y poseerla en el sofá de mimbre que estaba a la sombra, detrás de la cortina de agua del extremo opuesto de la piscina.

El único sonido en el jardín rodeado de altos muros era el de la cascada, que manaba del borde del enrejado cubierto de hiedra que servía de techo a la zona del bar. El ruido del agua amortiguó el suspiro de Stavros al dejar la caja de herramientas, que contenía herramientas eléctricas, un mazo, paletas y elementos adhesivos.

Se irguió y echó otra ojeada.

Tal vez, hacer el papel de operario de mantenimiento de piscinas no estuviera tan mal.

La noche anterior había estado maldiciendo a Sebastien con vehemencia en un apartamento de soltero minúsculo, de ambiente cargado y sin aire acondicionado.

Su desafío de las dos semanas había comenzado y su nuevo hogar se hallaba encima de un tostadero de café. El olor era brutal. No sabía qué era peor, si abrir la ventana o cerrarla. La había dejado abierta mientras comparaba lo que tenía a su disposición con la foto de Antonio de dos semanas antes.

Al menos, gracias a su amigo, sabía lo que supondría el desafío. Como a Antonio lo habían mandado a Milán, Stavros supuso que a él lo enviarían a Grecia. Y allí estaba.

No le importaba perder el yate. Además, el gran gesto de Sebastien era algo que él también podía hacer. Se había tirado de tantos acantilados y aviones que no debería haber dudado a la hora de bajarse del ferry que lo había llevado a la isla en la que había nacido.

Pero lo había hecho.

Y la parecía que era un cobarde.

Se había obligado a desembarcar y a ir andando al apartamento, donde, al igual que Antonio, había descubierto que le habían proporcionado un teléfono móvil prehistórico y doscientos euros. Sin embargo, mientras que a Antonio le habían dado ropa de abrigo, a él le habían suministrado pantalones cortos.

Se suponía que tendría que vivir dos semanas sin su fortuna ni su reputación, pero parecía que también sin su dignidad. Al menos, su bañador no era como esos taparrabos tan populares en las playas europeas. El uniforme era chabacano: unos pantalones cortos de rayas blancas y amarillas con una camiseta amarilla a juego.

Stavros leyó el logo impreso en ella, en griego e inglés, y se sintió ofendido en ambas lenguas: *Zante, Mantenimiento de Piscinas*. Sebastien le había dicho que dejara todo en orden en casa y se tomara vacaciones, y lo había mandado a trabajar en el mantenimiento de piscinas.

En el teléfono tenía tres números de contacto: los de Sebastien, Antonio y Alejandro. Le había mandado a Antonio una foto de lo que había en su apartamento con un mensaje:

¿Esto va en serio?

Antonio le había contestado:

Si el resultado se parece al mío, te esperan todavía muchas sorpresas.

Antonio había descubierto que tenía un hijo. ¿Qué sorpresa mayor que esa podía haber?

Que Stavros tuviera un hijo en la isla sería un milagro, ya que se había marchado de allí a los doce años y, para entonces, solo había besado a una chica. Al llegar a Estados Unidos, comportarse de forma arriesgada se convirtió en la norma. A los catorce años perdió la virginidad con una chica mayor que él de su misma escuela, a la que le gustaba pintarse los ojos con una raya negra y los labios de rojo oscuro, además de los chicos más jóvenes que ella interesados

en aprender a complacer a una mujer. Sus preferidos eran los que siempre buscaban pelea, y él era uno de ellos.

Un año después había conquistado a la secretaria de su abuelo y a la niñera que cuidaba de su hermana pequeña. No se enorgullecía de ello, pero tampoco lo lamentaba tanto como debiera. En aquel tiempo, el sexo había sido una de las pocas cosas que lo hacían feliz.

Tener sexo con la mujer de la piscina le haría mucho más llevadera la situación de ese día. De los catorce días, de hecho.

Volvió a sentir dudas. Aquella apuesta no consistía simplemente en fingir ser una persona normal durante dos semanas. Sebastien le había dejado una nota:

> *Supongo que recordarás la conversación que tuvimos el año pasado, cuando viniste a visitarme mientras me recuperaba del accidente del alud. Abriste una excelente botella de un whisky escocés de cincuenta y cinco años en mi honor. Te lo vuelvo a agradecer.*
>
> *Me dijiste, entonces, que el hecho de haber perdido a tu padre te había dado fuerzas para cavar en la nieve y salvarme la vida. ¿Recuerdas que también me contaste cuánto te había molestado que tu abuelo te llevara a Nueva York y te obligara a responder cuando utilizaba tu nombre americano? Creo que lo que verdaderamente querías decirme es que no te parecía que merecieras ser su heredero.*

Sebastien había reprochado a Stavros que no valorara a su familia y su herencia, ya que él no gozaba de esas ventajas. En la nota, continuaba diciendo:

> *Te voy a conceder tu deseo. Durante las dos semanas próximas, Steve Michaels, con toda su riqueza y su influencia, no existirá. Serás Stavros Xenakis y trabajarás para Zante Mantenimiento de Piscinas. Tienes que presentarte mañana, a las seis de la mañana, a tres manzanas de aquí.*
>
> *Antonio aguantó las dos semanas sin darse a conocer, por lo que el primer tercio de mis cinco mil millones de dólares irá para el fondo de búsqueda y rescate. Haz lo mismo, Stavros. Podría salvar una vida. Y emplea este tiempo en hacer las paces con el pasado.*
>
> *Sebastien*

Stavros se quedó despierto hasta más tarde de lo que hubiera debido, a causa, en parte, del desfase horario, pero, sobre todo, a que estaba pensando de qué manera podía librarse de aquella

apuesta. Además, no podía dormir en una habitación en la que hacía tanto calor, por lo que se dedicó a dar vueltas en la dura cama individual. Por fin, aceptó su suerte y se quedó dormido.

Más temprano de la hora a la que tenía que levantarse, el sol le dio directamente en los ojos y unos camiones de chirriantes frenos aparcaron bajo la ventana abierta de la habitación.

Enfadado, se tomó un tazón de cereales con leche y, de camino a su «trabajo», compró café.

Su jefe, Ionnes, le dio una tablilla con sujetapapeles que contenía un mapa, varios dibujos y los detalles del trabajo. Le dio unas llaves y le señaló un camión lleno de provisiones y herramientas para que los descargara antes de montarse en él.

Llegados a ese punto, Stavros podía haberse comprado un billete de vuelta, pero se había dejado las tarjetas de crédito en Nueva York, siguiendo las instrucciones de Sebastien. Llevaba superando con éxito todos los desafíos de su mentor desde su primer año de universidad, y ninguno de ellos había acabado con él.

Al guiarse por el mapa reconoció la carretera que subía y bajaba por las colinas, a pesar de los dieciocho años transcurridos. Su pesar fue aumentando con cada kilómetro que avanzaba, así como la opresión que sentía en el pecho.

Tal vez no estuviera desafiando a la muerte en aquella apuesta, pero enfrentarse a la pérdida de su padre le resultaba aún más difícil.

Se quedó sentado cinco minutos en el camión, detenido en el camino particular de la vivienda, intentando apartar los tristes recuerdos y fijándose en los cambios que había experimentado la casa en la que habían vivido él y su familia hasta que el hundimiento de una barca había modificado radicalmente sus vidas.

La villa estaba bien cuidada, pero era modesta para el estilo de vida al que estaba acostumbrado. Había sido la casa de los sueños de su madre cuando se casó. Era una joven del pueblo de pescadores que había al sur de la isla y había insistido en que su esposo utilizara aquella casa como base de operaciones. Era un lugar donde podría disfrutar de sus hijos y dedicarles tiempo. Le decía que era un adicto al trabajo y que estaba perdiendo sus raíces, ya que pasaba demasiado tiempo en Estados Unidos, y la empresa familiar, en creciente expansión, dominaba su vida.

La villa no era nueva cuando la compraron, y había necesitado reparaciones. Su padre le había encargado a Stavros que pusiera adoquines nuevos en la entrada principal mientras su madre y sus hermanas plantaban buganvillas que ahora estaban cargadas de

flores rosas que resaltaban sobre las blancas paredes.

Los recuerdos eran tan vívidos y dolorosos mientras estaba allí sentado que tuvo ganas de dar marcha atrás y huir de todo aquello.

Pero ¿adónde iría? ¿Volvería con su abuelo para que lo siguiera culpando y avergonzando? ¿Volvería para seguir desempeñando el papel de suplente, que detestaba, pero que representaba porque su padre no estaba allí para ser la estrella?

Volvió a maldecir a Sebastien antes de echar un vistazo a los detalles del trabajo para saber lo que tenía que hacer allí. No debía limpiar la piscina, sino reparar las baldosas rotas a su alrededor. La dueña de la casa le daría las indicaciones pertinentes.

Lanzó un bufido de desagrado. Después de llevar dos años soportando los dictados de su abuelo, que ahora le exigía que se casase, estaba más que harto de que le dijeran lo que tenía que hacer.

Nadie contestó al timbre de la puerta de la verja, así que entró y bajó unos escalones que conducían a un patio rodeado de muros blancos, salvo por uno de los lados, que daba al mar. Su llegada no había despertado a Venus de su sueño.

Volvió a mirarla. Si estaba casada, era un trofeo para su esposo. Sin embargo, no llevaba alianza.

«La dueña de la casa», había escrito Ionnes. Era una pena que semejante belleza estuviera reservada para el cliente de su jefe.

En su vida normal, eso no le habría impedido ir tras ella. Pero recordó que ahora tenía otra vida,

Se agachó para salpicar a la mujer.

Las gotas de agua en el rostro de Calli hicieron que se despertara sobresaltada. Intentó erguirse, pero, como estaba en la piscina, perdió el equilibrio inclinándose hacia un lado. Las gafas de sol se le deslizaron por la nariz y extendió los brazos para tratar de agarrarse a algo. Cayó al agua. ¡Qué susto!

Eso había sido obra de Ophelia, pensó.

Dándose cuenta de dónde estaba, salió a la superficie mientras farfullaba:

–Estás castigada. Vete a tu habitación.

Pero no era Ophelia quien la miraba desde una considerable altura al lado de la piscina, sino un guerrero alto e imponente, con el sol a su espalda, por lo que Calli tuvo que esforzarse para verlo bien. La camiseta y los pantalones cortos amarillos no quitaban méritos a su poderosa e intimidante figura. De hecho, la primera se

le ajustaba como una armadura dorada a los hombros y el torso y acentuaba el bronceado de sus musculosos bíceps.

No le veía los ojos, pero sintió el peso de su mirada. Se olvidó de respirar y sintió calor, a pesar de estar sumergida en el agua hasta los hombros.

El calor se le extendió por el cuerpo, ese peligroso calor al que había aprendido a no prestar atención por instinto de supervivencia. Pero esa vez no desapareció, por lo que Calli tuvo un mal presentimiento. Aquel hombre la había hipnotizado, la había atrapado en un momento de fascinación sexual que parecía destinado a durar eternamente.

Él se cruzó de brazos, y dijo con humor:

–La sigo.

A su habitación, la de él, pensó ella. No era tanto una invitación como una orden.

Pensó que se estaba riendo de ella, lo que hizo que se sintiera vulnerable. No amenazada físicamente, pero sí en peligro a un nivel más profundo, donde residía su ego; donde su fracturado corazón se hallaba colocado en un alto estante para que nadie pudiera volver a tirarlo al suelo.

Llena de ansiedad, se secó los ojos a fin de verlo bien, de saber quién era y de entender por qué le había causado semejante efecto. En la camiseta llevaba el nombre de la empresa encargada del mantenimiento de la piscina, pero a él no lo había visto antes.

–No lo he oído entrar.

–Es evidente. ¿Se acostó tarde anoche?

–Sí –de pronto se dio cuenta de que no podía haber sido Ophelia quien la había despertado. Se había quedado dormida en la piscina porque había vuelto de madrugada después de dejar a la niña en casa de sus abuelos, en Atenas. Había conducido de noche y había echado una cabezada en el coche mientras esperaba la salida del ferri.

Takis no estaba en casa. No había nadie más que ella y aquel bárbaro.

–Estuve de viaje –se acercó a las escalera que había en la zona de la piscina en que se hacía pie–. Sabía que vendrían trabajadores y no quería dejar de hablar con ellos por estar durmiendo dentro. ¿Dónde está Ionnes?

–Me ha hecho a mí el encargo y me ha dicho que tengo dos semanas.

–Así es, ya que habrá una fiesta después.

Seguía sintiéndose alarmada, alarma que se triplicó cuando

subió las escaleras y la sombra de él cayó sobre ella. Había agarrado el finísimo albornoz de la silla y se lo tendía como un caballero.

Pero no era un caballero. Ella no sabía lo que era, pero tenía la clara sensación de que era alguien importante, no una persona normal como ella.

Calli agarró el albornoz e intentó meter los brazos en las anchas mangas. ¿Por qué temblaba? ¡Ay! Ophelia no había elegido bien. ¿Por qué era transparente? Era un regalo de cumpleaños. Cuando Calli lo había abierto, le había parecido muy femenino, pero solo se cerraba a la altura del ombligo, por lo que servía más para provocar que para cubrir, ya que le dejaba todo el escote y los muslos al descubierto.

Él se dio cuenta y la examinó de la cabeza a los pies sin inmutarse. No era la primera vez que alguien la miraba así, pero los habitantes de la isla sabían que no le interesaban o la consideraban intocable. En el caso de los turistas, ella fingía no saber inglés si quería rechazar una insinuación.

En cualquiera de los dos casos, le resultaba fácil librarse de los hombres. Pero no ese día. Notaba su mirada, que la volvía del revés.

De nuevo se sintió indefensa. ¿Por qué? Estaba inmunizada contra las miradas de los hombres.

Aquel era increíblemente guapo. El hecho de estar a su mismo nivel no la hacía sentirse menos intimidada. Era grande y fuerte y, al ver su rostro con claridad, se quedó sin respiración. Iba sin afeitar ni peinar, pero sus pómulos y sus negras cejas eran perfectos. Sin embargo, no fue la belleza esculpida de su rostro lo que la atrajo más, sino el fiero orgullo y la masculinidad sin concesiones que proyectaba.

Fue el deseo, no disimulado, que brilló en sus ojos castaños cuando se fijaron en los de ella, la arrogante suposición de que podría poseerla.

¿Se debía a que se daba cuenta de la reacción que había producido en ella? La media sonrisa que esbozó le indicó que así era.

Calli no podía apartar la vista de su ancha boca, sus sensuales labios y su firme mandíbula.

–Dígame lo que desea –dijo él–. Estoy a su servicio.

Volvió a invadirla una oleada de calor, que contrastaba con la frialdad del traje de baño.

«Por favor, que crea que es el frío lo que me endurece los pezones», pensó ella. Pero era él. Y saberlo la asustó.

Retrocedió un paso, en un intento de escapar de su aura sexual,

y estuvo a punto de caerse a la piscina. Él la agarró por los brazos para evitarlo. Fue una acción caballerosa, que la paralizó y la dejó temblando. ¿Qué le pasaba?

Trató de alzar la barbilla y mirarlo.

–Suélteme.

–Si es lo que desea –él esperó unos segundos y la soltó.

A ella le latía el corazón con tanta fuerza que estuvo a punto de llevarse la mano al pecho para calmarlo. En lugar de eso, cerró los puños y tragó saliva. Tenía la boca seca.

–Tiene un acento extraño. ¿De dónde es?

Él puso cara de póquer, por lo que ella dedujo que mentía cuando le dijo:

–Nací aquí.

–¿En Grecia o en esta isla? –Calli conocía a todos los habitantes de vista, cuando no de nombre–. No lo conozco. ¿Cómo se llama?

–Stavros. He vivido en el extranjero desde los doce años.

Ella se dio cuenta de dónde procedía el acento de su fluido griego.

–Es usted americano –estaba de vacaciones, por tanto.

La sangre le dejó de correr por las venas y se le helaron los huesos. No, otra vez no. No y no. Le daba igual lo guapo que fuera. No.

Como si él hubiera percibido una acusación en su tono de voz, echó la cabeza hacia atrás, ofendido.

–Soy griego.

Calli sabía que tenía un prejuicio, aunque ni siquiera era tal, ya que le gustaba charlar con los turistas americanos casados y con las mujeres americanas. Quería ir a Estados Unidos; a Nueva York, para ser precisos.

A los únicos a los que despreciaba era a los americanos que creían poder tratar a las mujeres de la isla como si fueran un parque de atracciones. Daba igual de dónde vinieran. Llegaban, actuaban y se iban. Las heridas de Calli seguían abiertas para demostrarlo.

El hombre que le había arrebatado todo, incluso la reputación, era americano, así que ese era el delito del que acusaba al que tenía frente a ella.

–Está usted aquí para arreglar las baldosas de la piscina –le recordó ella con una brusquedad que los duros golpes de la vida habían afilado–. Será mejor que se ponga a ello.

Capítulo 2

EL TERCER día, a Stavros le dolía todo. Hacía ejercicio de forma regular, pero no así. Después de diez horas rompiendo baldosas con un mazo y subiendo los trozos en una carretilla por unos escalones, había intercambiado unos mensajes con Antonio. La empresa de su amigo había construido algunos de los edificios más altos del mundo.

¿Puedo utilizar un martillo neumático?

Había incluido una foto.

No te lo recomiendo, ya que podrías dañar la piscina en su totalidad.

De todos modos, Stavros no tenía dinero para alquilar uno. De alquilar algo, sería un coche. Esa mañana le había acercado el camión del café y había hecho a pie el resto del camino. ¿Qué demonios creía Sebastien que aprendería con tanto ejercicio?

Pero no era ejercicio, sino un trabajo que te destrozaba la espalda, pero que le permitía dar salida a frustraciones acumuladas, aunque no a la que lo corroía.

Deseaba a esa mujer, a Calli, como le había dicho ella que se llamaba al preguntárselo. Le había señalado las baldosas resquebrajadas por las raíces de un árbol. Después había desaparecido en el interior de la casa y se había convertido en una presencia ambulante que lo distraía y que, a ratos, ponía música, hablaba ocasionalmente por teléfono o cocinaba platos que despedían un aroma que aumentaban todavía más su apetito, ya voraz por el duro trabajo.

La primera noche, Stavros había cenado muy bien, pero, después, había hecho números y llegado a la conclusión de que tendría que prepararse sándwiches el resto del tiempo que estuviera

allí, lo cual hacía aún más exasperante el olor a ajo, orégano, cordero y pimientos.

¿Para quién cocinaba ella? Eran las diez de la mañana y allí no había nadie, ni siquiera el hombre que la tenía oculta en la villa. Cabía suponer que sería un hombre casado.

Stavros no dejaba de pensar en eso ni en el aspecto de Calli al salir del agua como una diosa. La atracción física que había experimentado en ese momento le era totalmente desconocida. Se había visto obligado a acercársele más mientras se moría de ganas de tocarla. Su cuerpo seguía bullendo de deseo, pero ella había deseado que se muriera en aquel mismo momento por ser americano.

Había sido como si lo hubiera abofeteado porque, además, él llevaba toda la vida enfrentándose a sentimientos encontrados sobre su identidad, desde que su abuelo lo había arrancado de aquella isla paradisíaca para llevarlo al cemento de Manhattan.

Siempre había sido demasiado griego para el gusto de su abuelo y no lo suficiente para el suyo. Conocer a Calli había llamado su atención sobre esa herida.

Eso mismo le hacía volver, incluso con mayor determinación, al momento en que él había notado que ella lo deseaba. Eso había hecho que se olvidara del resto de consideraciones, sobre todo del hombre que la tenía allí.

No había sentido tanta rabia ni tanta impotencia desde que se había trasladado a Nueva York, donde se había visto forzado a llevar una vida que no deseaba. Y nunca, como en aquel momento, había experimentado la necesidad de demostrar algo a una mujer, de obligarla a reconocer la chispa que había surgido entre ellos.

Quería agarrarla de los brazos, atraerla hacia sí y besarla hasta que ella sucumbiera a la ferocidad de aquello que había entre ellos, y demostrarle…

Estaba tan ensimismado que martilleaba con demasiada fuerza. Un trozo de baldosa salió disparado y le hizo un corte en la pantorrilla. Al principio no le dolió, pero después notó que la piel le quemaba y soltó un improperio.

Calli oyó varios juramentos en voz muy alta, lo cual, en cualquier lengua, significaba que algo iba mal.

Llevaba los últimos días intentando no prestar atención a Stavros, lo cual era imposible. Sin embargo, no podía hacer caso omiso de lo que acababa de oír. Apagó el quemador y fue a mirar

por la puerta del jardín, protegida por una mosquitera.

Stavros estaba desnudo de cintura para arriba y se había envuelto la pierna en la camiseta. Estaba manchada de sangre.

Corrió a por el botiquín y, después, hacia donde él estaba.

–¿Qué ha pasado?

Era evidente lo que había pasado. Stavros llevaba botas de trabajo y, esa mañana, había llegado con pantalones vaqueros. Pero ya hacía calor, incluso en aquel patio parcialmente a la sombra. Se había quedado en pantalón corto una hora antes. Sí, ella lo había observado. Y un trozo de baldosa le había hecho un corte en la pantorrilla.

–Déjame ver.

Ella abrió el botiquín, pero, cuando él apartó la camiseta, se dio cuenta de que aquel corte necesitaba algo más que ser desinfectado.

–Tienen que darte puntos.

–Una venda de mariposa será suficiente.

–No, es profundo. Hay que desinfectarlo y curarlo bien. ¿Estás al día con las vacunas?

–Me hago chequeos de forma regular y, sí, estoy totalmente sano.

A ella le dio la impresión de que no se refería al tétanos, pero se negó a desviarse del tema. Llevaba seis años soportando a un jefe autoritario y evitando que su hija se metiera en problemas. Había aprendido a mantenerse firme cuando la situación lo requería.

–¿Sabes dónde está la clínica? No es un hospital propiamente dicho y solo está abierto durante el día. Será mejor que vayas ahora o tendrás que pagar por que te atiendan en tu alojamiento. O también puedes buscar un barco que te lleve a tierra firme para que te traten allí.

Ella intentó no prestar atención a su torso desnudo al girarse y doblarse para agarrar un rollo de gasa del botiquín.

–No tengo vehículo.

–¿Quieres que llame a tu jefe?

–No –se había vuelto a envolver la pierna con la camiseta y se la estaba sujetando con la gasa.

–Tendría que decirle que venga a buscarte y te lleve al hospital. Ya he visto que hoy no has venido en la camioneta.

–Te dirá que tengo que acabar un trabajo, lo que es verdad.

Ella había observado que había estado trabajando sin descanso y que parecía dispuesto a terminar en el plazo previsto. Su ética del trabajo había hecho mella en el concepto que tenía de él: que era un mujeriego inútil.

–¿Quieres que te lleve yo?

–Verás, no tengo seguro ni puedo permitirme pagar la cura.

Ella notó que lo había reconocido contra su voluntad, auNque no era un golpe para su orgullo. Estaba impaciente e irritado.

A Calli le sorprendió, no que hubiera reconocido que carecía de medios económicos, sino que no los tuviera. No poseía ni una brizna de humildad y desprendía una seguridad en sí mismo que ella solo había visto en hombres con mucho dinero, como Takis.

¿Quién era aquel hombre? ¿Qué le había sucedido?

–¿Crees que Ionnes va a despedirte si le presentas la factura del tratamiento médico? No es de esos, pero pediré que la manden aquí. La añadiremos a los costes de la reparación. A mi jefe no le importará –ya que la pagaría ella de su propio bolsillo.

Takis la había salvado cuando estaba tocando fondo, por lo que siempre buscaba la ocasión de agradecérselo.

–De todos modos, tengo que ir a comprar provisiones.

Era otra mentira piadosa, que no sabía por qué había dicho. Tal vez para no herir su orgullo, porque sabía lo que era perder la autoestima cuando se había perdido todo lo demás.

O tal vez porque quería estar un rato con aquel hombre, ahora que no sabía a qué atenerse con respecto a él. Examinó su serio rostro.

¿Por qué creía que él necesitaba algo de ella, y mucho menos su benevolencia? La innata fiereza de su expresión hacía que su rostro pasase de ser bello a ser poderoso. Era magnífico. Estaba hechizada, petrificada mientras él, a su vez, la miraba.

–¿Tu jefe? –le dirigió una mirada cargada de tensión sexual, imposible de pasar por alto.

Calli notó que le picaba el cuero cabelludo y que el sujetador le oprimía los senos. ¿A quién quería engañar? La atracción sexual se había evaporado únicamente porque ella llevaba escondida en la casa los tres días. Si se hubiera dado cuenta de que él había supuesto lo mismo que los demás, tal vez hubiera dejado que la falacia continuara, ya que le ofrecía una especie de protección.

Quería enfadarse, sentirse furiosa y herida.

Pero estaba asustada. El corazón le golpeaba en el pecho como un puño en una pared. Necesitaba protección porque la indiscreción juvenil que había hecho pensar mal a todas las mentes mezquinas seguía viva en ella. La había enterrado muy profundamente, pero él la había encontrado y sacado a la luz y le preguntaba qué era aquello.

–Takis Karalis –metió torpemente la gasa y las tijeras en el

botiquín– es el dueño de esta villa. Soy el ama de llaves. ¿Por qué? ¿Qué creías?

Él la volvió a examinar mientras reconsideraba su opinión de ella. Calli debería haberse sentido insultada, pero la mirada de él le produjo calor en su interior. Quería que descubriera su lado oculto, que jugara con él, lo limpiara y lo hiciera brillar.

En ese momento, deseó ser su tipo y poder intimar con él. Sus ojos le prometían placeres sin cuento.

Pero ese era el camino hacia el peor de los sufrimientos. Ella lo sabía bien. Debía recordarlo.

–No eres el primero que cree que soy su amante.

No se había molestado en sacarlo de su error porque su reputación estaba arruinada desde el día en que Takis le había ofrecido el empleo. ¿Qué más le daba que alguien más hiciera comentarios maliciosos a sus espaldas?

–Es sexista suponer que la única razón de que viva aquí es que me acuesto con el dueño; o creer que la casa no puede ser mía, sobre todo cuando parece que tengo muchas más posibilidades de pagarla que tú.

Él no se movió, pero su silencio la impactó y la advirtió que se anduviera con cuidado.

Una lucha de poder entre ambos era absurda. De hecho, tratar de mantenerlo a distancia parecía una causa perdida. La idea la perturbó tanto que solo fue capaz de decir:

–Te espero en el coche.

Entró en la casa y echó el relleno de musaka que acababa de preparar en un cuenco y lo metió en la nevera. Agarró las llaves y el monedero con manos temblorosas.

El coche estaba bloqueado por un palé de baldosas nuevas que él había descargado días atrás y por el bidón que contenía las que estaban rotas.

No quería manchar el descapotable. Miró el vendaje de Stavros. Debía de dolerle mucho la pierna, pero él había adoptado una actitud estoica.

–Tendremos que ir en la vespa –fue a por su casco y el de Ophelia para él. Los dos eran rosas, a juego con la moto.

–Es muy pequeño –afirmó él con una seca mirada.

–Seguro que tienes razón. Tienes la cabeza muy grande para que te quepa.

«Cállate, Calli», se dijo mientras se ponía el casco.

–¿Quieres ir solo?

–No sé dónde está la clínica. Puede que me desangre antes de

encontrarla. No, llévame.

Ella sacó la moto de donde se hallaba y la arrancó. Él ocupaba el doble de espacio que Ophelia y no se contuvo a la hora de ponerle las manos en las caderas, echándola hacia atrás para acomodarla en el pequeño hueco entre sus muslos.

Calli trató de mantenerse erguida y echada hacia delante, pero no había manera de escapar del calor que despedía su torso desnudo ni sus muslos, duros como piedras. Ella llevaba unos pantalones cortos y una camiseta deportiva, por lo que su piel se rozaba con la de él, que le puso las manos en la parte superior de las piernas y metió ligeramente los dedos en la cintura de los pantalones.

Ella dejó de respirar y sintió una corriente eléctrica que la recorría de arriba abajo estimulando todos sus puntos de placer.

La barbilla sin afeitar de él le rozó el hombro desnudo y sintió su cálido aliento en la nuca.

–¿No debieras darte prisa para salvarme la vida?

–Me pregunto seriamente si merece la pena que te la salve.

Notó que él miraba a uno y otro lado cuando ella tomó el atajo de la colina, que tenía las mejores vistas y discurría entre las extravagantes mansiones que dominaban la cima. Al bajar por el otro lado, la carretera serpenteaba hacia la costa. Vallas de piedra impedían que las ovejas salieran del campo. El olor de los limoneros floridos llenaba el aire matinal y ella se relajó al sentir la fresca brisa en el rostro.

Él movió los pulgares y ella se puso tensa. Sintió un cosquilleo en las costillas y deseó que le acariciara los senos y la atrajera hacia él aún más.

Su sexualidad se había congelado antes de haber tenido tiempo de florecer. No quería desear las caricias de un hombre. Era una locura autodestructiva.

Al tomar las cerradas curvas, él se apoyaba más en ella, lo cual la estaba volviendo loca. Había tomado aquel camino porque era el más rápido para llegar al pueblo, pero normalmente lo evitaba. No le molestaban el tráfico ni los grupos de turistas que llegaban en el único ferri diario. Esa parte de la isla tenía las mejores playas y tiendas. Ophelia siempre le pedía que fueran allí. Además había muy buenos restaurantes.

Por desgracia, esa carretera pasaba por delante de un *kafenion* donde los hombres se sentaban a ver pasar la vida, su padre entre ellos. Se preparó según se acercaban y se negó a mirar hacia allí mientras pasaban.

En cualquier caso, él no la saludaría, sobre todo con un hombre detrás. No le prestaría atención alguna, igual que haría ella. Pero prefería no enfrentarse de nuevo a ese dolor.

Llegaron al centro del pueblo y se alegró de ir en moto, ya que le permitía ir zigzagueando para salvar embotellamientos y recorrer calles muy estrechas. Llegaron a la clínica por la parte de atrás y aparcó junto a los coches de los empleados.

–¿Quién es Ophelia? –preguntó Stavros al desmontar.

–¿Cómo…? –Calli vio que le indicaba con un movimiento de la cabeza el casco que ella había colgado del manillar–. Me había olvidado de que estaba ahí –borró con la mano las palabras que había escrito en la parte trasera del casco poco después de que Takis hubiera comprado la moto: «Ophelia, vale ya».

Calli era nueve años mayor que ella y no tenía hermanos. En muchos sentidos, Ophelia era para ella su hermana pequeña; en otros, sus sentimientos eran maternales. La adoraba y la iba a echar mucho de menos, aunque a veces se comportara como una niña mimada.

–Es la hija de Takis. La cuido. Takis viaja mucho. Acaba de cumplir catorce años y ha convencido a su padre de que la mande a un internado. Ahora está con sus abuelos porque tiene que comprar todo lo que necesita. Hace mucho que esta isla se le ha quedado pequeña.

Takis se había negado a verlo. La pérdida de su esposa le había destrozado, por lo que quería proteger a su hija el mayor tiempo posible. Por desgracia, eso había supuesto que esta se enfadara con Calli constantemente.

Por fin, Takis iba a dejar que su hija emprendiera el vuelo, lo que aflojaría el complejo nudo de gratitud y cariño que había mantenido a Calli allí, criando a una niña que la necesitaba mientras anhelaba encontrar a su hijo.

–Así que eres niñera –lo dijo como si no se lo creyera.

–Sí: niñera, ama de llaves, organizadora de fiestas… Lo que necesite Takis –echó a andar hacia la clínica–. Todo menos lo que creías antes.

Él anduvo más deprisa que ella y le sostuvo la puerta para que entrara llenando su campo de visión con su torso desnudo, salpicado de fino vello negro, su piel bronceada y sus pezones marrón oscuro.

–Muy bien –dijo–. Me alegro de que estés soltera.

–Así pienso seguir.

–Aún mejor.

Fue como si le hubieran dado un doloroso puñetazo en el esternón. Stavros estaba de vacaciones y era un playboy.

–Tendría que haberte dejado una de las camisetas viejas de Takis. Te compraré una en la tienda de enfrente. Después me encargaré del pago de la factura médica.

Stavros salió a la calle mientras se guardaba en el bolsillo los antibióticos que le habían dado a modo de precaución. Había puesto los ojos en blanco ante la fórmula primitiva que le habían recetado. Podía haber dicho que había un tipo de antibiótico mucho más eficaz, recientemente aprobado, pero hubiera corrido el riesgo de revelar su identidad.

Al envolverse la herida con la camiseta, se había dado cuenta de que no podía utilizar el seguro sanitario global que cubría a Steve Michaels, heredero de una multinacional farmacéutica. Utilizar su apellido griego para darse de alta en la clínica había sido otra aventura. La enfermera, una mujer cercana a la jubilación, lo había mirado fijamente y le había dicho que había ido al colegio con una chica que se había casado con un tal Stavros Xenakis. ¿Era pariente suyo?

Había eludido volver sobre el pasado, ya que prometía ser mucho más doloroso que la herida de su espinilla. Además, Antonio había conseguido pasar las dos semanas sin darse a conocer. Y Stavros se negaba a fracasar donde su amigo había tenido éxito.

Vio a Calli, a la sombra, cerca de la vespa. Al acercarse, ella lanzó una rápida mirada admirativa a su torso desnudo mientras le tendía una camiseta y adoptaba la expresión de una matrona ofendida.

La camiseta llevaba impresa la bandera griega, con rayas blancas sobre el azul de la tela. Él la hubiera elegido si usara camisetas con logos.

–Supongo que «Grecia» es la palabra.

–He estado a punto de comprar la que ponía «Hecha en el monte Olimpo», pero ¿para qué declarar lo que es evidente?

–Cuidado, Calli. Me das a entender que te resulto atractivo –se puso la camiseta mientras se decía que era su naturaleza competitiva la que lo impulsaba a provocarla. Era una niñera que rechazaba con aires de superioridad al chico que trabajaba en la piscina. Eso la convertía en una atracción pasajera.

–Eso lo dirás tú –afirmó ella mientras daba media vuelta para agarrar el casco.

–Eres tú la que lo dice –la agarró del brazo y esperó a que lo mirara–. Cada vez que me miras –se lo demostró agarrándola de brazo para atraerla hacia sí. Ella no retrocedió ni siquiera cuando sus senos rozaron el pecho masculino.

Calli contuvo el aliento, le puso las manos a los lados de las costillas y alzó la barbilla, desafiante, pero no le dijo que parara. Un leve estremecimiento hizo que le temblaran las pestañas. Lo miró a los ojos para adivinar su intención. Sin embargo, no estaba asustada, sino excitada.

Lo estaba desafiando.

Por eso, Stavros se estaba obsesionando. Un poderoso deseo primitivo se despertó en él en respuesta a la canción de sirena que ella cantaba.

–Conozco las señales de deseo de una mujer –le miró los pezones endurecidos bajo la tela del sujetador–. Y tú las presentas todas. Y estoy seguro de que has notado mi excitación contra tus nalgas durante el trayecto hasta aquí. Reaccionamos uno ante el otro. ¿Por qué luchar contra ello?

Volvió a excitarse cuando ella entreabrió los labios. Le pitaron los oídos mientras esperaba a que hablara, pero ella se limitó a respirar con fuerza.

El impulso de apoderarse de su boca era irresistible, pero primero probó su cuello. Y le gustó el gritito de sorpresa que soltó ella cuando le lamió la piel salada, que olía a coco y a lavanda. Después fue subiendo por él chupándoselo y mordisqueándoselo mientras ella se derretía cada vez que sentía sus labios en la piel.

Cuando llegó a la boca, ella emitía sonidos de indefensión al tiempo que se apoyaba en él y sus senos le presionaban el pecho. Sus labios eran los más carnosos y receptivos que había probado. Se moría de deseo por ella. Lo había vuelto loco e invadido sus sueños todas las noches y, por fin, era suya.

Le soltó los brazos y le puso la mano en las nalgas para empujarla contra el deseo que latía entre sus muslos. Llevó la otra mano a su cabello y le echó la cabeza hacia atrás para volver a deleitarse en su garganta. Le encantó cómo comenzaron a temblarle las piernas, que hizo que ella le enlazara las manos en el cuello y se colgara de él.

Quería retroceder con ella hasta la sombra y tomarla contra la pared de la clínica, pero oyó que se acercaba un coche y entraba en la plaza de aparcamiento detrás de ellos. Se obligó a levantar la cabeza y esperó a que ella abriera sus ojos del color de la miel y lo mirara.

–Ahora, ¿quieres hacer otro comentario sobre mis finanzas para ponerme en mi lugar? –preguntó él en tono ligero, a pesar de que no consentía que nadie lo insultara. Le daba igual la apuesta de Sebastien. Seguía siendo un hombre, y no precisamente débil.

Ella palideció y bajó lo brazos y la vista, avergonzada.

–¿Esto ha sido un castigo? Pues menuda lección.

Su tono amargo lo conmovió. Ella se cubrió la negra melena con el casco evitando su mirada, pero él notó que parpadeaba rápidamente.

Estaba acostumbrado a mujeres elegantes que aprovechaban al máximo su atractivo y se ofrecían sin ceremonias. Últimamente, desde que se había hecho público el deseo de su abuelo de que se casara, había aumentado el número de bonitas pirañas que lo rodeaban y tentaban prometiéndole cualquier acto carnal que desease con tal de que les pusiera un anillo en el dedo.

Sin embargo, Calli estaba ante él con expresión tensa, los labios aún hinchados del beso y vestida con prendas informales que cubrían un cuerpo en forma por hacer ejercicio, en vez de esculpido por matarse de hambre y financiar a un cirujano plástico. Cuando ella lo había besado a su vez, no había sido para provocarlo ni para conseguir sus propósitos. Se la notaba excitada, se había dejado llevar por completo, casi como le había sucedido a él.

Le puso la mano en el liso estómago para que lo mirara.

–Te he besado porque quería hacerlo.

–Me has besado porque creías que tenías derecho –se ató la correa del casco debajo de la barbilla–. Supe la clase de hombre que eras el día en que nos conocimos –lo agarró de la mano y la retiró de su estómago–. Se me había olvidado, pero no volveré a cometer ese error.

Calli divisó un coche, no el de su madre, pero tan parecido que tomó la dirección contraria para salir de la ciudad, ya que no quería volver a pasar por el otro extremo, donde vivía su padre.

Además, el lado sur de la isla le parecía más tranquilo. Los pescadores salían al mar en sus barquitos y los cultivadores de viñas conseguían extraer vida de la tierra seca y rocosa. Su aspecto era muy desolado, pero también muy griego: era su hogar.

Le encantaba la isla. Había permanecido en ella por muchas razones después de que su padre la echara de casa; entre ellas, la principal había sido el dinero, al menos al principio. Carecía de medios para irse de la isla, por no hablar de marcharse a Nueva

York, y no quiso verse exilada de su hogar además de haber perdido todo lo demás.

No quería irse hasta poder marcharse a Estados Unidos. Sin embargo, por mucho que lo había intentado, no había logrado su objetivo. Takis había tratado de ayudarla proporcionándole un empleo mejor del que pudiera conseguir alguien con sus limitadas habilidades. Cuanto más tiempo pasaba, más profundo era su vínculo con Ophelia y con él, lo cual la enraizaba aún más a la isla.

En la misma medida que por la imposibilidad de elegir, quedarse también había sido un desafío. ¿Su padre creía que lo había deshonrado? Muy bien. Pues continuaría haciéndolo quedándose a vivir, en lo que parecía flagrante pecado, con un hombre mucho mayor que ella. Se merecía sentirse deshonrado. Nunca olvidaría lo que les había hecho a su hijo y a ella. Y deseaba que lo supiera.

No obstante, pronto tendría que despedirse para dirigirse a Nueva York. Cuando Ophelia se hubiera marchado, Calli tenía la intención de hacerlo también.

Estaba aterrorizada.

–Está en un sitio mejor –había dicho su madre dos días después de que Dorian se hubiera marchado, cuando Calli la había ido a buscar a uno de los lugares en los que limpiaba.

–Deja de decir eso. No está muerto.

Calli sabía que los padres de Brandon habían ofrecido dinero a su madre para que les entregara al bebé afirmando que conocían a una agradable familia que lo criaría, pero que Calli debería renunciar a sus derechos sobre él, a lo que ella se había negado.

Pero, de repente, Dorian desapareció, por lo que supo, aunque sin tener pruebas, que su padre había aceptado el dinero y había vendido a su hijo a la familia de Brandon.

–¿Por qué lo has hecho? –le gritó a su madre–. ¿Por qué has dejado que se salga con la suya?

Era lo más sincero que le había dicho en su vida, ya que, para que hubiera paz, se callaba muchas cosas.

–Pero ¿tú te has visto? Eres una niña, una niña que ha salido tozuda y salvaje. ¿Qué clase de madre serías? ¿Y quieres criar a un hijo así? –sin mostrar compasión alguna, señaló el ojo hinchado de Calli, el corte en su labio, los cardenales en los hombros y la espalda y la suciedad de su ropa y cabello por haber dormido en la playa.

Era cierto que no quería que su hijo se criara con un hombre duro y colérico como su padre. Había aprendido que estaba poseído de la rabia más terrible que ella pudiera temer o imaginar.

–Voy a ir a buscarlo.

–No lo hagas. Son gente poderosa, Calli. Pueden ofrecerte mucho, pero también quitarte mucho. Está en un sitio mejor. Acéptalo.

–¿Qué clase de madre eres para decirme eso? –Calli esquivó el cepillo que voló hacia ella y salió corriendo de la casa para que su padre no le diera otra paliza además de la que todavía notaba en el cuerpo.

Deshizo andando el camino a lo largo de la costa mientras se negaba a aceptar que su madre tuviera razón. Calli había sido una buena madre el corto tiempo que le habían permitido intentarlo.

Sin embargo, era lo suficientemente joven para seguir dando crédito a lo que decían los mayores, que parecían saber más que ella. A medida que se fue viendo obligada a tomar decisiones progresivamente desesperadas, simplemente para seguir con vida, comenzó a preguntarse si su madre no tendría razón: era una persona horrible, totalmente incapacitada para ser madre.

Habían pasado seis años de todo aquello y, en varias ocasiones, había intentado localizar a su hijo, pero diversas cosas se lo habían impedido. Cada fracaso la reafirmaba en la idea de que no estaba destinada a estar con su hijo.

Estaba mejor sin ella.

Pero no descansaría hasta que tuviera la certeza de que era así.

Momentos como aquellos eran agridulces. Aspiró el aire salobre que le daba en el rostro y trató de relajarse y disfrutar del momento, de aceptar que en la vida había duros obstáculos, de limitarse a ser.

Pero eso hizo que fuera muy consciente de la presencia de Stavros a su espalda.

E hizo que recordara el beso que se habían dado.

Y que pensara en Brandon.

Recordó los halagos y las bonitas mentiras que se había creído porque había querido. Esa primera atracción no era nada comparada con el aura que desprendía Stavros, que se le introducía en la piel y la hacía arder de formas que ella no creía posibles.

Se dijo que era la vibración de la moto la que le endurecía los pezones y se le agarraba a las entrañas; que tenía calor porque era un caluroso día de verano.

Era lo único que podía detenerla para no desplazar su cuerpo unos milímetros hacia atrás contra la dura forma que le presionaba las nalgas. Sabía lo que era, y le provocaba deseo en los senos, el vientre y entre los muslos.

Era desesperante.

Se dijo que no debía darle ese poder sobre ella. Sin embargo, no era voluntario. Simplemente, era así.

Y ahora se veía obligada a ir más despacio y a alargar el camino. Delante de ellos, la carretera estaba llena de ovejas que impedían el paso. Sin pensarlo dos veces, giró bruscamente a la derecha, hacia la estrecha península que se adentraba en el mar. No estaría mal ser una buena anfitriona, ya que estaban allí. Al menos, podría librarse temporalmente del contacto físico de Stavros.

Este protestó o soltó un improperio, no estaba segura. Sus manos le apretaron más las caderas, pero no de forma sensual.

–Las ovejas tardarán veinte minutos en salir de la carretera. Es lo que se tardaría en dar media vuelta para ir por el otro camino –gritó ella mientras seguía el sinuoso camino de cabras hasta el final.

El movimiento hizo que sus cuerpos se rozaran aún más, por lo que se sintió aliviada cuando, por fin, detuvo la moto y desmontó.

–Al menos, aquí corre brisa. Y es bonito.

Era espectacular. La lengua de tierra ofrecía una vista del horizonte de casi trescientos sesenta grados. Al quitarse el casco, no oyó nada más que el susurro del viento en la alta hierba y el choque de las olas contra las enormes rocas que había al final de la lengua.

Sin embargo, aquella escarpada belleza era engañosa. A veces, la gente se aventuraba entre las rocas, turistas que no sabían lo que hacían. Resbalar podía ser mortal. Las corrientes eran peligrosas y, si se avecinaba mal tiempo a la isla, este llegaba primero allí, encrespando el mar con enormes olas que se lanzaban contra la tierra mientras llovía a cántaros.

Como Stavros se quedó al lado de la moto, Calli le preguntó:

–¿Te molesta la pierna?

Él le lanzó una mirada tan cargada de resentimiento y hostilidad que la desconcertó.

Entreabrió los labios sin saber qué decir.

Stavros se situó detrás de ella, al borde de la lengua de tierra.

–Aquí no puede uno bañarse –comentó ella–. Es muy peligroso. Ha muerto gente.

Stavros se detuvo donde las rocas presentaban estrías formadas por olas que llevaban milenios chocando contra ellas. Ella no se había creído que hubiera vivido en la isla, pero al observar que miraba el mar como si viera algo tuvo la impresión de que ya había estado antes en ese sitio buscando algo.

Se le cayó el alma a los pies.

Stavros parecía totalmente absorto mientras cerraba lentamente

los puños.

Su angustia era palpable.

Calli se situó a su lado y examinó su expresión. Deseaba ofrecerle consuelo.

La dura mirada masculina parecía taladrar el agua, hacerle un agujero que conducía directamente al infierno, y Stavros tenía todo el aspecto de estarse preparando para lanzarse a él.

Su postura era firme y decidida, como si le estuvieran dando latigazos y se negara a encogerse, como si aceptara el castigo, a pesar de que careciera de justificación.

La compasión se apoderó de Calli, en tanto que él no dejaba traslucir emoción alguna.

–Stavros –susurró ella. Quería decirle que lo sentía. ¿Cómo iba ella a saber que aquello sería tan doloroso para él?

Cuando la miró, sus ojos eran fríos como el hielo. Le habló con voz ronca, llena de desprecio hacia sí mismo.

–Ser un mujeriego no es el menor de mis defectos.

A ella, el corazón le dio un vuelco. En ese momento supo que Stavros no se parecía al superficial Brandon, que se valía del dinero para librarse de un hijo no deseado. Stavros era tan profundo como el vasto mar que contemplaban, y algo bullía en su interior, bajo la fachada dorada que presentaba al mundo.

–No sabía… –le tocó el brazo, pero él se apartó.

–Vámonos. Tengo que terminar el trabajo para largarme de esta isla.

Capítulo 3

CUANDO su padre murió, la cascada solo era un dibujo y algunas notas. Stavros estaba colocando la baldosas alrededor de las dos columnas y había retrocedido unos pasos para evaluar su trabajo, cuando apareció Calli.

–He hecho *spanakopita*. He pensado que tal vez te apetezca un poco.

En los últimos días, él había tratado de que no se le acercara, ya que se sentía vulnerable ante ella por haberle obligado alegremente a enfrentarse con lo que llevaba veinte años evitando.

«Nada hacia la orilla. Yo iré detrás».

Stavros siempre había tenido una veta desafiante. Su padre también desobedecía abiertamente las normas.

«¿Por qué tengo que llevar chaleco salvavidas si tu no te lo pones?», había preguntado a su padre al subir a bordo del pequeño esquife.

«¿Quieres ir a pescar o no? A mí no me va a pasar nada. Ponte el chaleco o no vamos a ningún sitio».

Sebastien había preguntado a Stavros por qué tenía un barco que no usaba. Era por eso. Montar en barco lo ponía enfermo, y no porque se mareara.

No obstante, siempre había creído que superaría esa debilidad y que navegaría de nuevo en aquellas aguas.

¿Con qué fin? ¿Para revivir el día en que, por una vez, había hecho lo que le habían dicho y había nadado como si su vida dependiera de ello, como así había sido?

Y había abandonado a su padre a su suerte.

Pensó que Sebastien podía quedarse con el maldito yate. No lo quería. No le proporcionaba ninguna clase de felicidad, como había dicho Sebastien aquella noche en St. Moritz.

Debería haber ayudado a su padre a volver a la orilla. Esa era la voz interior que quería acallar mediante el dinero, las mujeres y las hazañas que desafiaban a la muerte. Y no era el único que lo

pensaba. Esa verdad se había visto reforzada tras el interrogatorio al que le había sometido su abuelo después del accidente y había teñido todas las palabras que le había dirigido desde entonces.

«Utiliza tu nombre americano. Es mejor para los negocios».

Traducción: «No tienes derecho a usar el de Stavros porque era el nombre de tu padre».

«Quieres que la empresa tenga éxito, ¿verdad? No dejes que lo sueños de tu padre mueran con él».

«Piensa en tu madre y en tus hermanas. ¿Quieres que no les falte de nada? Depende de ti».

En resumen: «Haz lo que te digo u os echaré a todos a la calle».

A pesar de que Stavros no le había dicho nada a Calli sobre cómo había muerto su padre, ella le había mirado con una compasión que le había resultado insoportable por su ternura. Habían vuelto a la casa y él siguió trabajando hasta que oscureció, y solo se detuvo cuando ella le trajo un plato de cordero con pita, *tzatziki* y ensalada de pimientos.

«Mañana prepararé musaka, pero no tiene sentido que esto se eche a perder», le había dicho.

Ella se comportaba de forma compasiva, cuando él solo había visto dolor en su madre y hermanas y una bien merecida censura en su abuelo.

Sin embargo, desde el día en la pequeña península, no había pensado tanto en el accidente, sino en que su abuelo los había sacado de la isla y vendido la casa inmediatamente después del mismo. Le había cambiado el nombre y se había negado a que se hablara griego en su casa, privando así a Stavros de sus raíces, de sus recuerdos de una infancia feliz.

Esa noche, cuando él hubo acabado de trabajar, Calli le había dicho que se quedara con las llaves de la vespa, que se las pediría si necesitaba usarla.

Le había resultado difícil aceptar su generosidad porque los últimos veinte años de su vida habían estado dominados por un exceso de espíritu crítico. Había agarrado las llaves, pero sin reconocer su amabilidad.

Los días del fin de semana solo había trabajado media jornada y las tardes las había dedicado a volver a conocer la isla y a permitirse recordar algo más que su terrible error.

Había tomado una decisión mientras se hallaba entre las áridas montañas y el agua implacable. Ya no era un niño y, por tanto, su abuelo no seguiría dominándolo. Compraría su antigua casa, al menos para tener algún sitio al que ir cuando su abuelo cumpliera

su promesa de echarlo a la calle.

Esa decisión calmó su agitación e hizo surgir una ilusión en su interior, además de ponerlo en plan conquistador al contemplar a Calli, que se movía con una gracia de la que no era consciente. Su cabello suelto le cayó sobre el rostro mientras ponía el plato de pollo en la mesa baja que había al lado del sillón del patio. Sus pantalones cortos de color naranja se ajustaban perfectamente a sus nalgas y sus senos se movían libremente bajo una blusa rosa sin mangas, que se había atado por encima del ombligo dejando al descubierto una franja de piel que él inmediatamente deseó acariciar y degustar.

La deseaba y deseaba perderse en ella; dejarle su huella como si así pudiera dejarla en la isla; como si, conquistándola, pudiera convertirse en el hombre que hubiera debido ser.

Mientras que ella deseaba acariciarle el cabello para consolarlo.

Stavros fue al bar que había en el patio y se lavó las manos en el fregadero. Se las sacudió para que se le secaran mientras decía:

–Deja de compadecerme.

Ella parpadeó.

–No lo hago.

–Entonces, ¿qué haces aquí fuera?

–Pensé que tendrías hambre.

–Así es –se aproximó a ella, que abrió mucho los ojos–. Pero no de comida –lo cual no era cierto. Estaba hambriento y sin un céntimo después de haber utilizado el dinero de su sueldo del viernes para devolverle lo que había pagado por la cura en el hospital–. Y tampoco tengo ganas de ser objeto de conmiseración.

Calli olfateó el peligro, pero se mantuvo firme.

–Solo quiero ser amable –le había visto tan angustiado en el extremo de la lengua de tierra que le había dolido. Sabía lo que era sufrir y odiarse a sí mismo. Se enfrentaba a ello todos los días. Y no quería sentirse fascinada por él, torturada por sus besos, dar vueltas en la cama por las noches y verse atrapada en las garras de la atracción física.

«Nos atraemos. ¿Por qué vamos a negarlo?».

¿Le pasaba a él lo mismo? Buscó en su expresión al hombre que le había parecido tan humano ese día, tan inmerso en su dolor.

–Lo único que quiero decirte es que puedes hablar conmigo.

La risa de él le quitó las ganas de seguirle ofreciendo su apoyo.

–No deseo hablar contigo. Te deseo a ti.

Ella se sonrojó mientras él seguía avanzando hacia donde estaba, lo que la hizo retroceder hasta toparse con la pared del patio, entre el extremo del sillón y la esquina del bar. Él le puso las manos a los lados de la cabeza. Estaba atrapada.

El corazón se le aceleró, pero el miedo le resultó estimulante.

Stavros no era un niño rico y mimado como Brandon. Aunque no lo conociera mucho, sabía que era un hombre que sabía lo que era arrepentirse y pagar las deudas y que su valor era intrínseco, no el que le proporcionaba su cuenta bancaria.

Además, no le había mentido diciéndole que la quería. La había mirado a los ojos para decirle la verdad: «Te deseo».

Un deseo similar llevaba empujándolo hacia él desde que lo había conocido. Sucumbió antes de que él la tocara siquiera. Apoyó la cabeza en la pared y entreabrió los labios mirándolo a los ojos.

El júbilo se reflejó en la expresión de Stavros, y sus manos calientes y húmedas buscaron su piel desnuda entre los pantalones y la blusa.

La sensación de que se quemaba fue tan aguda que Calli dio una brusca sacudida.

Él apretó las manos contra su cuerpo como si quisiera controlarla. Estaba a su merced. Una lejana voz interior le gritó que aquello era peligroso, pero ella creyó que él podría aliviar el profundo dolor que sentía. Stavros también sufría, y Calli esperaba calmar su dolor.

Al fin y al cabo, ella era un ser humano. Ambos se entendían en ese plano subliminal. Era lo que no dejaba de repetirse.

Cuando él inclinó la cabeza, ella le deslizó las manos por las mandíbulas e introdujo los dedos en su corto y espeso cabello.

Él se apoderó de su boca de forma implacable, introduciéndole la lengua y deslizando sus labios contra los de ella con pasión carnal.

Tal vez ella hubiera debido pensar que era demasiado brusco e íntimo, pero llevaba todo el fin de semana reviviendo el beso que se habían dado frente a la clínica. Probar el sabor de su lengua, sentir su magnífico torso frotándose contra el de ella y sus manos deslizarse por debajo de su ropa hasta llegar a los lados de los senos le produjo un deseo delirante. No llevaba sujetador y sus pezones endurecidos esperaban, anhelantes, sus caricias.

Él deslizó una rodilla entre las de ella y colocó sus fornidos muslos contra la parte interior de los suyos para abrírselos y que sintiera la dura protuberancia de su excitación en la tierna carne que latía entre ellos. Al mismo tiempo, le acarició los pezones con

los pulgares.

Calli se estremeció y gimió dentro de su boca. Sintió calor en el punto en que él se frotaba contra ella, lo que hizo que sus falsas embestidas le resultaran mucho más poderosas. Era poco refinado y muy atrevido, pero le provocó tanto deseo que la cegó.

Sintió que se deshacía y que temblaba al mismo tiempo y lo besó a su vez sin ningún tipo de inhibición ni de habilidad. Fue pura reacción. El fuego crecía en su interior y la engullía, amenazando con hacerla perder el control.

Lo agarró del cabello para que levantara la cabeza.

–No tomo la píldora y no quiero quedarme embarazada.

–No vas a quedarte embarazada por esto, *koukla mou* –él siguió embistiéndola con la pelvis y le agarró una mano para colocársela en la pared, muy por encima de su cabeza. Sus dedos se cerraron en torno a los de ella y bajó la cabeza para besarla en el cuello.

Sus ardientes labios le produjeron un cosquilleo. Con la otra mano, le agarró un seno y le frotó el pezón con la palma.

Ella movió las caderas de forma inconsciente en respuesta a sus movimientos buscando esa dura protuberancia que estaba tan cerca, tan ardiente, tan tensa. Lo necesitaba, necesitaba más de él. Necesitaba eso que estaba cada vez más cerca, a punto de tocar.

Ella le apretó la mano y lo apresuró con sus caderas, rogándole.

Después pensó que era imposible que estuviera haciendo aquello allí, contra una pared, con un hombre al que apenas conocía. No podía ser verdad.

Pero, sí, lo era.

La liberación se produjo en forma de un destello de calor y una corriente de temblorosa alegría. Ella se dejó llevar por el momento y se elevó y voló. Se hubiera caído si él no la hubiera sujetado con su fuerza, su peso y la implacable presión de sus caderas que seguían produciéndole sensaciones.

Se dio cuenta vagamente de que estaba emitiendo sonidos animales. Colocó la mano que tenía libre en la espalda de él para animarle en sus últimos movimientos mientras él la agarraba por la barbilla y le besaba las comisuras de los labios, al tiempo que decía:

–Qué hermoso. Es estupendo.

Le lamió el labio inferior como si quisiera probar por última vez un delicioso plato. Su cuerpo estaba tan tenso que temblaba del esfuerzo. La fragancia del sudor masculino, sexy y cautivador, envolvió a Calli.

Se sentía como si estuviera drogada. Respiraba de forma irregular y el corazón le palpitaba. Seguía sin creerse que él le

hubiera hecho aquello estando los dos vestidos ni que continuara excitada. Tenía la piel aún más sensible y anhelaba sus caricias. Lo deseaba todavía más.

Abrió los ojos y miró los suyos, en los que vio deseo, pero también diversión. No estaba tan dominado por la pasión como ella.

Fue un golpe para Calli, que le dolió aún más cuando él le preguntó:

–¿Eres virgen?

–¡Sé que no es así como te quedas embarazada! –exclamó ella empujándolo. Él apenas se movió. Su carne, gruesa y excitada, se apoyaba en el monte de Venus de ella, y solo se interponía entre los dos la tela de los pantalones de ambos–. Creí que te habías dejado llevar tanto como yo y que intentarías… –se quedó sin voz bruscamente y se esforzó en recuperarla–. Pero parece que no es así.

Volvió a empujarlo sin importarle lo bien que la había hecho sentir físicamente. No le perdonaría que hubiera jugado con ella.

Él la agarró por la garganta y, con el pulgar, la acarició lentamente detrás de la oreja mientras le decía explícitamente lo que quería hacerle.

–Pero no tengo preservativo, por lo que tendremos que buscar otras formas de mitigar el deseo, ¿no te parece?

Sus ojos se habían oscurecido hasta volverse casi negros y la boca plegada formaba una fina línea, casi cruel. Pero la besó con increíble ternura y dulzura, tras la tormenta de sensualidad que ella había soportado. Se aferró a sus labios animándolo a quedarse, invitándolo, capitulando.

En ese momento, se oyó una voz masculina.

–¿Calli?

Stavros echó hacia atrás la cabeza con el ceño fruncido.

–¿Quién es?

–Takis.

Miró por encima del hombro de Stavros y lo vio frente a la puerta de entrada, como si la estuviera buscando. Empujó a Stavros.

Él no se movió.

–Que se vaya.

¿Hablaba en serio?

–Es mi jefe.

Stavros la fulminó con la mirada y se apartó de ella lo suficiente para mirarse los pantalones cortos, abultados en el centro. Lanzó un improperio y se tiró a la piscina.

Stavros salió a la superficie a tiempo de ver que Calli, muy sofocada, se acercaba a un hombre trajeado de cabello canoso. Él la besó distraídamente en la mejilla. Con el ceño fruncido, le examinó el ruborizado rostro antes de fijarse en Stavros, al que miró con evidente hostilidad.

–¿Quién es?

–Stavros. Está arreglando las baldosas.

–¿Desde el agua?

Para Stavros fue una experiencia singular que hablaran de él mientras estaba presente y oyéndolo, y sobre todo que Takis lo hiciera de forma tan desdeñosa, como si no tuviera derecho a estar en el mundo de aquel hombre, y mucho menos en su piscina.

Ese menosprecio bastó para calmarle el ardor, pero, al mismo tiempo, le entraron ganas de reír.

«¿Tienes idea de quién soy?», pensó.

Takis probablemente se considerara rico y poderoso, pero pronto vendería aquella casa a Stavros por una cantidad que para él era calderilla.

Hubo otra cosa que a Stavros le desagradó de inmediato. Takis le había pasado el brazo por la cintura a Calli mientras lo veía salir de la piscina.

Stavros sintió una punzada de algo que no supo definir. ¿Celos? La idea lo conmocionó más que la condescendencia de Takis.

Actuó sin reflexionar y se les acercó muy erguido, sacando pecho, el agua le escurría de la camiseta y los pantalones y formaba un charco a cada paso que daba. Estaba listo para atacar y ansioso de hacerlo.

No solo era el heredero de una fortuna, sino el innovador presidente de una multinacional que había aumentado de forma exponencial el valor y alcance de la misma. Mientras se convertía en ese hombre, había aprendido a ejercer su dominio sobre un tirano cuya naturaleza autocrática igualaba a la suya. Nada lo detenía. Nada era imposible de obtener. Los hombres como Takis ni siquiera constituían un desayuno completo, sino una barrita energética que uno se tragaba con un sorbo de agua de camino al gimnasio.

Alarmada, Calli frunció el ceño como ni no estuviera segura de reconocerlo.

En ese momento, él recordó la apuesta. Solo tendría que seguir fingiendo cinco días más. Reprimió una maldición.

Con independencia de su disfraz, Stavros Xenakis no se rajaba, pero no iba a inclinarse ante el jefe de Calli ni a fingir que esta no

fuera suya. Takis podía engañarse lo que quisiera, pero ella se había derretido contra su cuerpo.

Le transmitió el mensaje mientras le tendía la mano.

–Encantado de conocerte, Takis. Gracias por el chapuzón. Necesitaba refrescarme.

Miró a Calli de forma que percibiera que estaba recordando cómo había alcanzado el clímax sin haber tenido sexo de verdad. ¿Cómo reaccionaría cuando estuvieran desnudos y él se hallara en su interior? ¿Gritaría?

Ella se puso colorada como un tomate.

–Enséñale a Takis tu trabajo –dijo con voz ahogada–. ¿Quieres café? –le preguntó a su jefe.

–Sí, gracias –Takis la soltó. Su expresión era dura.

No dijo mucho mientras examinaba el trabajo que Stavros había realizado hasta entonces. Ya no había baldosas rotas porque Ionnes se había llevado el contenedor de la entrada la semana anterior. Stavros estaba poniendo las nuevas con tanto cuidado y orgullo como si la casa fuera suya. Había mandado un mensaje a Antonio en el que le pedía que hablara con un agente inmobiliario para que hiciera una tasación de la casa, ya que él no podía llamarlo.

Takis entró en la casa y Stavros volvió al trabajo. Bajaba las escaleras exteriores con un montón de baldosas cuando oyó voces que salían de una ventanita por encima de su cabeza.

–Estoy completamente seguro de que no se gana la vida poniendo baldosas, así que, ¿quién es?

–Ionnes no nos mandaría a nadie que no fuera de su confianza. Si algo te preocupa, dímelo y se lo transmitiré.

–Lo que me preocupa es que le estabas besando.

Stavros dejó las baldosas con cuidado y se irguió para oír mejor.

–¿Te acuestas con él? Seguro que sí –afirmó Takis, consternado. Te lo veo en el rostro.

–¡Claro que no! Y no sería asunto tuyo si lo hiciera. ¿Te pregunto por qué te huelen las camisas a perfume?

–Es un mujeriego…

–Sé lo que es. Sé que está aquí de vacaciones, pero hay algo más en él.

–Seguro, pero sea lo que sea, tú no lo has visto. ¿Qué ha sido de aquello de que ibas a esperar a casarte?

–Lo dije por Ophelia.

–Me lo dijiste a mí. Y yo sí que te pedí que te casaras conmigo.

Stavros sintió una opresión en el pecho.

–Takis…

–No voy a volver a pedírtelo –dijo Takis con impaciencia–. Ya no deseo tener más hijos. Pero espero que apuntes más alto que a alguien que se dedica al mantenimiento de piscinas, Calli. Te morirás de hambre. ¿Se debe a que es americano? Ya te he dicho que, si quieres ir a Nueva York, te llevo.

–Necesito algo más que… No es ese el motivo… ¿Crees que me gusta sentirme así por alguien que está de paso? Pero tal vez a mí también me venga bien conquistar a alguien. ¿No lo has pensado?

–No. Eso se alejaría mucho de lo que eres. Él representa un camino que ya has recorrido. Debes aprender de tus errores…

Las voces se perdieron y Stavros recogió las baldosas. Le hubiera divertido el esnobismo descarado de Takis si no se pareciera tanto al de su abuelo.

«Demuéstrame que eres capaz de mirar al futuro. Busca a alguien que sea digno de llevar tu apellido».

Su apellido americano.

¿Qué tenía de malo el apellido con el que había nacido?

Edward Michaels había preparado a Stavros para hacerse cargo de Dýnami Pharmaceuticals, pero según sus términos. Stavros estaba harto. Había trabajado lo suficiente en la empresa para dirigirla, pero su abuelo seguía indicándole el grupo de posibles novias de Manhattan y ordenándole que eligiera una, si quería obtener lo que le correspondía por derecho de nacimiento.

Stavros se resistía tanto a la idea de casarse que no lo había hecho.

De repente, se imaginó a Calli en aquel mundo. Su espeso cabello negro y su elegante figura resaltarían aunque se vistiera con un saco, así que con un vestido de diseño… De hecho, incluso sin maquillaje ni peinado de peluquería, destacaría por su exotismo frente a todas aquellas rubias pálidas y de ojos azules.

Ninguna de aquellas bellezas poseía ni una gota de calidez o pasión, pero, al besar a Calli, ella le había respondido con el mismo deseo. Se le calentó la sangre al recordar lo sensible que era.

Esa pasión desaparecería, por supuesto, pero un matrimonio también podía ser temporal.

No se le había ocurrido que podía organizar una boda y un divorcio cuando su abuelo le había ordenado que eligiera a una mujer de su círculo. Pero ¿y si era una niñera griega, con expectativas mucho menores?

Se acabó lo de comprar su antigua casa para demostrarle a su abuelo de que su vida era suya. Había mejores formas de hacerlo: una inmersión griega que implicara hundirse en una figura helénica

por las noches con la que hablaría en la cama en la lengua de su infancia. Se excitó solo de imaginárselo.

Y cuando pensó en la mirada de su abuelo al presentarle a su esposa griega…

Su boca esbozó una siniestra sonrisa.

Calli consiguió salir de la casa sin ser vista mientras Stavros barría el patio por última vez. Takis la había estado siguiendo toda la semana cada vez que salía para interponerse entre los dos y no le había dado la posibilidad de intercambiar una sola palabra con Stavros.

Este no se había esforzado en verla, lo que había hecho que disminuyera su seguridad en sí misma. Estaba desconsolada e incluso se sentía abandonada.

Era ridículo, ya que ni siquiera eran amantes.

–Ha quedado precioso –le dijo mientras miraba el patio transformado.

Se dedicara a aquello o no, era meticuloso y tenía talento. Lo había espiado mientras trabajaba y había visto cómo medía y cortaba cada baldosa y la giraba hacia un lado o hacia otro hasta que encajaba perfectamente.

En vez de volver a plantar los árboles que habían roto las antiguas baldosas, Stavros le había sugerido que pusieran tiestos con glicinias, que acabarían trepando por las paredes y el enrejado. Había colgado cables con lucecitas blancas que ahora, a la caída del sol, brillaban como estrellas que se podían tocar. Pura magia.

Cuando volvió a mirarlo se dio cuenta de que él observaba sus pantalones arrugados y su camiseta, lo que aumentó su inseguridad. Se había dicho a sí misma que ambos estaban al mismo nivel, que Takis era un esnob… Sin embargo, ella era una campesina isleña en tanto que Stavros era… No estaba segura: más.

–Esto… Yo… –consiguió extraer la voz del estrecho espacio que había entre el valor insensato y la duda profunda sobre sí misma–. Te iba a proponer acompañarte hoy cuando te marches para poder traerme la vespa de vuelta.

A Takis no le había hecho gracia que le hubiera prestado la vespa. Calli detestaba que la estimación en la que él la tenía hubiera disminuido, pero se negó a darle muchas vueltas. Ya no era una niña y Takis no era su padre.

No estaba comportándose de manera estúpida, sino que era una mujer, un ser humano.

Una mujer que se ofrecía a llevar a casa a un hombre para acostarse con él.

Y tal vez pudieran ofrecerse mutuamente el consuelo que creía que ambos necesitaban.

–Es tentador, pero Ionnes va a venir a recoger lo que queda del equipo –le entregó la llave de la moto–. Me llevará él y, después, me marcharé.

–¿Adónde?

–A Nueva York.

Ella se estremeció pensando en lo que él tal vez viera allí, sin saberlo, sin tener la más mínima conciencia de que lo era todo para ella.

–¿Quieres venir? –preguntó él de un modo que indicaba que sabía que quería.

Calli tragó saliva y pensó que era una persona predecible. ¿Por qué había dejado que Stavros se diera cuenta de que se había encaprichado de él? Negó con la cabeza.

–Algún día –llevaba seis años deseando ir a Nueva York, pero, con el tiempo, dejar a Ophelia le había resultado cada vez más difícil. No podía justificar que fuera a abandonar a la niña para ir a perder el tiempo en una empresa imposible.

Pero, desde el lado del mundo en que vivía, no había conseguido ninguna confirmación sólida. Su única opción era ir a Nueva York sin una pista que seguir, lo que implicaba que necesitaría tiempo al llegar allí. Tendría que buscar trabajo para poder mantenerse mientras se dedicaba a buscar, lo que implicaba conseguir el permiso de residencia. Había iniciado el proceso, pero no era fácil, porque no estaba cualificada para trabajar en casi nada. Había dejado su nombre en varias agencias de niñeras, pero no le habían enviado ninguna oferta de trabajo.

Era desalentador e incrementaba su certeza de que no estaba destinada a formar parte de la vida de su hijo.

–Que tengas buen viaje.

–Volveré. Nos veremos pronto.

Ella lanzó un bufido. Ya había jugado al juego de la espera antes. No, no volvería a ser tan estúpida. Sintió de nuevo la antigua humillación. Tal vez siguiera siendo infantil e inmadura.

–No te molestes –le sonrió débilmente–. Cuídate.

Él la agarró del brazo.

–Volverás a verme, Calli.

Sería mejor que no fuera así. Con el corazón desgarrado, se soltó de su mano.

–Adiós, Stavros –dijo, y entró en la casa.

Capítulo 4

TODOS los años, Takis celebraba su cumpleaños con una gran fiesta. Su cumpleaños caía en la misma fecha que una fiesta local, en la que había fuegos artificiales en el mar. Invitaba a amigos y a colegas de la auditoría. Siempre le pedía a Calli que hiciera de anfitriona. Le alquilaba un vestido y ella, de pie a su lado, se dedicaba a controlar a las chicas contratadas para servir una comida que había preparado durante las dos semanas anteriores. Ese año, Ophelia había decidido quedarse con sus abuelos, ya que la fiesta le parecía mortalmente aburrida.

Lo era. Casi todas las conversaciones se centraban en finanzas o en quién se había comprado el último modelo de coche y a qué precio. Como Calli ya había acudido a muchas de aquellas fiestas, conocía a la mayoría de los asistentes y podía preguntarles por sus hijos o familiares.

Muchos invitados comentaron lo bien que habían quedado las nuevas baldosas de la piscina.

–Este año te vas a gastar mucho dinero, ¿verdad? Primero el internado y ahora esto –comentó uno de los colegas de Takis.

A sus compañeros de trabajo les gustaba alardear de lo poco que se gastaban, por lo que a Calli no le sorprendió la respuesta de su jefe.

–A mí me hubiera dado igual que se quedara como estaba, pero Ionnes me dijo que podría hacérmelo barato.

Calli había insistido en que se hiciera más adelante porque temía que no estuviera terminado para la fiesta, pero Ionnes le había dicho que solo podría ser en aquellas fechas.

¿Se había debido a que Stavros estaría entonces de vacaciones en la isla?

Intentó no pensar en él y miró a Takis preguntándose si a él también le había parecido raro. Takis miraba algo detrás de ella, pero no con su expresión de anfitrión relajado y encantador, sino sin mover un músculo. Se diría que hubiera recibido una afrenta.

Ella miró y vio a un recién llegado vestido de esmoquin. Lo volvió a mirar y se dio cuenta de que aquel hombre afeitado y guapísimo era:

–¡Por Dios! –exclamó.

Si la seca sonrisa en los atractivos labios de Stavros no lo hubiera delatado, el vuelco que a Calli le dio el corazón lo habría hecho. Era Stavros, desde luego. Ella no reaccionaba así ante ningún otro hombre.

«Volverás a verme».

Ella se había negado a pensarlo, mucho menos a creerlo.

–Perdona –masculló Takis a su colega, y le pasó el brazo por los hombros a Calli para dirigirse adonde estaba Stavros mientras murmuraba:

–¿Lo has invitado tú?

–No.

Sintió una descarga eléctrica al mirar a Stavros a los ojos.

–Nos volvemos a ver, como te prometí –dijo él. Después miró a su jefe–. Takis –lo saludó de forma arrogante y desdeñosa.

–¿Qué haces aquí? –preguntó Takis.

Calli se imaginó que este se había dado cuenta de que el esmoquin no era alquilado, sino hecho a la medida de su perfecto cuerpo. Parecía un agente secreto en una película de espías mientras agarraba una copa de champán de la bandeja de un camarero que pasaba a su lado y le daba un sorbo.

–Hombres de mi calibre siempre están invitados –se sacó una tarjeta del bolsillo y se la entregó.

–Diriges Dýnami Pharmaceuticals –dijo Takis en tono de incredulidad al tiempo que le entregaba a Calli la tarjeta, en la que se leía que era Steve Michaels, su presidente.

–Prefiero mi nombre griego, Stavros Xenakis. Stav, si lo prefieres –afirmó dirigiéndose exclusivamente a ella.

Calli había sabido desde el principio que era más de lo que parecía. Ahora demostraba su poder, que cegaba y dejaba sin aliento.

–Técnicamente, es mi abuelo, el director, quien tiene la última palabra, pero eso cambiará pronto –afirmó sin apartar la vista de Calli–. Vamos a hablar de cómo puedes ayudarme a conseguirlo, ¿te parece?

Con el corazón desbocado, ella dijo:

–No puedo…

–Sal inmediatamente de mi casa, seas quien seas.

Stavros le dirigió una mirada aburrida.

–Esta mañana has estado negociando una generosa oferta con un agente inmobiliario. La casa es mía, pero voy a tener la deferencia de dejarte que continúes con la fiesta.

–¿Qué? –Calli estaba en estado de shock. No sentía nada y apenas podía mantenerse en pie. Se soltó del brazo de Takis y miró a Stavros.

Alrededor de ellos seguían sonando la música y las conversaciones. Algunas personas los miraban, lo que la hizo darse cuenta de que no debía alzar la voz ni cambiar de expresión.

Takis no pudo ocultar su sentimiento de culpabilidad.

–He contraatacado doblando la cifra que me ha ofrecido pensando que no lo aceptaría –dijo dirigiéndose a Calli–. Iba a contártelo después. Puedo mandarte a Nueva York.

Ella sintió que el pánico le atenazaba la garganta. Una cosa era desear algo con todo su ser y otra tenerla. ¿Y si no salía bien? ¿Y si fracasaba? ¿Y si encontraba a su hijo y este no quería saber nada de ella?

¡No estaba preparada!

–No será necesario. Calli vendrá conmigo a Nueva York como mi esposa.

–¿Cómo? –Calli no se dio cuenta de que tenía una copa en la mano hasta que se le cayó y se hizo añicos, manchando las nuevas baldosas que Stavros había puesto y que ahora eran suyas. Maldijo entre dientes y miró a su alrededor, avergonzada.

–Vamos a hablar en privado –dijo Stavros agarrándola del codo–. Recoge eso –ordeno a uno de los camareros, que se acercaba corriendo hacia ellos.

Calli se sobresaltó ante su contacto y quiso soltarse, pero ya había montado una escena. Takis la taladró con la mirada, y la atención de la multitud la avergonzó aún más.

En vez de agarrarla con más fuerza cuando ella se puso rígida, Stavros aflojó la mano hasta acariciarle el brazo, lo que provocó en ella un deseo que la desarmó.

–No quiero hablar contigo. Para empezar, ¿a qué has venido? ¿Qué estabas haciendo aquí fingiendo ser un trabajador cuando eres un magnate farmacéutico?

–¿Ves? Parece que sí quieres hablar. Ven y te lo contaré todo.

Ella le adelantó con rapidez mientras cruzaba los brazos para eliminar la persistente sensación de su caricia. Entró en el despacho de Takis.

Stavros cerró la puerta.

Ella se volvió. No sabía si enfrentarse a él o huir.

–Explícate.

–Se trataba de una apuesta –antes de continuar hablando se fijó en la escasa decoración de su nuevo lugar de trabajo–. Tengo un amigo con gran sentido del humor. Nos desafió a dos amigos y a mí a vivir dos semanas sin tarjetas de crédito porque estaba seguro de que no sobreviviríamos. Yo lo hice, gracias a ti –cambió el peso de una pierna a otra y flexionó la rodilla en la que le habían dado los puntos.

–Enhorabuena –le espetó ella mientras él se acercaba al mueble bar y servía dos vasitos de *ouzo*–. ¿Por qué quieres esta casa?

Él no contestó hasta que dejó uno de ellos frente a ella.

–*Yamas* –brindó antes de beberse el licor de un trago–. En esta casa pasé mi infancia. Cuando murió mi padre, mi abuelo nos llevó a Nueva York y la vendió. Quiero recuperarla.

Su padre. Calli recordó su angustia el día que estuvieron en la península y supo que a quien buscaba era a su padre, desaparecido en las implacables aguas. Creyó percibir una sombra de aquel antiguo dolor en su mirada.

Su corazón comenzó a inclinarse hacia él, como una flor hacia el sol, pero lo contuvo rápidamente. No podía ablandarse.

–Debe de estar bien lo de limitarse a extender un cheque y obtener lo que se desea. ¿Te das cuenta de que me has dejado sin casa y sin trabajo? Gracias.

–Tu trabajo será ser la esposa de un magnate farmacéutico. Reconozco que «heredero de una multinacional de investigación y fabricación de medicamentos» es demasiado largo, pero podemos buscar un término medio. ¿Qué te parece?

–Me parece que no eres honrado, Steve. Y no voy a casarme contigo. ¿Cómo se te ha ocurrido que lo haría?

Stavros enarcó las cejas.

–¿Debo recordarte lo que dejamos a medias?

La invadió una ola de calor, mezcla de vergüenza y recuerdo, placer y dolor por el rechazo. Apartó el *ouzo*, que no había probado, y se cruzó de brazos.

–Fuiste tú el que te marchaste. Yo he seguido adelante.

–¿Con quién?

–Con Takis –alzó la barbilla mientras soltaba aquella mentira.

–Inténtalo de nuevo porque sé que no te casaste con él cuando tuviste la ocasión. Fue un poco estúpido al pedírtelo, cuando ya vivías bien sin haberte quedado embarazada a cambio.

Ella dio un paso atrás.

–Lo que dices es horrible.

Él se encogió de hombros.

–Pero es verdad, ¿no?

–¡No! –Takis se había portado bien con ella en muchos sentidos.

Y ella no se lo merecía, pero solo sentía gratitud y afecto por él.

–Es verdad que no quise quedarme embarazada, pero también lo rechacé porque no le quiero como una esposa debe querer a su esposo. Por eso tampoco voy a casarme contigo.

–Es una buena noticia que no nos quieras a ninguno de los dos –dijo él mientras se servía más licor–. Como también lo es que no quieras tener hijos.

No era eso lo que había dicho. Deseaba encontrar al que había tenido antes de tener otro. Tragó saliva para deshacer un nudo en la garganta.

–Compra la casa. No voy a poder evitar que lo hagas, pero ¿por qué me pides que me case contigo?

–Mi abuelo me presiona para que busque esposa y no me dejará ser director de la empresa hasta que no lo haga. Todas las mujeres a las que conozco me exigirían un matrimonio de verdad; es decir, que les dedicara años de mi vida, que tuviéramos hijos y que les diera la mitad de mis bienes en caso de divorcio.

–¿No te gustan los niños? –de pronto se convirtió en un punto clave de aquella conversación descabellada, pero a Calli se le ocurrió la idea de que encontrara a su hijo y él lo rechazara.

–Me dicen que necesito un heredero, pero no tengo prisa. De hecho, mi intención es dejar que de eso se ocupen mis hermanas, pero estoy deseando tomar las riendas de la empresa. Necesito una esposa para presentársela a mi abuelo, una mujer que represente su papel pero que se marche cuando ya no la necesite. ¿Por qué quieres mudarte a Nueva York?

–¿Cómo sabes que quiero mudarme allí? ¿Me has investigado? –Calli palideció al pensar en lo que habría descubierto.

–Os oí hablar a Takis y a ti. ¿Por qué quieres irte? ¿Tienes un oscuro secreto del que prefieres que nadie se entere? Dímelo ahora. No quiero que se produzca un escándalo que empañe el apellido de mi familia.

Calli sabía que la gente de la isla murmuraba que se había quedado embarazada siendo una adolescente, pero creía que el bebé había muerto. Cabía la posibilidad de que Stavros se enterara de ese rumor si mandaba a alguien a investigar, pero no encontraría la tumba del niño. El padre de Calli se había negado a comprar una lápida. Porque su hijo no había muerto.

Estaba en Nueva York. Al menos, su padre, Brandon Underwood,

vivía allí y sabía quién lo había adoptado.

–Eso es cosa mía. No me gusta que metas las narices en mis asuntos –pero se le estaba ocurriendo la idea de que Stavros poseía los medios para investigar y de que ella podría poseerlos.

Apoyada por el nombre y la posición social de Stavros, podría enfrentarse a Brandon cara a cara y jugar en su misma liga.

Sintió que se mareaba.

–¿Vives en Nueva York? ¿Es allí donde me quieres llevar? –preguntó mientras intentaba no albergar esperanzas. Todo estaba ocurriendo muy deprisa y era demasiado fácil.

–Sí, en Manhattan. ¿Por qué quieres ir?

Takis había intentado ayudarla y habían acudido a un abogado que había escrito un par de cartas, pero la familia de Brandon era muy rica e influyente, como ya había avisado su madre a Calli. Dado que existía un certificado de defunción del bebé, la familia la había considerado una oportunista o una chiflada. Brandon afirmaba no acordarse de ella. En lo que a él respectaba, su aventura no había tenido lugar ni, mucho menos, el nacimiento del niño que su familia había robado.

Dirían que habían pagado por él, si llegaban a reconocer que había sido concebido.

–Siempre he soñado con ir allí –mintió ella al tiempo que se cruzaba de brazos. ¿Sería capaz de convertirse en una esposa de conveniencia y enfrentarse a un antiguo amante para hallar a su hijo?

–Podías haberte ido de vacaciones.

–Quiero vivir allí. He empezado con el papeleo, pero… –se dijo que no debía aferrarse a aquella idea loca. Le destrozaría que no se hiciera realidad–. Tendría que ser un matrimonio para que me dieran el permiso de trabajo. ¿Es ese el escándalo que preferirías evitar?

–No tendrás que trabajar ni siquiera cuando nos separemos. Te mantendré. Mis abogados se encargarán de todo.

Estaría bien.

–Sigo sin entender por qué me lo has pedido a mí, a una niñera sin ninguna cualificación y sin ningún valor para la sociedad, salvo el que le han infundido Takis y su hija.

–Ya te he dicho que será algo temporal y que no me dejarás sin un céntimo cuando nos separemos. Habrá un contrato prematrimonial y te pasaré una pensión adecuada. Eso es todo. ¿Eres consciente de que es a eso a lo que accederás? Seis meses bastarán para conseguir mi propósito.

–Lo que me ofreces es un matrimonio solo de nombre para poder…

–Calli –la interrumpió él–, no seas ingenua. Nos acostaremos juntos. Por eso te he elegido.

Se sintió tan excitada que volvió el rostro para ocultar su reacción. De todos modos, él debía de haberse dado cuenta, ya que soltó una carcajada de complicidad.

–Supones que yo querría hacerlo.

–Estoy seguro de que quieres.

–Me revienta tu arrogancia.

–Y a mí que niegues la verdad.

Ella lo fulminó con la mirada mientras él dejaba el vaso y le hacía señas de que se acercase.

–Vamos a sellar el acuerdo.

–Necesito tiempo para pensarlo –miró la alfombra, pero fue incapaz de ver el dibujo, solo una mezcla borrosa de azules y verdes–. Todo esto va demasiado rápido.

–Irá muy deprisa –la agarró de los antebrazos–. Tiene que ser así. Pero tendrás tu recompensa en Navidad y serás libre. Yo también.

Navidad. Con su hijo…

No se atrevía a soñarlo.

–Quieres acostarte conmigo y ganar algo a cambio –afirmó ella con voz ahogada.

–Vamos a acostarnos en cualquier caso.

–¿Dónde hay que firmar para tener ese grado de seguridad en uno mismo? Me gustaría saber de dónde procede.

–De aquí mismo, *glykia mou.* De tu forma de reaccionar ante mí –Stavros la atrajo hacia sí y eliminó todos sus pensamientos al rozarle los labios con los suyos, lo que la excitó.

Con un gemido de angustia, ella trató de reprimirse, de no ser fácil de conseguir para él, de demostrarse a sí misma que podía resistirse. Pero su cuerpo la traicionó. Contra su voluntad, los brazos rodearon el cuello masculino, del que se colgó, y el resto de su cuerpo se relajó.

Se estaba tan bien sostenida por sus fuertes brazos mientras él le acariciaba la parte inferior de la espalda de un modo que le producía un cosquilleo en todo el cuerpo… Abrió la boca y le devolvió el beso de forma apasionada, perdiéndose en las oleadas de placer que la invadían con creciente intensidad.

Él, de forma brutal, la depositó en el suelo mientras sonreía con cruel satisfacción.

–¿Necesitas más pruebas?

Ni siquiera respiraba agitadamente, a diferencia de ella.

Era humillante, pero era lo que necesitaba, ya que, en ese momento, le dolió de tal manera que desaparecieron sus escrúpulos por utilizarlo, ya que él usaba el deseo de ella para manipularla.

No obstante, su nivel de deseo la asustó. Las hormonas ya la habían conducido antes al cielo y al infierno, a la alegría de un hijo y al dolor de su pérdida porque había querido que alguien la besara y la tratara como si fuera especial.

–No me quieres –dijo sintiendo los labios hinchados. Era una verdad que se inyectó como si fuera una vacuna para tratar de disminuir su reacción ante él, de formar anticuerpos para que, al cabo de seis meses, no la dejara destrozada.

–No, no te quiero.

–No me lo digas. Ya me mentiste una vez. No vuelvas a hacerlo. No me hagas promesas que no podrás cumplir. No… –se miró las manos, que movía con agitación.

Quería decirle «no me hagas sufrir», no porque temiera por su físico, sino por su corazón, que, a pesar de que había aprendido a protegérselo, seguía siendo muy frágil.

Él la tomó de la barbilla y la obligó a mirarlo.

–No, ¿qué?

Ella se soltó de su mano antes de derretirse de nuevo y traicionarse.

–Esto es un acuerdo de negocios. No intentes adivinar lo que pienso.

Él la miró fijamente y ella tembló en su interior.

–Y no me acostaré contigo hasta que nos hayamos casado.

–Entonces, hagámoslo deprisa.

Stavros no tenía padrino. Alejandro estaba lejos, intentando ganar la apuesta; y Sebastien estaba en Roma haciendo de testigo de la boda de Antonio.

De todos modos, Antonio aprovechó la ocasión para aconsejarle que no se casara para aplacar a su abuelo.

–La primera vez que me casé, lo hice para estar a la altura de las expectativas de mi familia. Fue un desastre. Piénsatelo dos veces, *amico*.

Stavros no iba a cambiar de opinión.

–Pero esta vez te casas por amor, ¿verdad?

–Tengo un hijo –era una videoconferencia y Stavros observó que

Antonio apretaba los dientes. Su amigo no le dijo nada sobre la madre, Sadie.

Stavros se pregunto cómo iba a salir bien un matrimonio así, dado que ella había guardado el secreto durante mucho tiempo, pero se limitó a decir:

–Yo quiero dirigir mi empresa. Es lo mismo. Y hemos acordado que solo será por seis meses.

–¿Ha accedido ella? –preguntó Antonio, sorprendido. Después, se encogió de hombros–. Haz lo que te parezca.

Stavros siempre lo hacía.

Finalizó la llamada, pero pronto tuvo noticias de Alejandro. Creyó que este también lo aconsejaría, pero Alejandro no dijo nada sobre su boda. Estaba más preocupado por conseguir que le hicieran una prueba de ADN a un caballo.

¿Qué demonios estaba haciendo su amigo en Kentucky?

Stavros se preguntó si Sebastien creía que por aquella apuesta merecía la pena perder la mitad de su fortuna. Mentalmente, exigía más de lo que había supuesto, pero le había servido para tener más ganas aún de tomar el control de su fortuna, no para dar un sentido más elevado a su vida.

Su deseo de dirigir Dýnami era la única razón, se dijo al día siguiente, cuando Takis llegó solo al *dimarchio*.

El alcalde los esperaba.

–¿Dónde esta Calli? –preguntó Stavros a Takis.

–Ha ido al servicio. Normalmente no le preocupa el peinado o el maquillaje, pero… –consultó su reloj y, después, miró a Stavros sin pestañear–. Como la hagas sufrir, te mataré.

El sentido de la posesión le recorrió las venas a Stavros como un chute de heroína. Su reacción instintiva fue abalanzarse sobre Takis, pero las pocas veces que lo había visto había demostrado estar verdaderamente interesado por el bienestar de Calli, por lo que Stavros lo respetaba.

Así que se limitó a decir:

–La cuidaré bien.

–Ya la cuidaba yo bien.

–Si eso hubiera sido lo único que deseaba, se habría casado contigo cuando tuvo la oportunidad –era un golpe bajo, pero Stavros buscaba información. Sabía que Calli obtendría algo más de su matrimonio que un viaje a Nueva York y una generosa pensión, y quería saber qué era. La respuesta podría ser el motivo de que hubiera rechazado a Takis. ¿Qué no había podido proporcionarle su jefe?

–Sé que era muy joven para mí –contestó Takis poniéndose a la defensiva–. Pero me estaba quedando sin tiempo de darle a Ophelia un hermano. Además, sabía lo que la gente decía sobre el hecho de que Calli viviera en mi casa.

Apretó los labios hasta que formaron una fina línea.

–Con independencia de cómo reaccionara ella a mi proposición de matrimonio, debo respetar su decisión de aceptar la tuya, aunque tengo mis reservas. Calli sabe que nuestra casa siempre será la suya, si lo vuestro no funciona. No me la devuelvas hecha pedazos.

Stavros volvió a sentir deseos de agredirle. La conexión entre Calli y Takis le sentaba como una patada en el estómago.

El sonido de dos pares de zapatos de tacón que se aproximaban le hizo levantar la cabeza. Se le cortó la respiración al ver a su prometida.

El vestido era sencillo, pero del estilo del de una diosa griega. El escote era en forma de V y una ancha cinta le sujetaba los senos y le realzaba la cintura. Debajo de ella, la tela caía graciosamente hasta debajo de las rodillas. Calli llevaba florecillas blancas entretejidas en el cabello y un ramo de rosas.

–Es excesivo, ¿verdad? –dijo al ver a Stavros–. Te lo dije –le comentó a Takis haciendo una mueca.

–No –contestó Stavros poniéndose la chaqueta del traje, que se había quitado a causa del calor–. Estás preciosa –le tendió el brazo.

–Te dije que era perfecto –apuntó Ophelia, que llevaba un vestido rosa. Era guapa y parecía tan griega como Calli. Agarró del brazo a su padre y los dos siguieron a Calli y a Stavros al despacho del alcalde.

Unos minutos después, Stavros besó a su esposa, orgulloso de su triunfo. Aunque pareciera extraño, el premio que más deseaba no era la dirección de la empresa. De repente, se enfadó consigo mismo por no haber reservado más días, y noches, en París, antes de llevar a Calli a Nueva York.

Era un extraño cambio de prioridades que atribuyó a su frustración sexual. Los últimos días, que había pasado organizándolo todo, se le habían hecho interminables. Lo único que le faltaba era una larga despedida de Calli y su jefe, sobre todo cuando ella tenía lágrimas en los ojos.

–Gracias –dijo Calli con voz ahogada mientras abrazaba a Takis–. Lo siento.

–¿Qué es lo que sientes, tontuela? –Takis le frotó los antebrazos–. Soy yo quien lo siente. Sé que te he fallado. Si no

hubiera sido así, no habrías hecho esto.

–¡No! Me has dado mucho, y ahora me marcho como si no lo valorara. Pero te juro que lo valoro.

–Lo único que te he dado ha sido una oportunidad. Lo demás te lo has ganado sola. Buena suerte –dijo Takis con expresión grave–. Llámame, si lo necesitas, a cualquier hora y por el motivo que sea. ¿Entendido?

Ella asintió.

–Lo digo en serio.

–Lo sé –murmuró ella, antes de volverse hacia Ophelia, que sollozaba. Se abrazaron largamente. Calli le dijo lo mismo que le había dicho su padre a ella–. Llámame, a cualquier hora y por el motivo que sea.

–Te quiero, Calli.

–Yo también te quiero. No te metas en líos, *paidi mou.*

Había tanta agonía de lealtades divididas en la expresión de Calli que Stavros se sintió culpable al tomarla de la mano y llevársela de allí, como si la estuviera separando de su familia.

Si estaba tan unida a ellos, ¿por qué se casaba con él?

Quería creer que la respuesta era evidente: por dinero. Sin embargo, cuando habían negociado la pensión que recibiría cuando se separaran, ella no había intentado subirla, por lo que, al final, había sido él quien lo había hecho. No había mentido a Takis al decirle que cuidaría bien de ella, aunque ella misma no supiera cómo hacerlo.

Seguía pensando en eso, y preguntándose por las razones de ella para casarse, mientras se acomodaban a bordo de su jet privado. Observó que ella no dejaba de darle vueltas a la alianza en el dedo, como si se lo estuviera pensando mejor.

–¿Qué más te dio Takis, aparte de trabajo?

Ella lo miró, consternada. Tras hacer una pausa debida a la sorpresa, dijo:

–Creía que habíamos dicho que esto sería simplemente un acuerdo comercial.

–Tendremos que hablar de algo durante los próximos seis meses. No te hace gracia la idea de que te investigue, así que cuéntame tú lo que quieras que sepa.

Ella se estiró la falda. Seguía llevando el vestido de boda, pero a él no le parecía que estuviera fuera de lugar, dados los virginales nervios que se le notaban.

Stavros recordó la conversación que había escuchado entre Takis y ella, cuando él le había preguntado: «¿Y lo de esperar hasta que te

casaras?».

–Me dio un hogar, su confianza y su respeto.

Stavros se fiaba de ella, hasta cierto punto. La respetaba igual que respetaba cualquier forma de vida; tal vez algo más, ya que era amable y tenía sentido del humor. Además, estaba casi seguro de que no la movía el dinero. Tenía otros motivos, que debía descubrir, lo cual le provocaba un natural recelo.

–Takis dijo que te había propuesto matrimonio porque la gente murmuraba por el hecho de que vivieras en su casa.

–Era cierto que la gente murmuraba, pero yo llevaba soportándolo dos años, por lo que carecía de sentido cambiar mi situación simplemente porque había cumplido diecinueve años. Además, la gente hubiera seguido murmurando, debido a nuestra diferencia de edad. Y él no me inspiraba esos sentimientos.

Stavros no se había dado cuenta de lo joven que era hasta que obtuvieron la licencia matrimonial. No parecía mayor de los veintitrés años que tenía, pero la madurez de su comportamiento sugería que era mucho mayor.

–¿Te fuiste a vivir con él a los diecisiete? –tal vez fuera virgen–. ¿Y tus padres?

–Viven en la isla –algo en su tono le indicó que se adentraba en un terreno peligroso.

Le había preguntado si sus progenitores irían a Atenas para la boda. Su tajante negativa le había convencido de que habían muerto.

–¿Desaprobaban que vivieras con Takis?

–Desaprobaban muchas cosas.

–¿Por eso te fuiste a vivir con él? ¿Te escapaste?

–Me echaron de casa –Calli cerró los puños aplastando la delicada seda del vestido–. Dormía en la playa. La isla es pequeña, por lo que todo el mundo se enteró. Pensé que sería mejor irme al continente, pero no tenía dinero para el ferri. Takis era el hombre más rico de la isla, y yo sabía que había enviudado. Cuando lo vi en el coche esperando el ferri…

Hizo un mohín y se sonrojó al volver la cabeza para mirarlo, pero lo hizo sin pestañear, casi de modo desafiante, mientras una sombra de angustia velaba sus ojos.

Stavros sintió náuseas ante lo que estaba seguro de que le diría.

–Le hizo una oferta que él rechazó amablemente –intentó alisarse las arrugas del vestido–. Sin embargo, sabía que muchos hombres no dudarían en aprovecharse de una adolescente desesperada. Iba a recoger a Ophelia a casa de sus abuelos y a

contratar a una niñera. Me dijo que me daría una oportunidad, pero me dejó muy claro que no toleraría drogas, robos, ni nada parecido.

–¿Fue por eso por lo que te echaron tus padres? ¿Por drogarte?, ¿por robar?

–No –Calli tardó un minuto en seguir hablando–. Yo… esto… Me lie con un turista y mi padre dijo que lo había deshonrado.

Ah, no era virgen. Stavros se sintió decepcionado, pero no por razones posesivas. Le pareció que aquella experiencia había influido en la opinión que ella tenía de los hombres y el sexo.

–¿Por eso querías esperar a casarnos para acostarte conmigo?, ¿porque habías tenido relaciones prematrimoniales y te habían echado de casa por ello?

Ella se encogió de hombros. Volvía a estar de perfil y parpadeó rápidamente.

–No quería que me volvieran a utilizar. Esta vez, al menos, la utilización es mutua. No me quedaré sin nada.

Ese rasgo mercenario no debería haberle irritado, sino reconfortado, ya que demostraba cuáles eran sus motivos. Sin embargo, dijo:

–Me preguntaba por qué dejabas a Takis, cuando es evidente que le tienes mucho cariño. Pero el dinero hace ver las cosas de otra manera, ¿verdad?

Ella volvió la cabeza para mirarlo. Había dolor y amargura en sus ojos.

–¿Te refieres a que esto nuestro no es muy distinto de haberme ofrecido a Takis por un billete de ferri? Lo sé. Pero tú también te has casado por dinero. Si mi comportamiento te resulta desagradable es porque te estás mirando en un espejo.

Calli ya estaba dándole vueltas a lo que había hecho antes de que Stavros la insultara. Ella se bastaba y se sobraba para juzgarse con dureza. Se había casado con un desconocido para que la llevara a Estados Unidos e iba a acostarse con él y a desempeñar el papel de su esposa para buscar a su hijo.

Takis había estado a punto de derrumbarse cuando le contó el acuerdo al que habían llegado. La madre de Ophelia había sido el amor de su vida, pero sentía mucho afecto por Calli. Siempre la había protegido, pero, con el tiempo, ella comenzó a sentirse asfixiada. Ophelia decía que su padre era un controlador. Era su forma de evitar que hicieran daño a sus seres queridos. Y, en el caso de la búsqueda del hijo de Calli, siempre se había adelantado a ella

para hacer las gestiones necesarias.

Calli había dejado que la protegiera por distintas razones, entre ellas la de creer que lo sucedido había sido culpa suya. Temía no ser lo bastante buena para merecerse formar parte de la vida de su hijo. Eso era lo que había pensado la familia de Brandon. Incluso sus padres le habían reprochado que siguiera adelante con el embarazo, para después quitarle a Dorian. No había podido retenerlo. Ni siquiera había podido averiguar dónde estaba.

Había fracasado como madre.

Entonces, ¿qué derecho tenía a buscar a Dorian? ¿Querría él verla? Era muy pequeño: tenía seis años. ¿Iría a la escuela? Tal vez ni siquiera supiera que era adoptado.

¿Se sentiría querido?

Takis le había asegurado que a las familias muy ricas no les gustaban las sorpresas procedentes del pasado. Por eso, la de Brandon había expulsado a la madre de la vida de su nieto cruel y rápidamente. La gente de esa posición no dejaba que su heredero se casara con una isleña con la que se había acostado durante unas vacaciones. Le pagaban para que se mantuviera lejos y se aseguraban de que el resultado del desliz de su hijo tuviera una vida cómoda y una buena educación, que no le faltara de nada.

Takis estaba convencido de que Dorian estaba bien, no le cabía duda.

Pero ¿lo querrían?

Era el mayor deseo de Calli con respecto a su hijo. Sin embargo, existía la otra cara de la moneda; si era feliz, la aparición de su madre biológica podía traumatizarlo.

Hasta que ella no supiera si se hallaba a salvo y si era un niño querido, no descansaría. Siempre le atormentaría la idea de que le había fallado.

–¿No te gusta?

La voz de Stavros la sacó de su ensimismamiento.

–¿Qué?

–Es uno de los mejores chefs de París, pero no pareces contenta. ¿Llamo y pido que nos traigan otra cosa?

Habían estado hablando con frases forzadas desde que ella le había atacado en el avión. Miró la comida que había en su plato, que casi no había probado.

–No, está muy bueno. Estoy distraída. Siento haberme portado mal en el avión, pero acabo de dar un gran paso, y ha acabado por afectarme.

–Para serte sincero, el tiempo que pasé arreglando las baldosas

me ha permitido darme cuenta del fastidio que supone no tener dinero.

–Un fastidio, tú lo has dicho.

–Pero, incluso entonces, podía hablar con mis amigos por teléfono y sabía que mi apurada situación solo duraría dos semanas. No tuve que dormir en la playa. Cuando te imagino, tan joven, en esa situación…

Ella también odiaba recordar aquella época.

Dio un sorbo del excelente vino blanco que les habían servido con la cena, en una suite con vistas a la torre Eiffel, y trató de animarse.

–La playa no fue nada comparado con lidiar durante seis años con una adolescente. Olvídate de las dos semanas sin tarjeta de crédito. Te desafío a que sobrevivieras a eso.

–Paso –dijo él riendo.

–Me lo temía –tomó un bocado y masticó lentamente mientras pensaba en el conflicto que le había supuesto dejar a Ophelia. Ella no sabía nada de Dorian. Takis había dejado que fuera Calli quien se lo contara cuando le pareciera oportuno. Era un asunto muy delicado. Calli solo se lo había confesado a Takis, pero ahora se preguntaba si no debería haberle explicado mejor a Ophelia por qué se casaba y se mudaba a Nueva York.

–La vas a echar de menos –afirmó Stavros.

–Sí. Cuando me fui a vivir con ellos, ella se convirtió en una pesadilla. Me hacía cosas horribles, como echarme arena en la cama, hacerse la muerta en la piscina o abrir el mueble bar de Takis. Cuando dio el primer sorbo tosió, y la oí, por lo que no hubo muchas consecuencias. Pero, de todos modos…

Calli se estremeció al recordar aquellos primeros meses.

–No quería que hubiera nadie en la casa que no fuera su madre y pretendía que su padre se quedara con ella todo el día, cosa que él no podía hacer. Le dije claramente que yo no tenía adonde ir y que, hiciese lo que hiciese, seguiríamos juntas. Un día vimos a mi madre cuando íbamos a hacer algunos recados.

Calli, totalmente desganada, apartó los cubiertos.

–Ophelia se dio cuenta de que había algo más terrible que el hecho de haber perdido a una madre, y era que siguiera viva y se negara a mirarte.

Las cosas no habían cambiado y Calli dudaba que fueran a hacerlo. Su madre había tenido la oportunidad de apoyarla para que no se llevaran a Dorian, pero se aferraba a la historia de que el bebé había muerto. Se puso del lado del padre de Calli, y esta nunca

perdonaría a ninguno de los dos.

–Ophelia todavía cometió alguna travesura después de aquello, pero sin malicia. Y comenzamos a divertirnos juntas.

Se hicieron tan amigas que, cuando consiguió reunir dinero suficiente para el billete a Nueva York, Calli no quiso abandonar a Ophelia. Por fin, esta se había tranquilizado. Sus calificaciones escolares había mejorado, y Takis no estaba tan preocupado como antes.

Calli dejó que él la convenciera de que se quedara con ellos un poco más y no le habló de las razones por las que quería marcharse. Le resultaba humillante. Y se había sentido muy bien al saber lo mucho que Ophelia y él la necesitaban. Por primera vez en la vida, se sintió valorada y querida.

–Está emocionada por marcharse de casa para ir al internado, pero sé que también ansiosa. Tú has comprado su casa y yo me he marchado a Nueva York. Me siento culpable.

–¿Lo lamentas?

–No –pasara lo que pasara en Nueva York, sería doloroso, pero era una gran oportunidad para obtener respuestas. Nadie la retendría–. Estoy resuelta a llevar este asunto hasta el final.

–Intentaré que te resulte agradable, para que no tengas que limitarte a soportarlo.

–¿Qué? ¡Qué mal ha sonado lo que he dicho! No me refería a eso.

–Lo sé –contestó él con humor, pero también con seguridad en sí mismo y anticipación.

Calli se inquietó. Hasta entonces, había evitado pensar en el sexo. Había sido una especie de negación. Se había centrado únicamente en lo que conseguiría con aquella boda, no en aquello a lo que renunciaría.

Ni en lo poco que le había costado a Stavros hacer que renunciara a tantas cosas.

–¿Ha habido alguien más después de ese turista?

–No.

–¿Y cómo es eso, si eres tan sensual?

–Era mi primera vez, y todo resultó torpe y embarazoso, nada que deseara repetir. ¿Por qué necesitas conquistar a mujeres cuando apenas te interesan?

–Te encanta atacar cuando te sientes amenazada, ¿verdad? –Stavros dejó la servilleta en el plato y se levantó–. Tranquilízate. Hablaba en serio cuando te dije que trataría de que todo fuera agradable. Ahora que conozco tu falta de experiencia, me lo tomaré

con calma –la levantó de la silla y la abrazó estrechamente para bailar.

Calli se puso rígida, pero no pudo mantenerse así cuando todo en ella se derretía y ablandaba contra el cuerpo masculino. Sucumbió a su abrazo y se apoyó en él.

–No he dejado de pensar en tu forma de moverte contra mí el otro día, *koukla mou*; en lo excitada que estabas y los eróticos sonidos que emitiste al alcanzar el clímax.

–No me lo recuerdes. Me da vergüenza.

–Es excitante. ¿No te excita recordarlo?

Por supuesto que la excitaba. Se sentía cada vez más débil, a pesar de que hablaban de un tema que la avergonzaba. El cuerpo de él se frotaba contra el suyo. Se movían de una forma que no se ajustaba a la música de fondo de la habitación. ¿Se había excitado él? ¿Era eso lo que ella había notado cuando le había rozado la pelvis con el estómago? Todos sus sentidos se despertaron. Contuvo la respiración esperando un nuevo roce.

–¿No quieres oír que lo revivo todas las noches?, ¿que no me duermo a menos que me imagine que te poseo contra la pared hasta que los dos gemimos y nos estremecemos al alcanzar el clímax a la vez? –le rozó el cuello con los labios.

–No seas tan gráfico.

–El sexo lo es. Tú y yo vamos a tener mucho sexo, *glykia mou*. Vete haciendo a la idea. Está bien ponerse nerviosa, pero veo que intentas negar lo que sientes, y no me gusta. Fuiste tú la que dijo que no querías que hubiera mentiras entre nosotros.

Ella se detuvo y lo fulminó con la mirada.

–Te crees que el mundo y yo te pertenecemos, ¿verdad?

Él la agarró de la nuca y le rozó los labios con los suyos.

–Tu mundo y tú me pertenecéis durante los próximos seis meses. Pídeme que te bese.

–No.

Él rio y ladeó la cabeza como si fuera a besarla en el cuello, pero no lo hizo.

Ella intentó soltarse, sin resultado. Él alzó la cabeza. Todo el cuerpo de ella quería pedirle que la besara, pero levantó la barbilla negándose a reconocerlo.

–Si quieres que pare, dímelo. Pero, si estás luchando contra ti misma, explícame por qué. ¿Se debe a que te educaron en la creencia de que está mal que te guste el sexo?

–No estoy traumatizada, si es eso a lo que te refieres. Simplemente, no me gusta que me manipule alguien que cree que

mi cuerpo es un terreno de caza. No eres en absoluto sensual. Lo que te excita es la idea de conquistarme.

–La única razón de no haberte poseído contra la pared aquel día fue que no tenía un condón. Deja de luchar contra tu deseo hacia mí y te demostraré cuánto te deseo yo –prometió él.

¿O era un amenaza?

En cualquier caso, era un riesgo elevado. No estaba traumatizada por el sexo, pero no quería dejarse guiar por sus más bajos instintos en vez de por su cerebro racional. La biología era poderosa y estaba destinada a perpetuar la especie, con independencia del coste para los padres. Lo que había sentido con Brandon era un baño tibio comparado con su forma de reaccionar ante Stavros. Sin embargo, había consentido que esa sensación agradable la dominara.

Y el resultado había sido desastroso, por lo que la aterrorizaba que su vida volviera a írsele de las manos, sobre todo cuando la tentación era tan fuerte.

–Yo tampoco voy a pedírtelo, a pesar de que te deseo más que… –le agarró un mechón de cabello y se lo extendió por la base del cuello–. Creo que es por la forma y en que nos conocimos, por el sitio en que lo hicimos.

Tenía la mirada fija en el mechón de cabello sobre su piel.

–No pienses que voy a salir de esta habitación y a gozar de la primera mujer con la que me encuentre. Te deseo a ti.

Ella se quedó sin aliento al tiempo que se le aceleraba el pulso y la invadía una oleada de calor.

–Yo… –intentó tragar saliva–. He comenzado a tomar unas pastillas, pero todavía no funcionan. Debes ponerte algo hasta que lo hagan. No quiero quedarme embarazada.

–No me olvidaré.

Se miraron a los ojos durante un minuto, midiéndose mutuamente y buscando seguridad. Al menos por parte de ella. No sabía lo que sería para él. No lo conocía, pero lo miró a los ojos y notó… Tal vez estuviera proyectando lo que deseaba ver, pero notó que él podía ser su salvación del mismo modo que ella deseaba ser la suya.

Bajó la vista hasta su boca.

Como si fuera la señal que él estuviera esperando, le dio un breve beso en los labios con la boca abierta, a modo de prueba. ¿Estaba lista para aquello? ¿Reaccionaría como él le había pedido?

Estaba lista y reaccionó así. Sin embargo, no solo dejó que los labios masculinos se posaran en los suyos, sino que lo besó a su vez,

respondiendo con intención, revelando el deseo que llevaba merodeando en su interior desde el momento en que lo había conocido.

Stavros gruñó mientras la besaba más profundamente.

Calli gimió y le introdujo los dedos en el cabello. Él la abrazó con tanta fuerza que la dejo sin respiración.

Ella se arqueó contra él y él le introdujo la lengua. Ella se la lamió suavemente y él le puso las manos en las caderas y en la cintura. Cuando ella frotó sus senos contra el pecho masculino, él le agarró con los dedos uno de los endurecidos pezones.

La sensación que ella experimentó hizo que abriera los ojos, pero fue incapaz de ver nada. Una oleada de calor húmedo se vertió en la unión de sus muslos mientras él jugueteaba con el pezón por encima del sujetador y del vestido. Quiso rogarle que la desnudara, para sentir su cálido y sensual tacto en la piel desnuda. Pegó su pelvis a la de él.

Stavros la empujó hacia atrás y chocaron con una mesa. Una lámpara cayó al suelo, lo que hizo que Calli volviera a tomar conciencia de su elegante entorno.

–¿Qué…?

–Olvídalo –le ordenó él mientras sus dedos le buscaban la cremallera en la espalda–. ¿Dónde está la cremallera?

–Aquí –ella levantó un brazo, pero no pudo resistirse y lo agarró por la barbilla para besarlo en la boca.

Él la esquivó durante unos segundos y le dijo:

–Con la lengua –y la besó. Emitió un sonido animal cuando ella se le entregó y le bajó la cremallera lo suficiente para introducirle los dedos y tocarle el sujetador de encaje.

Cayeron en el sofá, con una pierna en él y otra fuera. La rodilla de él se hundió en el cojín que estaba al lado de la cadera de ella, y ambos forcejearon hasta que él consiguió situarse entre sus piernas.

Le miró durante unos segundos la abertura del vestido con expresión salvaje. A ella no debería excitarla, pero la humedad entre sus muslos aumentó. Temblando, sacó el brazo del vestido, se desabrochó el sujetador y desnudó sus senos.

Se ofreció a él de forma descarada.

«Por favor, que te guste lo que ves».

Él sonrió de forma feroz. Tomó uno de sus pezones con la boca y lo succionó con tanta fuerza que ella se arqueó contra él.

–¡Stavros!

–¿Es demasiado? –comenzó a trazarle círculos con la lengua y a rozarlo ligeramente con los dientes–. ¿No es suficiente? Dímelo –

ordenó con voz gutural.

Ella solo pudo susurrar «más» al tiempo que le arañaba los hombros con el deseo de rasgarle la camisa y tocarle la piel.

Él siguió jugueteando con el pezón mientras elevaba el torso lo suficiente para desabotonarse la camisa y abrírsela. Emitió un sonido de satisfacción cuando ella deslizó las manos por debajo y le acarició los músculos en tanto que él le sacaba el otro brazo del vestido para tener ambos senos a su disposición.

–No estás asustada, ¿verdad? Pues deberías –afirmó él con voz peligrosa mientras le acariciaba la parte interior del muslo y agarraba la tela húmeda de las braguitas. Introdujo los dedos por debajo y con los nudillos le rozó los labios. A ella se le hizo un nudo en el estómago.

–¿Así? –preguntó él.

Calli temblaba por entero, incapaz de hablar, de decirle que le encantaba. Le puso un dedo en la bragueta y recorrió con él la larga protuberancia que la presionaba.

Él soltó un improperio, tiró con fuerza de las braguitas y se las bajó.

Ella gritó sorprendida, pero contuvo la respiración cuando él se abrió la bragueta con la misma falta de delicadeza.

Aquello era… Lo estaban haciendo, pensó ella. Él se puso un preservativo.

Ella se sintió muy expuesta y vulnerable. Todo ocurría demasiado deprisa. Le puso las manos en el pecho cuando él fue a tumbarse sobre ella.

Él la miró y vio la duda en sus ojos.

–Di que sí, por favor.

No estaba segura de si se lo estaba ordenando, pidiendo o rogando. Pero la desesperación que percibió en su expresión la tranquilizó. Parecía estar a punto de morir si no lo hacían. Fue suficiente para convencerla de que él estaba tan inmerso en aquella experiencia como ella.

Calli deslizó una mano entre los dos y, a tientas, lo situó en el lugar correcto. Como si hubiera sido una señal, él la besó en la boca apasionadamente mientras la penetraba.

Ella contrajo los músculos al principio, pero rápidamente gimió de placer, asombrada ante la intensidad de la sensación cuando él la embistió por primera vez. Stavros, temblando, la miró con intensidad, como si contenerse requiriera todos sus esfuerzos.

Calli no había sentido nunca nada tan delicioso. Quería más, lo necesitaba, lo exigía. Se arqueó invitándolo a penetrarla más

profundamente la siguiente vez.

Él lo hizo y, a partir de ese momento, abandonaron todo intento de decoro y sucumbieron a sus más primitivos instintos. Fue salvaje y gráfico. Pero muy bueno. Condenadamente bueno.

Ella se oyó diciendo:

–No pares, no pares.

–No –gruñó él mientras la conducía cada vez más arriba con cada poderoso movimiento de sus caderas. Se aferraron el uno al otro, se arquearon y gimieron, y, cuando llegaron al clímax, gritaron juntos.

Capítulo 5

STAVROS cayó al suelo, de espaldas, al rodar para separarse de ella, lo cual le privó del poco aliento que le quedaba. Cuando levantó la mano que tenía sobre los ojos se golpeó en el codo con la mesa de centro.

Lo único que vio fue una rodilla desnuda que sobresalía por el borde del sofá y las braguitas de encaje sobre la mesa.

Se humedeció los labios, que se le habían quedado secos de jadear. La velocidad del pulso y de la respiración fueron disminuyendo. Tragó saliva y se frotó la cara intentando recobrar la compostura.

¿Qué acababa de suceder? Había prometido ir despacio.

Sabía que estaría bien y quería saborear esa primera vez, pero la combinación de Calli y él era inflamable. La parte de sí mismo que tenía mil responsabilidades y mantenía el control cuando llevaba a cabo increíbles proezas físicas le indicaba que retrocediera y volviera a evaluar la situación; la otra parte, la que hacía parapente y corría delante de los toros para no morir de aburrimiento le golpeaba el pecho y le invitaba a gritos a seguir.

Ella movió la pierna y emitió un sonido.

¿Estaría incómoda?

Preocupado, obligó a sus aletargados músculos a moverse y levantó un brazo. El resto de su cuerpo revivió al ver las curvas del cuerpo femenino.

–¿Estás bien?

–Sí –se bajó la falda e intentó cubrirse los senos con la parte superior del vestido.

Él apoyó el codo en el borde del sofá, y la barbilla en la mano, y esperó a que ella dejara de evitar mirarlo. Por fin lo hizo, y, cuando volvió la cabeza, sus rostros estaban muy cerca el uno del otro. Era adorable esa timidez después de la mutua avidez y de haberse perdido el uno en el otro.

¿Se acordaba ella de que le había exigido más?, ¿de que le había

pedido que no parara?

Él nunca lo olvidaría.

–¿Crees que podríamos hacerlo en la cama esta vez? –preguntó él con más ternura de la que pretendía.

–¿Quieres volver a hacerlo? –preguntó ella, sorprendida. Tragó saliva.

–Te avisé que lo haríamos mucho. Di que sí, por favor.

Si ella estaba físicamente incómoda, aceptaría una negativa. Sin embargo, si empezaba a mentirle diciendo que no lo deseaba, la presionaría. Pero seguro que ella no volvería a decírselo, ya que quería aplacar aquel voraz animal tanto como él.

–Si me das ventaja…

Stavros la agarró y la situó encima de él. Se echó a reír cuando ella, sorprendida, dio un grito. Le quitó el vestido mientras ella se sentaba sobre sus caderas.

Ambos se quedaron inmóviles mientras él contemplaba su cuerpo desnudo.

Ella hizo amago de cubrirse los senos, pero él la asió del brazo antes de que pudiera hacerlo. Sus curvas eran amplias y suaves, pálidas en las zonas en que se había protegido del sol. Fascinantes.

Mientras asimilaba que aquella maravillosa mujer le pertenecía, Stavros pensó que, de haber seguido viviendo en la isla, tal vez habría sido él quien le hubiera arrebatado la virginidad. ¿Se habría casado con ella? ¿Habrían vivido juntos toda la vida?

Era una idea inquietante, pero le demostró, una vez más, que el error que había cometido al abandonar a su padre seguía teniendo consecuencias.

Hacía tiempo que había aprendido a vivir el momento, a no pensar en lo que podía haber sido o en lo que sería. Calli y él habían llegado a un acuerdo. Les quedaban seis meses.

Y estaba dispuesto a disfrutar de cada uno de ellos.

Si fuera posible emborracharse por hacer el amor, Calli hubiera estado ebria al llegar a Nueva York. Lo habían hecho incluso en el avión, ya que el jet de Stavros tenía un dormitorio.

Cuando Calli recordaba sus torpes titubeos con Brandon, no había comparación. Era el mismo acto solo de nombre.

Stavros se esforzaba en llevarla al clímax, casi como si fuera un concurso, como si quisiera demostrarle que podía conseguirlo cada vez. Parecía producirle un placer inmenso. Y ella se temía que se estaba enamorando de él, porque ¿cómo no iba a hacerlo de un

hombre que le proporcionaba semejante gratificación, tanto deleite y de manera tan íntima?

Al mismo tiempo, crecía en ella la sensación de que la había comprado, que había pagado por ella. La luna de miel había consistido, cuando dejaban de hacer el amor, en dedicarse a realizar compras en cantidades escandalosas.

Ella había protestado diciendo que no necesitaba todos aquellos vestidos, zapatos y joyas, pero él le había respondido que tendrían mucha vida social y que debía representar su papel.

Calli no era su verdadera esposa. No la mimaba porque lo deseara, sino que le pagaba para ser algo que él necesitaba.

La cantidad de paquetes que se cargó en el avión la hizo sentir incómoda, sobre todo cuando él pidió que llevaran a la cabina una bolsa de una tienda de lencería.

«Quiero verte con el conjunto rojo».

Aunque ella había pensado que la trataba como si fuera un objeto por ese comentario, cuando él le había recorrido con sus labios el borde del encaje en las caderas y lo había ido deslizando hacia abajo lentamente, ella le había rogado que le proporcionara placer con la lengua. Dos veces.

Se estaba perdiendo, lo cual era inquietante, ya que, a pesar de la intensidad del tiempo que pasaban juntos y de la familiaridad física que habían alcanzado, ella seguía considerándolo un desconocido; sobre todo cuando se puso un traje en el avión y comenzó a dar órdenes a todo el mundo por teléfono, camino de Manhattan.

No se había dado cuenta de lo rico y poderoso que era Stavros. Era cierto que le había comprado montones de vestidos en las boutiques de París, pero ella no había visto el precio. Había pensado que no serían muy caros.

Pero sabía que lo eran. Leía las revistas del corazón. Un sujetador de diseño costaba lo que ella ganaba a la semana. Y Stavros se lo había comprado en todos los colores.

Se hallaba en una fase de negación porque no se creía que estuviera despierta, que no estuviera soñando la ridícula farsa en la que había decidido participar.

Cuando llegaron a la mansión en el centro de la ciudad, comenzó a entender verdaderamente cómo era la familia de su esposo, cuánto dinero tenía. Stavros abrió la verja de hierro forjado del jardín y la dejó que lo precediera en el sendero que conducía a la puerta principal.

–¿Esta es tu casa?

–Es de mi abuelo, que pasa aquí tres noches a la semana y el resto fuera de la ciudad. Yo hacía lo mismo hasta que pude comprarme el ático.

–¿Tienes un ático? ¿En Nueva York?

–Tengo varios –Stavros se encogió de hombros como si no tuviera importancia–. Simpson –saludó al hombre que les abrió la puerta.

–Señor Michaels, bienvenido –el hombre saludó a Calli con un movimiento de cabeza y los acompañó por el vestíbulo hasta llegar a una habitación a cuya puerta llamó, antes de entrar y anunciar–: Su nieto, señor.

El anciano se inclinó hacia delante para apretar un botón que quitó el sonido al aparato de televisión, pero no se levantó hasta ver que Stavros estaba acompañado. Era corpulento, pero se movía con agilidad y sus hermosos rasgos poseían una antigua majestuosidad. Los genes de los Xenakis envejecían bien. Stavros se volvería más guapo con la edad, como si lo necesitara.

–¿Cenará con nosotros, señor? –preguntó Simpson a Stavros.

–No, tendremos una cena de familia algún día de esta semana, con mi madre y mis hermanas. Esta es una visita de cortesía para presentar a mi esposa. Edward Michaels, Calli Xenakis.

El anciano parecía anonadado.

Lo que Stavros dijo después debía haber estado dirigido al mayordomo, pero habló sin dejar de mirar duramente a los ojos de su abuelo.

–De ahora en adelante, nos llamarás por nuestros nombres griegos.

La negación había dado paso a un estado de ira mientras Calli se hallaba en el salón de uno de los áticos de Stavros. Empleados de uniforme acababan de dejar todas las bolsas y se marchaban apresuradamente.

Calli echó una ojeada al espacio abierto que constituía la primera planta, con sus muebles ultramodernos. Las escaleras subían formando ángulos distintos y se detenían en un descansillo, donde había un pequeño cuarto de estar con vistas a la ciudad desde las enormes ventanas. El último tramo de escaleras acababa en otra habitación, que Calli suponía que sería el dormitorio.

–No te molestes en deshacer las maletas. Habrá gente mañana que lo haga.

–¿Gente? ¿Más cuerpos que has comprado para utilizar? –miró

con desprecio el montón de paquetes apilados contra la pared.

Stavros era otro rico playboy que hacía lo que le daba la gana. Lo había calado desde el principio, pero había conseguido engatusarla. Más estúpida no se podías ser.

–Explícame ese comentario –el tono en que se lo dijo podría haberla asustado si no estuviera tan consternada, tan herida; tan profundamente herida.

–Me has elegido con el único propósito de fastidiar a tu abuelo.

«¿En Grecia? ¿Es ahí donde has estado?».

Calli había percibido la desaprobación en los ojos del anciano, cómo se había estremecido cuando Stavros le había dicho que ella había nacido en la misma isla que ellos. La había conmocionado la forma en que Edward se había quedado de pie, en silencio y mirando a su nieto de modo siniestro, enfrentados por una guerra antigua.

–Te he pagado para fastidiarlo –Stavros señaló los paquetes–. Y te he dado una propina.

–¿Por qué voy a ponerme nada de eso si el propósito es avergonzarlo? –la humillación le ahogó la voz–. Hacerle eso a alguien es horrible. No quiero formar parte de ello.

Apretó el botón para llamar al ascensor privado.

–Tenemos un trato –él pulsó el botón para anular la llamada y se apoyó en la pared para evitar que ella volviera a llamarlo.

–Es lo que sucede cuando compras algo en rebajas, Steve. No dura todo lo que esperabas. Apártate –le ordenó, deseando darle un puñetazo para poder apretar el botón que él bloqueaba.

–No me llames así.

–¿Que no te llame Steve? Es mejor que llamarte lo que desearía. Apártate –ella se agachó por detrás de él para alcanzar el botón, pero él apoyó toda la espalda en el panel, consciente de que se estaba portando como un chiquillo. No se esperaba aquello.

–Estás exagerando.

–Me comporto con la cantidad exacta de indignación que es adecuada a la situación. Me has mentido. Eres igual que el imbécil que me arruinó la vida –sacó el móvil.

–¿A quién llamas? –preguntó él como si no lo supiera. Se puso hecho una furia.

–Creía que eras mejor de lo que eres. Sabías que quería venir a Nueva York y me has utilizado no solo en tu propio interés, sino para denigrarme.

Él le quitó el teléfono, la agarró del brazo y tiró de ella hacia el sofá.

–Ven aquí.

–No se te ocurra tocarme –dijo ella soltándose.

Durante unos segundos, Stavros contempló la violenta expresión de su rostro. No se asustó. Ella no podría hacerle nada más que unos cuantos arañazos o cardenales, pero se quedó anonadado ante su furia y ante lo angustiada que, al mismo tiempo, parecía.

–Me has traído hasta aquí con la promesa de algo que lo significa todo para mí… –Calli se mordió los labios.

–Sí, y ¿qué es?

Ella no hizo caso de la pregunta.

–Solo para presentarme a tu abuelo como algo vergonzoso. Mucha gracias, pero para eso me basta con ir a casa de mi padre. Vete al infierno, Steve.

–Te he dicho que no me llames así. Hablo en serio –aunque no hubiera sacado nada más de la apuesta de Sebastien, al menos se había recuperado a sí mismo.

–¡Steve! ¡Steve, Steve, Steve, Steve, Steve, Steve!

Él sintió ganas de arrancarle la palabra de la boca, pero se contuvo y le lanzó una mirada asesina.

–Utiliza el nombre por el que me llamas cuando estoy dentro de ti.

Las pupilas de ella se agrandaron y la sombra de la traición se instaló en ellas.

–No sigas por ahí. Reconoce que eres un canalla.

–No de nacimiento, sino por naturaleza –dijo él acercándosele más–. Ahora, llámame por mi verdadero nombre, *glykia mou,* o te obligaré a hacerlo. Sabes que puedo.

Estaba seguro de poder. Se había pasado la luna de miel aprendiendo a extraer de ella los más hermosos sonidos.

Calli lo fulminó con la mirada, con los labios apretados y los puños cerrados.

–Devuélveme el teléfono.

–No vas a llamar a tu perro guardián cada vez que no estemos de acuerdo en algo.

–No es que no estemos de acuerdo, sino que me has mentido.

–Te dije que quería casarme contigo por esto –dibujó su silueta con las manos, sin tocarla. A ella se le endurecieron los pezones como si se los hubiese acariciado. Se le alteró la respiración, y él supo por el temblor de sus muslos que su interior le latía del mismo modo que a él la entrepierna.

–Dijiste… –ella tragó saliva–. Dijiste que querías…

Él esperó y esbozó una media sonrisa al ver que no podía recordar de lo que estaban hablando. Él tampoco.

–Te deseo –dijo él con sinceridad–. Ábrete el vestido.

Ella suspiró y le tembló la boca.

–¿Por qué lo haces? –preguntó ella, impotente.

Stavros le levantó la barbilla y la besó en los labios. Ella no opuso resistencia, sino que le dio la bienvenida.

Él le introdujo ávidamente la lengua mientras le desabrochaba los botones con más urgencia que delicadeza.

Ella se abrió el vestido y le introdujo las manos en el cabello. Él le desabrochó el sujetador y se apoderó de sus senos. Le encantó oír los gemidos de placer de ella al acariciarle los enhiestos pezones con los pulgares.

Se inclinó para llevárselos a la boca con el deseo de mantenerse así, pero también con el deseo de otras cosas: de ganar, de que se le rindiera sin condiciones. Se separó de ella e hizo que diera media vuelta.

–Pon las manos en la pared.

Ella obedeció y las colocó a cada lado del panel del ascensor. Él le metió las manos por debajo del vestido y se las puso en las braguitas, ya empapadas, lo cual le hizo soltar un fiero silbido. Le acarició los resbaladizos pliegues mientras ella inclinaba la espalda y se estremecía.

–¿Quieres más? –preguntó él con voz entrecortada–. ¿Me deseas?

–Sí –se arqueó cuando le subió el vestido hasta la cintura y le acarició las nalgas.

–Dilo. Dime lo que quieres. Pídemelo.

–Ponte un preservativo.

Él la agarró con fuerza de las caderas, tan excitado por su permiso que no estaba seguro de resistirse a poseerla antes de conseguir lo que deseaba.

Entonces oyó que ella gemía:

–Por favor, Stavros.

Capítulo 6

SE DESPERTÓ sola en la cama. El olor húmedo a ducha reciente salía por la puerta abierta del cuarto de baño.

Su cuerpo protestó cuando se sentó en el lecho. Le dolían los músculos del ejercicio y tenía el cerebro nublado por el sueño. Soltó un pequeño gemido al poner los pies en el suelo y, sentada en el borde de la cama, se sintió muy sola.

–¿Te duele?

Calli, sorprendida, dirigió la mirada al interior del vestidor. Stavros estaba desnudo. Su rostro no expresaba nada y ella no supo si el tono en que le había hecho la pregunta era de preocupación o de suficiencia.

Él se había comportado de forma insaciable la noche anterior, demostrando, más allá de toda duda, su deseo de ella. Calli se dio cuenta de que había algo en su nombre, en su relación con su abuelo, que le traspasaba el corazón.

Había notado que él había intentado exorcizarlo la noche anterior con su forma de hacer el amor, no recibiendo, sino dando, siempre dando. Su concentración, sus palabras de halago y placer la habían tranquilizado y cautivado, pero sabía que había en él un dolor interno al que ella no podía llegar.

Socorro: era lo que ambos habían buscado juntos esa noche.

A la luz del día, sin embargo, ella volvió a pensar que se estaba exhibiendo delante de él como algo sin valor, por lo que se cubrió con la sábana.

Él se puso unos boxers y una fina camisa blanca y salió del vestidor.

–Voy a prepararte un baño. La próxima vez, dime si me excedo.

Ella lanzó un bufido.

–Y eso, ¿cómo se hace?

–Me dices: «Stavros, es demasiado. Duérmete» –entró en el cuarto de baño y ella oyó que abría el grifo de la bañera.

Calli apoyó la cabeza en las manos y pensó que él podía abrir y

cerrar su propia libido como si fuera un grifo, pero que la de ella no se podía controlar tan fácilmente. Al menos, ella no podía. Él sí.

A pesar del placer de la noche anterior, se odió a sí misma.

Sintió el peso de la mirada de Stavros cuando este volvió al dormitorio. Calli levantó la cabeza y vio que se estaba abotonando los puños de la camisa.

–Es porque eres griega.

–¿El qué? ¿No saber cuándo hay que parar?

Él resopló.

–Eso también, ya que yo tampoco sé cuándo hacerlo. Pero me refería a que no le caigas bien a mi abuelo.

Volvió a entrar al vestidor a ponerse unos pantalones grises y salió abrochándose el cinturón.

–Es hijo de un inmigrante, pero le encanta ser americano. Mi padre estaba visitando a sus parientes cuando conoció a mi madre. Ella es muy tradicional y quería que nos criáramos en Grecia. Mi abuelo quería que lo hiciéramos aquí, para que mi padre lo ayudara a ampliar el negocio farmacéutico que mi bisabuelo había iniciado. Creaban laboratorios y buscaban patentes. Había mucha tirantez entre mi padre y mi abuelo.

Agarró una corbata azul y se la puso sin mirarse al espejo, con la mirada fija en Calli.

–Después de la muerte de mi padre, mi abuelo nos trajo aquí, con la intención de que nos olvidáramos de nuestros orígenes. Mi madre volvía todos los años para ver a su familia, y yo he estado en Atenas por negocios, pero la primera vez que volví a nuestra isla fue durante mi breve estancia arreglando las baldosas de tu piscina. Mis hermanas y yo hablábamos griego entre nosotros, como forma de rebelión, y yo he contratado a una secretaria griega para que no se me olvide mi lengua. Sin embargo, mi abuelo siempre ha insistido en que le hablemos en inglés. Quiere que seamos americanos y que respondamos a nuestros nombres americanos. Odio el nombre de Steven.

Desapareció en el cuarto de baño y se dejó de oír el agua del grifo. Volvió y la tomó en brazos.

–¡Sé andar!

–No puedes estar ahí sentada desnuda y esperar que no quiera tocarte, *koukla mou.*

–No pretendía invitarte a hacerlo.

–No, estabas recordando lo enfadada que estabas. Probablemente no me hubieras dejado tocarte de haberte dejado elegir –la depositó de pie al lado de la bañera.

Ella se sintió terriblemente desvalida, allí desnuda, mirándole la corbata, cuyo nudo se había hecho a la perfección. Todo en él era perfecto; al menos, en la superficie.

Él le acarició la comisura de los labios con el pulgar.

–No he pretendido humillarte al presentarte a mi abuelo, sino afirmar mi voluntad, lo que siempre le molesta. Te deseo, Calli. Creo que lo he dejado claro.

–Y yo no puedo resistirme a ti. La pareja perfecta, desde tu punto de vista –odiaba sentirse tan indefensa frente a él. Era vulnerable, mientras que él lo tenía todo.

Stavros le levantó la barbilla para que lo mirara y le acarició los labios con el pulgar.

–Mi abuelo y yo estamos enfrentados. No sé cuántas veces me ha amenazado con desheredarme, lo que implica dejar sin medios económicos a mi madre y a mis hermanas. Así que he hecho lo que él deseaba, pero a mi manera. Sabía que se enfadaría cuando supiera que había ido a la isla a buscar esposa. No lo hice para hacerte daño ni para humillarte.

–Pues has conseguido ambas cosas –apartó la cabeza para que dejara de acariciarla–. Pero solo serán seis meses.

Podría soportarlo. ¿Qué eran seis meses de ofensas frente a los seis años que llevaba sin ver a su hijo? Se metió en la bañera y lanzó un suspiro al sumergirse en el agua caliente. Se agarró las rodillas y se las abrazó.

Stavros vaciló con la mano levantada, antes de dejarla caer a su costado.

–Tengo que marcharme. Llevo mucho tiempo sin ir a la oficina y tengo que hacer que mi abuelo cumpla su promesa, ahora que he cumplido lo que me exigía. Que te diviertas en la ciudad.

Stavros fue al despacho de su abuelo, el que iba a reclamarle, ya que se había casado. Llegó antes que el anciano y lo esperó.

No le había mentido a Calli. Tenía un montón de trabajo atrasado, en buena parte debido a la apuesta de Sebastien. Debía sentarse a su escritorio, pero asimismo necesitaba aquellos minutos de tranquilidad para reflexionar sobre su comportamiento de la noche anterior.

No era un animal, pero le había resultado imposible dejar en paz a Calli. Ella había permitido que le hiciera el amor hasta caer ambos rendidos. Por tanto, no debería sentirse culpable, pero así era como se sentía.

Y sabía por qué.

«Pues has conseguido ambas cosas», había dicho ella. Hacerle daño y humillarla.

Se frotó la nuca. Le dolían los brazos y los hombros. Había reprimido su propio placer para proporcionarle a ella tanto como pudiera, para ligarla a él. Había creído que ella había estado de acuerdo en todo momento, pero, esa mañana, le había dado a entender que se odiaba a sí misma por haber cedido ante él.

Que se despreciaba por eso.

Y al mencionar los seis meses, a él le había parecido que no veía el momento de que se acabaran.

Detrás de él, la puerta se abrió, y se volvió dispuesto a enfrentarse a su abuelo.

–¿Estás midiendo las ventanas para poner cortinas nuevas? –preguntó Edward.

–¡Cómo me conoces! –Stavros sirvió café de la cafetera que la secretaria de Edward había puesto en marcha cuando él había llegado.

–Te has ido muy lejos a buscar esposa –dijo Edward mientras su nieto ponía las tazas en la mesa y se sentaba frente a él.

–Fui allí por una apuesta. Sebastien me desafió a vivir dos semanas sin mis tarjetas de crédito. Un ensayo de vivir sin mi fortuna, si lo prefieres. Ya me puedes desheredar: sobreviviré.

–Eso es un farol –afirmó Edward–. Sebastien… ¿Cuándo vas a madurar y a dejar de arriesgar la vida haciendo lo que a ese hombre se le ocurra?

–Hoy mismo –contestó Stavros en broma–. Estoy casado y listo para tomar las riendas de Dýnami.

–¿Quién es ella? –Edward tomó un sorbo de café.

Stavros no fue capaz de decir que no era nadie. Se lo impidió su conciencia.

–El amor de mi vida, por supuesto.

–¿Ah, sí? –Edward lo taladró con la mirada.

Era una mirada familiar, llena de expectativas que su nieto no podría cumplir. Stavros no era su padre ni lo sería nunca. Era culpa suya que no fuera su padre quien estuviera sentado en aquella silla y mirando aquellos ojos.

Stavros llevaba casi veinte años contemplando aquella expresión, pero aquel día, de repente, recordó las palabras de Calli: «Te ves reflejado en un espejo».

Era desconcertante y carecía de sentido.

Edward maldijo en voz baja antes de asentir.

–Muy bien, te tomo la palabra, Stev…, Stavros –se estremeció al pronunciar el nombre de su hijo fallecido–. Elige una fecha para que me vaya y lo anuncie. La empresa es tuya.

Ese momento debería de haber supuesto un triunfo para Stavros, pero fue una anticlímax. Estaba acostumbrado a pelear duramente para conseguir lo que deseaba. Así que, cuando su abuelo le dijo que lo organizara todo para sustituirlo, su reacción instintiva fue negarse. «Te estoy mintiendo», quiso decirle. «Enfréntate a mí. No dejes que me salga con la mía. Dime que no me lo merezco».

Verdaderamente, era un perverso zopenco.

Se levantó y estrechó la mano de su abuelo.

¿Cuándo era la última vez que lo había hecho? Le pareció que la piel del anciano estaba arrugada y que lo agarraba con menos fuerza que antes.

De repente, Stavros se sintió como si fuera un matón y estuviera arrebatándole algo a un hombre más débil.

–Gracias –dijo antes de marcharse.

Les hicieron fotografías el viernes por la mañana para acompañar el anuncio en la prensa que se publicaría esa tarde. Inmediatamente después, Stavros llevó a Calli a la finca familiar, Galini, la palabra griega que significa «tranquilidad». La mansión, situada en medio de amplios y bien cuidados jardines y rodeada de un bosque, estaba aislada, por lo que era muy tranquila.

Tenía cincuenta años, pero parecía más antigua, dada la atención a los detalles. Calli entró en el vestíbulo, con suelo de mosaico y una claraboya de vidrio de colores. Stavros le dijo que «solo» tenía diez dormitorios, cada uno con cuarto de baño, balcón y un pequeño salón. «Son más bien suites», pensó ella mientras él la conducía al suyo. Stavros le sugirió que se pusiera el bañador, ya que iban a ver a sus hermanas, que estaban en la piscina.

Primero hablaron con la madre, que recibió a Calli con afecto. Cuando salieron al encuentro de las hermanas, que también la saludaron con alegría y curiosidad, Calli comenzó a sentirse una farsante.

–Tendrías que decírselo –dijo a Stavros mientras se cambiaban para la cena.

–¿A quién? ¿El qué?

–A tu familia. Que no soy tu esposa verdaderamente. Se han quedado muy sorprendidas, como si, a pesar de que tu abuelo te había dicho que te casaras, no se lo esperasen.

–Mi abuelo y yo somos famosos por nuestros enfrentamientos.

–Me refiero a que parecía que creían que nunca te casarías –ella esperó, pero él no dijo nada–. ¿Es cierto?

–Sí, pero mi abuelo había afirmado categóricamente que no me entregaría las riendas de la empresa hasta que yo no hubiera planificado la siguiente generación. He hallado una forma de sortearlo –le señaló.

Ella quería preguntarle por qué estaba en contra del matrimonio. ¿No quería todo el mundo encontrar un compañero y comprometerse para toda la vida?

Sin embargo, que la considerara una forma de sortear la negativa de su abuelo hizo que volviera a sentirse insignificante, como la farsante que era.

–Bueno, se están esforzando al máximo para ser amables conmigo y se comportan como si tú te hubieras enamorado de verdad. Deberías decirles que no es así y que no me tomen cariño porque, si no, se entristecerán cuando esto se acabe.

–¿Todo esto se debe a que mi hermana se haya ofrecido a mostrarte la ciudad? Pinta, por lo que le encanta pasear con una cámara en busca de nuevos temas y lugares. Por eso te has casado conmigo, ¿no? ¿Para ver la ciudad?

Calli no le dijo que no tenía ningún interés en hacerlo. Se volvió para buscar otro sujetador en el cajón, aunque el que llevaba le sentaba perfectamente.

Dejaron de hablar del tema, pero ella se alegró cuando volvieron al ático, al día siguiente, para acudir a su primer acto público como matrimonio.

Un elevado número de compromisos sociales los tuvo ocupados las dos semanas posteriores. Apenas tuvieron un minuto a solas fuera del dormitorio, pero ella progresó en su búsqueda de Dorian.

Durante el día, cuando se quedaba sola en el ático, buscaba información sobre su hijo en Internet, sirviéndose de lo que sabía de su familia y buscando fotos de un niño de seis años, pero sin resultados. Si los familiares de Brandon se lo habían llevado, mantenían su intimidad a salvo de miradas desconocidas.

Tuvo que contentarse con memorizar dónde se había criado Brandon; a qué universidad había ido: Yale; el año en que se había licenciado y el nombre de sus compañeros de clase y de sus amigos. Criaba caballos de raza para carreras, por lo que había muchas referencias a carreras y derbis. Acababa de tener lugar el de Belmond Stakes, así que había perdido la ocasión de «tropezarse» con él allí.

Se enteró de que su familia se había hecho rica durante la ley seca, por lo que pasó a formar parte de la clase alta estadounidense. Su padre era abogado, más tarde senador, y su madre se dedicaba a organizar eventos para recoger fondos destinados a acciones benéficas. Iban a la iglesia, pertenecían a los clubes a los que había que pertenecer y conocían a la gente a la que había que conocer.

Eran como había que ser.

Cuatro años antes, Brandon había iniciado su carrera política como concejal. Durante la campaña electoral, había habido rumores sobre deudas de juego y una carrera de caballos amañada, pero no se había podido probar nada. Se iba a casar con la hija de un político y vivían en Manhattan. Aspiraba a presentarse a congresista en las siguientes elecciones y, de momento, estaba de vacaciones en Martha's Vineyard.

Si Calli pudiera ir allí, presentarse en su casa y enfrentarse a él, lo hubiera hecho. Por desgracia, sus intentos anteriores de ponerse en contacto con él habían sido inútiles, ya que él se había negado en redondo a verla. Un encuentro sorpresa en terreno neutral era su única opción.

Deambulaba por las fiestas, las exposiciones y los salones de baile anotando mentalmente el nombre de todos aquellos a los que iba conociendo, intentando establecer una relación con Brandon y adivinar cómo dispondría aquellas pequeñas piezas abstractas en un cuadro más amplio y claro.

No era fácil, ya que, además, debía enfrentarse a las miradas hostiles de todas las mujeres que habían creído tener una oportunidad con el soltero más codiciado de Estado Unidos. Si hubiera ganado un dólar por cada felicitación cargada de veneno que había recibido por su boda, sería tan rica como su esposo.

En cuanto a su matrimonio, era lo menos parecido a lo que se había imaginado para sí misma. No había tenido la intención de casarse, pero, cuando se veía casada, siempre era un matrimonio por amor, en el que había romanticismo e intimidad física y emocional.

Con Stavros, el sexo era una especie de delirio, cuya intensidad aumentaba con el tiempo, en vez de disminuir. Era inquietante. Por la mañana, después de haberle entregado un trozo de su alma por la noche, apuntalaba sus muros interiores y se distanciaba de él todo lo que podía.

Si él lo notaba, no daba señales. Tal vez no le molestara. Se centraba en su trabajo y en las nuevas responsabilidades que tenía. No le hablaba de eso ni ella le preguntaba. Calli se limitaba a

desempeñar su papel. Iba de compras con sus hermanas y a comer cuando su madre la invitaba, sin intentar curiosear en sus vidas más allá de lo que ellas le contaban voluntariamente. No era que no le picara la curiosidad, sino que sabía que carecía de sentido, ya que aquella situación era temporal.

Estaba allí para buscar a su hijo. Aunque el vacío de su matrimonio la entristecía, llevaba mucho tiempo en ese estado, así que podía soportarlo.

Por fin se produjo un avance.

–Perdone –dijo mientras asimilaba lo que el hombre que estaba a su lado acababa de decir–. ¿Me ha dicho que su antiguo equipo de remo estará allí?

–Sí, el de mi época en Yale. Nos reunimos una vez al año para la regata. Hay una multa considerable si no te presentas en la fiesta de inauguración –el hombre le guiñó el ojo–. Todos tenemos que remar con resaca; si no, no estaríamos al mismo nivel.

Calli se preguntó cuántos se ahogarían cada año.

–¡Qué tradición tan bonita! –afirmó con una gracia que había aprendido en las fiestas de Takis y que había perfeccionado como esposa de Stavros–. ¿Quiénes son sus compañeros de equipo? ¿Los conozco? –el corazón comenzó a golpearle en el pecho, como los remos golpeaban el agua y se abrían paso entre las olas.

Stavros no podía apartar la vista de rostro resplandeciente de Calli, y no por lo atractiva que estaba, sino por celos.

–¿De qué hablabas con Hemsworth? –se quitó la chaqueta del esmoquin y la dejó en una silla, cerca de la ventana.

–¿Por qué no la cuelgas? –ella se dispuso a hacerlo.

–Pago al ama de llaves para que lo haga y, además, comprueba si hay que limpiarla o coserla. Déjala y contéstame.

Calli dejó la chaqueta y se puso tensa ante su tono de voz.

–¿Con Wally Hemsworth?

–Sí. Se te ha iluminado el rostro como un árbol de Navidad. Su esposa estaba con él, por si no lo sabías.

–¿Me estás acusando de flirtear con un hombre casado, delante de su esposa?

Él enarcó una ceja. Era eso justamente lo que parecía que había estado haciendo. Seguía sin saber por qué se había casado con él, lo cual le estaba consumiendo.

Ella bajó los párpados, como si quisiera ocultar que la había herido. Pero, al hablar, lo hizo en un tono cargado de desdén.

–Que yo sepa, estoy casada con el hombre más rico de la ciudad. ¿Qué puede ofrecerme Wally Hemsworth? ¿Más sexo? No creo que sea posible –dejó las joyas en el joyero.

–¿Te estás quejando? ¿Soy demasiado exigente? Tú me respondes. Si alguna vez me rechazaras, tal vez consiguiera controlarme –era cierto. Ella se excitaba con solo tocarla, a lo cual le resultaba muy difícil resistirse.

Pero eso era lo único que tenían: sexo. No esperaba que le enfureciera, pero así era. Ella se desenvolvía bien en las reuniones sociales, pero no revelaba nada de sí misma. Cuando la gente le preguntaba sobre su esposa, tenía pocas respuestas.

Eso le hacía sentirse de un modo que ni siquiera había experimentado en Grecia, cuando vivía con muy poco dinero: inseguro. No estaba seguro de ella, lo cual le producía un estado de constante tensión y le disparaba la libido, lo que le llevaba a necesitar reforzar su relación física de forma repetida, para asegurarse que ella era suya.

–Entonces, ¿de qué hablabais?

–De nada, de su época universitaria en Yale y de la regata de la semana que viene. Me dijiste que ibas a ir, ¿no?

–Sí, ¿por qué?

Ella se encogió de hombros.

–Puede ser divertido.

–Seguro –Stavros se devanaba los sesos buscando inútilmente la pieza del rompecabezas que le faltaba–. ¿Tienes ganas de respirar la brisa marina? Porque he notado que no sales de casa a no ser que tengamos un compromiso. E, incluso entonces, no pareces muy emocionada, sino resignada. Creí que te habías casado conmigo para conocer Nueva York.

Ella siguió dándole la espalda.

–Cuando me imaginaba viviendo aquí pensaba que trabajaría. Como no tengo empleo, no hay motivos para que salga.

–Mi hermana me ha dicho que no quisiste ir de compras con ella el otro día.

–No necesitaba nada. No es que no quisiera verla, ya que la invité a comer.

Calli se quitó el vestido y su hermoso cuerpo solo quedó cubierto por las dos piezas de lencería, de encaje negro. ¿Era un intento deliberado de desviarlo del tema? Si era así, le había funcionado, porque casi se había quedado en blanco ante el modo en que el tanga enmarcaba sus nalgas.

–¿De verdad quieres que me haga buena amiga de ella? Tal vez

debieras contar a tu familia que esto es temporal, para que no traten de establecer un vínculo conmigo. Por eso no me gusta que salgamos. Conozco a gente constantemente, pero, dentro de unos meses, no volveré a verla.

–Te encanta echármelo en cara, ¿verdad?

–¿El qué?

–Que nuestro acuerdo sea temporal. ¿Era eso lo que hacías con Hemsworth? ¿Asegurarte el siguiente cheque?

–¡No, por Dios! ¿Te das cuenta de lo ofensivo que resultas? Cada vez que salimos, tengo que soportar miradas desagradables y comentarios maliciosos como que soy tu pintoresca mujercita griega, que carezco de tacto y refinamiento, que soy una arribista o que tu abuelo te ha obligado a casarte conmigo, ya que tú nunca me hubieras elegido.

–¿Quién dice eso? –preguntó él con cara de pocos amigos, sintiéndose ofendido por ella.

–¿Crees que me molesto en aprenderme los nombres de las brujas del tocador que se aseguran de que las oiga? Pero saciaré su curiosidad si me explicas cómo es posible que te rebajes a acostarte con una sucia inmigrante como yo.

–¿Quién dice eso? –repitió él, enfurecido.

–Tienes toda una reputación. ¿Es cierto que, un fin de semana, entraste en una residencia femenina de estudiantes para acostarte con todas las que pudieras? Porque, entonces, eres un hipócrita cuando te molesta que hable con un hombre.

Calli entró en el vestidor a toda prisa. Stavros oyó que abría un cajón y que lo cerraba de golpe.

Lanzó una maldición. De joven, había hecho cosas tremendamente estúpidas. Dudaba que Calli mejorara su opinión de él si le contaba que se había tratado de una apuesta y que la residencia estaba medio vacía, porque las chicas que no estaban interesadas en comprobar su resistencia se habían ido.

–Deberías haberme dicho lo que pasaba –dijo cuando ella reapareció con una camiseta, que no era sexy, y unos *leggings*, que le transmitían un mensaje muy claro sobre su receptividad a las insinuaciones de él esa noche.

–¿Por qué? Esas mujeres no significan nada para mí. Dentro de unos meses, no volveré a verlas. Y no te lo estoy echando en cara, sino que me recuerdo a mí misma por qué no importa. No tengo nada que reprocharte. Esta no es mi vida.

A él se le atragantaron las palabras y no fue capaz de pronunciarlas, de estar de acuerdo o en desacuerdo.

–¿Por qué voy a preocuparme de lo que las mentes mezquinas piensen de mí si consigo lo que quiero? –añadió ella.

–¿Y qué es lo que quieres? –no era el dinero que él le había prometido ni tampoco conocer la ciudad más emocionante del mundo.

–¿Qué te importa si tú consigues lo que quieres?

No esperó a que él le contestara, sino que entró en el cuarto de baño a lavarse los dientes.

Calli tenía razón. Stavros oyó correr el agua mientras se preguntaba por qué le importaba, por qué le parecía que no tenía lo que quería, cuando, cualquier observador creería que lo tenía todo.

Capítulo 7

CALLI estaba tan nerviosa que no pensaba con claridad.

Había prestado una atención obsesiva a cada detalle de esa noche, empezando por el elegante vestido azul oscuro. Se solía maquillar ella misma, pero ese día había despilfarrado el dinero en un spa y se había puesto en manos de una estilista, que también la había peinado. Se había puesto los zapatos de tacón más altos que tenía y su aspecto era impecable y orgulloso.

En el espejo.

En su interior, se moría de nervios.

«Brandon», le diría mirándole a los ojos, «probablemente no te acuerdes de mí. Nos conocimos hace años y quería mucho al niño que se marchó de Grecia contigo, Dorian. ¿Cómo está? ¿Dónde está?».

Casi daba igual lo que él dijera o hiciera después. Ella solo deseaba verle el rostro, que supiera que, esa vez, no iba a marcharse. No podía fingir que no la conocía, que no habían tenido un hijo.

Tampoco podía fingir ignorancia sobre cómo había tenido lugar la adopción. Ella le había escrito, por lo que sabía que no había consentido en ceder la custodia de Dorian.

Ahora, las cosas cambiarían.

Después de aquella noche, por fin obtendría respuestas.

Tenía las manos frías y las sentía separadas del cuerpo. El corazón le latía a toda velocidad. Tenía la boca seca y un nudo en el estómago.

Abrió el móvil, nerviosa, y buscó el perfil de Brandon en las redes sociales. Lo último que aparecía era una conversación con Hemsworth pidiéndole que lo invitara a la copa que le debía.

Buscó una foto de él y observó los cambios sutiles que le habían producido los seis años transcurridos. Era un retrato adecuado para un político. Se podría decir que estaba guapo.

¿Se parecería su hijo a él? ¿A ella?

–¿Quién es?

La voz de Stavros la sobresaltó de tal forma que lanzó un grito y soltó el teléfono. Stavros lo recogió del suelo y lo miró. Frunció el ceño de modo acusador.

–¿Brandon Underwood?

Calli revivió la mirada de repulsa de su padre mientras le decía que era una vergüenza para la familia. Apartó la mirada de los ojos acusadores de Stavros.

–Estaba… –extendió la mano, incapaz de hallar una excusa adecuada. La mano comenzó a temblarle y tragó saliva–. ¿Me lo devuelves, por favor?

–¿Lo conoces?

–¿Y tú?

–Nos hemos cruzado, a veces –no le devolvió el teléfono. El silencio entre ambos se hizo ensordecedor.

–Lo conocí hace tiempo.

–¿Has estado en contacto con él?

–No.

Él contempló la pantalla como si estuviera decidiendo si miraba o no sus mensajes.

–No he mantenido el contacto –insistió ella.

–Es esto, ¿verdad? Esta es la razón por la que querías venir a Nueva York. Él es el turista por el que te echaron de casa. ¿Sigues perdidamente enamorada de él? ¿En serio que te has casado conmigo para llegar hasta él? Eso es algo más que una obsesión.

–No es asunto tuyo, Stavros –volvió a extender la mano.

–Eres mi esposa.

–Por contrato. Tienes lo que querías, así que, ahora, dame lo que quiero –señaló el teléfono, aunque el aparato no tenía nada que ver.

Él bajó la mano sin devolvérselo mientras la miraba como si se le hubiera caído el velo de los ojos y no la reconociera.

Ella se estremeció pero apartó de su mente lo que él pudiera estar pensando de ella. Le sudaban las manos de la ansiedad. Esa noche sería su noche.

–Tengo que sonreír a tus antiguas amantes cada vez que salimos. Puedes soportar una noche viendo a los míos.

–De ninguna manera. Él va a casarse.

–Solo quiero hablar con él –dio un paso hacia delante para agarrar el teléfono.

Stavros retrocedió.

–Dámelo.

–No.

Era él quien se lo había comprado, así que no podía alegar que era de ella. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se encogió de hombros intentando mantener el control para que no se le escaparan.

–Muy bien, quédatelo –agarró el bolso y se aseguró de que llevaba la tarjeta de crédito–. ¿Nos vamos? ¿O le pido al portero que me llame un taxi?

–No vamos a ningún sitio. Me has mentido, Calli. Fuiste tú la que impusiste la norma de no mentirnos. No me dijiste por qué querías venir aquí.

–Porque no es asunto tuyo.

–Claro que lo es, literalmente. A mi abuelo le encantaría hallar una excusa para quitarme las riendas de la empresa. No voy a quedarme sentado viendo que vuelves a verte con tu antiguo novio mientras está en peligro mi control del negocio.

–Stavros –se volvió a mirarlo. No pensaba en nada más que en el pequeño puente que divisaba y que la llevaría hasta su hijo. Pero ¿por qué comenzaba a parecerle un espejismo? Como si cuanto más se esforzará en alcanzarlo, más lejos estuviera–. Esto no es negociable. Voy a ver a Brandon esta noche.

Lo dijo en el tono inflexible que utilizaba con Ophelia, pero Stavros no era una chica adolescente.

Él se guardó el teléfono en el bolsillo y dijo con voz firme:

–No.

–Ya lo verás –le espetó ella dirigiéndose hacia el ascensor.

–No te molestes en pedir un taxi. Basta con que yo lo diga para que te borren de la lista de invitados a la cena. No te dejarán entrar.

Fue como si le hubiera dado una bofetada.

–Ni se te ocurra –sintió un pitido en los oídos como si los estuviera agudizando para oír el llanto de Dorian. Casi lo oía. Por eso se había despertado la mañana en que se lo llevaron. Lo había oído, pero el sonido era distante y se hacía cada vez más débil. No había muerto, sino que se movía fuera de su alcance.

No pasaría de nuevo por aquello, sobre todo cuando, esa vez, estaba tan cerca. La desesperación hizo que avanzara hacia él.

–No me impidas ver a Brandon o iré a ver a tu abuelo para contarle la mentira de este matrimonio –afirmó atropelladamente.

–Vaya, ya has mostrado tu jugada –Stavros se cruzó de brazos–. Si me amenazas de ese modo, te meto en un avión de vuelta a Grecia ahora mismo y le cuento a mi abuelo lo que se me ocurra.

–¿Ah, sí? –ella lo empujó para que no la tocara–. Como si no hubiera ya pasado antes por esto, y por la misma razón. ¿Cómo te

atreves a detenerme? ¿Cómo te atreves?

–Cálmate.

–¡Échame a la calle! –exclamó ella con una furia similar a la que había experimentado en el enfrentamiento con su padre–. ¿Vas a decirme también que mi bebé ha muerto? ¿Y después vas a pegarme y a ponerme un ojo morado? Es un agradable detalle de desesperación cuando te ofreces como prostituta. ¡Adelante! Lo voy a necesitar ahí fuera –señaló la ventana y las calles.

–¿De qué hablas?

Ella tuvo ganas de abofetearlo.

–¿Qué bebé?

–El mío –gritó ella.

Estaba fuera de sí. Aquella madrugada de seis años antes también había perdido el control. Se habían acabado los años de andar de puntillas alrededor de un padre que corregía cualquier cambio de rumbo levantándole la mano. Solo quería que le devolvieran a su hijo.

–Brandon se lo llevó. Llevo seis años buscándolo y, por fin, tengo la oportunidad de enfrentarme a él, pero tú…

Sintió un cosquilleo en la mejilla y se la frotó. Los dedos se le mancharon de negro. Estaba llorando. Sentía tal opresión en el pecho que apenas podía respirar.

Se le había estropeado el maquillaje. Miró hacia abajo y vio que se le había manchado el vestido. Aunque podía cambiárselo y volver a maquillarse, no podía ver a Brandon en aquel estado nervioso.

Su última oportunidad se evaporaba. ¿Cómo se había creído que esa vez sería diferente?

¿Por qué siempre acababa así?

Alzó la vista y Stavros vio que estaba destrozada, que se sentía traicionada por su negativa a alcanzar un compromiso, por haberle impuesto su voluntad.

Por su crueldad.

–Te he dado lo que querías, pero tú… Eres igual que Brandon. Hay que proteger tu valiosa vida a expensas de la de los demás. Supe lo que eras en cuanto te vi, pero…

Él echó la cabeza hacia atrás como si estuviera aturdido, como si le hubiera dado un puñetazo en el rostro.

Si no estuviera destrozada, tal vez ella se hubiera preguntado por qué sus palabras lo habían conmocionado de esa manera.

–Te odio. Y me odio a mí misma.

Stavros la siguió al dormitorio. A Calli le seguían cayendo lágrimas negras. Se quitó el vestido.

–Calli…

–Déjame en paz.

El corazón a Stavros le dio un vuelco. No sabía qué hacer. ¿Era real lo que estaba pasando? ¿Un bebé?

–¿Me vas a obligar a rogarte? Te encanta que lo haga, ¿verdad? Muy bien, te lo ruego: déjame en paz.

Stavros recibió sus palabras entrecortadas como si le hubieran lanzado un cóctel Molotov al pecho y el impacto le hubiera dejado un hueco donde estaba su corazón. Miró a la traumatizada mujer que tenía ante sí y la expresión de sus ojos le quebró algo en su interior, algo que había sido brillante y dorado, de cuya existencia entre ambos ni siquiera había sido consciente, ni de lo valioso que era.

Había desaparecido, incinerado.

Apenas podía respirar, pero dio media vuelta y se marchó. Se obligó a concederle a Calli lo que quería, lo que le había rogado que hiciera.

«Hay que proteger tu valiosa vida a expensas de la de los demás».

Su padre le había dicho que nadara hacia la orilla y que él lo seguiría. Sin embargo, no lo hizo. Las olas eran enormes. El chaleco era lo que le había salvado la vida, devolviéndole a la superficie cada vez que las olas le sumergían.

Calli no sabía el golpe mortal que le había propinado con sus palabras, pero él se había tambaleado ante la acusación. Sabía que era culpable de la muerte de su padre.

Continuaba siendo tan egoísta como aquel niño que había salvado la vida a costa de la de su padre. Su reacción de esa noche lo demostraba. Sabía que lo que había entre Calli y él era más de aquello a lo que tenía derecho. Se repetía que era un acuerdo que beneficiaba a los dos, lo cual justificaba que gozara de ella.

Se sirvió una copa de la botella de vino tinto que estaba abierta mientras revivía el momento en que había descubierto el interés de ella por Brandon. Había tenido un ataque de celos tan intenso que, al recordarlo, se puso nervioso y tomó un sorbo de vino deseando que fuera algo más fuerte.

La noche había concluido con su cruel forma de comportarse porque pensaba que su maravilloso tiempo con ella estaba amenazado.

Seguía estando celoso. Calli tenía un hijo de Brandon Underwood.

Una vez más, se preguntó qué vida hubiera tenido si se hubiera quedado en la isla. ¿Sería ese hijo suyo?

Apretó la copa con tanta fuerza que la rompió y el vino se mezcló con la sangre de la palma de su mano.

Lanzó una maldición y fue a buscar el botiquín.

A lo largo de los años, había habido días en que Calli tuvo esperanza; épocas en las que había ahorrado algo de dinero, en que Takis había mandado una carta o en que algo había sucedido que la había permitido creer que el tiempo de espera estaba a punto de concluir y que pronto vería a Dorian.

Cuando no era así, la pena volvía a apoderarse de ella y lloraba tanto que pensaba que ya no le quedarían lágrimas para el resto de la vida.

Cada vez, cuando la tormenta pasaba, se sentía vacía y desolada. Después, se iba recuperando lentamente y urdía un nuevo plan.

Así que, sola en el dormitorio, supo que aquello no había acabado, que nunca acabaría. Si no tenía otra oportunidad al día siguiente, ya la tendría, antes o después. Era algo a lo que ya estaba acostumbrada.

Necesitó reunir todo su valor para no darse por vencida, sobre todo cuando la desilusión era tan profunda. Por eso, esa noche no intentó trazar un plan. Al día siguiente decidiría qué hacer. Esa noche se dedicaría a aceptar que había perdido.

De nuevo.

Sonaron pasos en las escaleras que conducían al dormitorio. Ella recordó dónde se hallaba, acurrucada en una esquina del sofá, en la oscuridad, en el dormitorio de Stavros. Se había quitado el vestido y se había envuelto en una manta mientras lloraba. Estaba desesperada y parpadeaba para centrar la mirada de sus ojos hinchados en las luces de la ciudad, que se extendían por debajo de ella como una alfombra estrellada.

Le dolía el corazón.

Stavros la había amenazado con devolverla a Grecia, lo cual no estaba tan mal, ya que Takis volvería a acogerla y vería a Ophelia. Se sentía muy sola en Nueva York.

Miró el vestidor preguntándose qué metería en la maleta. El cerebro se negó a responderle.

–Es tarde. Creí que te habrías dormido –dijo Stavros al entrar.

Estaba cansada, muy cansada.

Y muy triste.

–Solo quería preguntarle a Brandon adónde se habían llevado a Dorian –susurró ella–. Dónde está ahora. Solo eso. No se trata de sexo ni de que quiera volver con él. Si pudiera elegir, no volvería a verlo, pero es el único que puede contarme lo sucedido. Sus abogados llevan años afirmando que no hubo nada entre nosotros, pero un bebé no es nada.

Stavros se situó detrás de ella, que notó que agarraba el respaldo del sofá cerca de su hombro.

–Desde luego que no.

–No puede decir que no sabe cómo me quedé embarazada ni de quién. Lo llamé y le dije que era suyo. Me ofreció mandarme dinero para abortar. Al negarme, me ofreció pagarme por mi silencio, ya que no quería que sus padres se enteraran. Sin embargo, mi padre se puso en contacto con ellos cuando supo que estaba embarazada. Pensó que pagarían más de lo que Brandon me había ofrecido, y supongo que lo hicieron.

Tragó saliva mientras recordaba lo sórdido que todo le había parecido y cómo había rogado a su padre que lo dejara.

–Yo no quería dinero, sobre todo cuando sus padres dijeron que tendría que renunciar a mi hijo. Creía que Brandon me quería, que se casaría conmigo. Pero lo único que deseaba era que yo desapareciera de su vida.

–Pero ¿quería quedarse con el bebé? –preguntó Stavros en voz baja–. Debía de quererlo, ya que se lo llevó.

–Como parece que no tiene hijos, diría que no, que no quería quedarse con nuestro bebé.

–Pero ¿estás segura de que fue él quien se lo llevó?

–Alguien lo hizo.

–¿Quién?

–Justamente –la voz se le quebró, por lo que carraspeó. Se subió la manta alrededor de los hombros y el cuello–. Dorian tenía dos semanas de edad. Una noche me despertó su llanto. No estaba en la cuna. Fui a la cocina, donde hallé a mi padre levantado, a pesar de que eran las dos de la madrugada. Me dijo que Dorian había muerto, como lo oyes. Salí corriendo a la calle y oí un coche que se alejaba. Nuestra casa estaba cerca de un aeródromo privado. Minutos después, oí despegar un helicóptero. Mi padre siguió diciendo lo mismo y, cuando me puse histérica, me pegó y me echó de casa.

Stavros lanzó una sarta de juramentos.

–¿Fue entonces cuando acabaste durmiendo en la playa? ¿Durante cuánto tiempo? Acababas de dar a luz.

–Takis creyó que me había pegado mi chulo y quiso llevarme a la policía.

–¿Y no fuiste? ¿Por qué? –preguntó él, incrédulo.

–Estaba asustada y avergonzada. Mi madre apoyaba lo que había hecho mi padre. Me dijo que Dorian estaba en un lugar mejor. Pero ¿dónde estaba el cuerpo? Acusé a mi padre de haberlo matado. Fue entonces cuando me dio la paliza. No soportó que lo acusara de asesinar a un bebé, pero no tuvo el más mínimo reparo en dejar a su hija, medio muerta, a la puerta de su casa.

–¿Te pegaba con frecuencia? –preguntó él con una voz tan dura y aterradora que Calli tembló y se acurrucó aún más bajo la manta.

–Sabíamos cómo comportarnos para evitar que se enfadara. Pero yo estaba trastornada por haber perdido a Dorian.

–Calli –Stavros se inclinó hacia ella, y el sofá crujió–. Que te pegara no fue culpa tuya. Nada de todo eso lo fue.

Ella se estremeció por la forma en que le hablaba, como si las palabras fueran piedras que le lanzara. Se inclinó hacia un lado para alejarse de él. Ya le daba igual que hubiera sido culpa suya o no.

–Takis me llevó a la policía cuando, por fin, le conté lo sucedido. Para entonces, mi padre había comprado un certificado de defunción con el dinero de los Underwood, por lo que la policía se negó a investigar. Takis hizo que su abogado mandara varias cartas, pero los Underwood contestaron con evasivas. Dijeron que era una oportunista y que me equivocaba –se estremeció–. Que si había tenido un hijo, no era de Brandon. Y que, de todos modos, teniendo en cuenta mi comportamiento, no era apta para ser madre.

–Así que no sabes con certeza si… –Stavros se pasó la mano por el rostro–. ¿Sabes si tu hijo está vivo? –preguntó con dulzura.

–Me lo dice el corazón –contestó ella llevándose la mano al seno izquierdo–. Sé que está vivo, del mismo modo que sé que Brandon conoce su paradero. Eso era lo único que quería hacer esta noche: preguntárselo. Pero nadie quiere que sepa lo que le pasó a mi hijo. Ni siquiera Takis quería que lo supiera porque no deseaba que los dejara a él y a Ophelia.

Las lágrimas amenazaron con volver a derramársele.

–Calli…

–Estoy muy cansada –se obligó a levantarse mientras agarraba la manta para que la siguiera envolviendo–. ¿Puedo hacer la maleta por la mañana? Lo siento, pero estoy muy cansada –las piernas

apenas la sostenían.

–No. Quiero decir que sí. Acuéstate. ¿Necesitas ayuda?

–No –dio unos pocos pasos hasta la cama y se dejó caer en ella con los ojos cerrados, envuelta en la manta, y se acurrucó para escapar de otra noche sin esperanza.

Stavros hizo más café cuando oyó que Calli se movía. Se alegró de hacer algo constructivo porque llevaba tiempo esperando que se levantara.

Ella se duchó y entró en la cocina mientras él preparaba huevos revueltos.

Se detuvo al verlo. Iba sin maquillar y tenía los ojos hinchados. Había dormido hasta tarde, pero parecía necesitar otras doce horas de sueño. Se sentó y él le sirvió el desayuno.

–Gracias –murmuró.

Él le tendió el móvil.

–Takis quiere tener noticias tuyas.

–¿Ophelia está bien?

–Es ella la que ha llamado para preguntarte algo sobre cosméticos. Le he pedido que me pasara con su padre.

–¿Para qué? –sus ojos de color miel lo miraron recelosos y a la defensiva.

A Stavros, el corazón le dio un vuelco. No había palabras suficientes para disculparse por el dolor que le había causado la noche anterior. Tragó saliva, impotente y furioso, pero se reprimió porque sabía que cualquier emoción fuerte que manifestara en aquel momento haría que ella se encerrara en su concha.

–Quería saber los pasos que ha dado para encontrar a tu hijo.

Ella dejó a un lado el teléfono y se puso las manos en el regazo.

–¿Por qué?

Stavros suspiró y le señaló el tenedor para que comiera.

–Puedes dar gracias por que lo haya hecho, ya que mi primera intención era sacarle la verdad a Underwood a golpes. Takis me ha recomendado utilizar los canales adecuados.

En realidad, lo que le había dicho era: «Ten cuidado. Cuando sepan que estás buscando al niño, cerrarán filas. Yo contraté a un detective, que no halló nada. Mientras tanto, la familia adoptó medidas que estuvieron a punto de costarme mi carrera, el futuro de mi hija y mi capacidad de mantenerlas a ella y a Calli. La presión cesó cuando dejé de buscar. Calli no sabe nada de eso y preferiría que siguiera sin saberlo. Bastante se castiga ya a sí misma».

Eso explicaba por qué parecía que Takis no se había esforzado todo lo que a Calli le hubiera gustado. Stavros recordó que, el día de su boda, Takis había dicho que le había fallado a Calli.

«Puedo presionarle a mi manera», había dicho Stavros a Takis durante la conversación telefónica. «Soy más inmune que tú a las amenazas».

Takis le había respondido: «¿Por qué crees que dejé que se casara contigo? Esperaba que te pidiera ayuda. Has hecho un buen trabajo al conseguir que se abriera a ti. A mí tardó dos años en contármelo. No es fácil para ella. No es tan dura como parece. Trátala con guantes de seda».

Stavros se daba cuenta de eso ahora. Estaba muy pálida. Su mano parecía traslúcida al agarrar el tenedor y llevarse un trozo de huevo a la boca.

–Yo ya he probado los canales adecuados –murmuró ella–. Tengo que hablar con Brandon cara a cara.

–Calli –él apoyó los codos en el lado opuesto de la mesa para que sus ojos estuvieran al mismo nivel que los de ella–. ¿Por qué te casaste conmigo?

Ella pinchó otro trozo de huevo.

–¿Para venir a Nueva York a hablar con Brandon? Podías haber venido una semana y haberlo hecho hace años. Eso no es lo único que deseas, ¿verdad? ¿Por qué no te has gastado nada del dinero que te doy?

Ella bajó la vista.

–Porque lo necesitas para emprender una batalla legal, ¿no es así?

–Primero tengo que saber dónde está y que se encuentra bien –dijo volviendo a mirarlo–. Eso es lo más importante. Si comienzo enviando una carta de un abogado, Brandon no la verá. Te garantizo que no se la entregarán. Nadie me confirmará que Dorian está vivo. Pero si miro a Brandon a los ojos… No trates de disuadirme, Stavros. ¿Se debe a que temes que suponga un escándalo para tu familia? Te juro que no acudiré a la prensa. No quiero que mi hijo se encuentre en medio de algo público y escandaloso. Anoche no pensaba montar una escena. Había ensayado lo que iba a decir.

–Calli –dijo él poniendo la mano sobre la de ella–. Debes confiar en mí.

–¡No! –se levantó y se apretó el cinturón de la bata. Se quedó allí temblando–. No confío en ti.

–Calli, escucha…

–¡No! ¡Maldita sea! Ya sé que yo solo tenía diecisiete años y que Dorian estará mejor donde esté. Probablemente estará con una pareja rica que podrá darle una vida mejor de la que yo podría ofrecerle. Sé que no me merezco a mi hijo. Pero no renuncié a él: me lo quitaron. Tengo que saber que está bien.

Él sintió su dolor. Fue como si un cuchillo le atravesara el pecho y el estómago, un dolor que hizo vibrar todo su ser. Se acercó a ella y le agarró los fríos puños con sus grandes manos.

–No he dicho que no te lo merezcas. ¿Quién te ha dicho eso?

Ella retiró las manos y se cruzó de brazos al tiempo que volvía la cabeza intentando recobrar la compostura.

Él la abrazó, pero ella se puso rígida. Estaba fría como el mármol. La besó en la sien.

–Por supuesto que te mereces tener a tu hijo contigo.

Ella se estremeció y se echó hacia atrás para separarse de él, que quería abrazarla con todas sus fuerzas e imprimir tanta seguridad en ella que no dudara de sí misma. Ella jadeó tratando de contener las lágrimas. Le temblaba todo el cuerpo.

–Tengo más recursos que Takis. Mis abogados contratarán a sus propios detectives, buenos detectives. Y lo más importante, a diferencia de lo que acabas de decir, a mí no me da miedo recurrir a la prensa como arma.

–¿Y si Dorian no sabe que es adoptado? Sería horrible que se enterara en el patio de la escuela. ¿Y si…?

–No te preocupes, *koukla mou*. No creo que sea necesario nada más que la amenaza. Los Underwood no son de los que creen que lo mejor es que hablen de ellos, aunque sea mal. Por eso ocultaron el error de su hijo, y porque no deseaban que un heredero suyo apareciera, de forma inconveniente, en el futuro buscando un trozo del pastel. No, era mejor llevarlo a un hogar adecuado, donde le podrían dar un trozo de la medida adecuada, que es lo que la aristocracia ha hecho toda la vida cuando debe enfrentarse a un bastardo.

–¡No lo llames así!

–Perdona.

La atrajo hacia sí y le besó el cabello mientras seguía tratando de asimilar que tenía un hijo. Los celos volvieron a apoderarse de él al darse cuenta de que ella siempre tendría ese vínculo con Brandon, su primer amante. Era más profundo que perder la virginidad con alguien a quien él no conociera. Brandon siempre sería una figura periférica en la vida de ella, y Stavros no podría hacer nada para evitarlo.

–¿Crees que estará con un miembro de la familia? He hecho una búsqueda en Internet y no he encontrado ni un hermano ni un primo ni ningún otro pariente con un niño de esa edad.

–Voy a encargar esa tarea a mi madre y mis hermanas. Tendrán una lista de posibilidades dentro de una hora. Conocen las relaciones familiares de toda la alta sociedad del país.

–No quiero que se enteren de esto.

–No tengo que decirles la razón –miró el reloj del microondas–. Pero querría que empezáramos pronto la reunión.

–¿Qué reunión?

–Con las abogadas. Llegarán enseguida.

–¿Cómo…? ¡Es fin de semana!

–Sí, me clavarán en la factura por eso, pero… –se encogió de hombros–. Quería dejarte dormir.

Ella se echó hacia atrás con el ceño fruncido.

–¿Por qué haces esto?

–¿No tenemos un trato? Como señalaste anoche, no he cumplido mi parte. Podías haber sido más clara sobre tus razones, pero mi honor me obliga a proporcionarte lo que buscabas cuando accediste a casarte conmigo.

–No, no te obliga –murmuró ella agachando la cabeza, lo que hizo que el cabello le cayera sobre la mejilla.

–Claro que sí –él se lo apartó y se lo colocó detrás de la oreja; básicamente, era una excusa para tocarla–. Anoche hiciste una dura comparación, *glykia mou*, pero yo no soy como Brandon. Prefiero que me llames Steve a que me compares con él.

Ella hizo una mueca que intentó ser una sonrisa, pero volvió a fruncir el ceño.

–No sé qué decir.

–No tienes que decir nada. Siéntate y acaba de desayunar. La comida se está enfriando y anoche no cenaste.

Calli se puso de puntillas y lo besó en la mejilla.

–Gracias, Stavros –dijo con la voz ronca de la emoción.

Se sentó, y él expulsó toda la tensión que sentía con un profundo suspiro.

Capítulo 8

CALLI no podía moverse; a duras penas levantó la cabeza cuando Stavros volvió de acompañar a la puerta a las abogadas. Estaba emocionalmente agotada y se sentía vacía.

Pero esperanzada.

Y eso la aterrorizaba.

–Sé que no ha sido fácil para ti –dijo él sentándose en la otomana frente al sillón en que ella se había arrebujado y llorado mientras contaba los sórdidos detalles de su aventura adolescente.

–¿Qué parte no lo ha sido? –había hablado de todo mientras la amable y dulce Ingrid le hacía preguntas y ella evitaba la mirada hostil de Norma, a menos que la mujer interviniera con una brusca pregunta.

Por extraño que pareciera, fue el equipo que formaban las dos, esa mezcla de dureza y blandura, compasión y crueldad, lo que la había tranquilizado. El abogado de Takis se había mostrado, dependiendo del día, abrumado, distraído o impaciente.

Ingrid le dijo a Calli que Norma era una gran defensora de la justicia. Ingrid creía en ella, y por eso trabajaban juntas, a pesar de su brusquedad en el trato.

Calli le había abierto su corazón a Ingrid, pero la vergüenza había teñido cada una de sus palabras; vergüenza por haberse quedado embarazada y por haberlo ocultado el mayor tiempo posible, ya que esperaba que Brandon volviera y se casaran; vergüenza por haber sido tan estúpida de creer que volvería; la vergüenza que sus padres habían hecho que sintiera cuando se enteraron; vergüenza de que no la quisieran lo bastante para superar su propia vergüenza y aceptar el embarazo y a Dorian; vergüenza por no haber sospechado hasta dónde podía llegar su padre; vergüenza por haber perdido a su hijo. Una madre debía proteger a su hijo por encima de todo.

La vergüenza había continuado mucho después de haberse ofrecido a Takis. La mantuvieron viva las miradas recelosas y los

rumores que corrían por la isla de que había dado a luz fuera del matrimonio y el niño había muerto, y, después, de que vivía con Takis como su amante. También la avergonzaba haber tardado tanto en contarle todo a Takis y en pelear por su hijo.

–La parte en que te han pedido tiempo –contestó Stavros mientras colocaba los codos sobre los muslos y unía las manos–. Ya has esperado demasiado.

Ella se encogió de hombros. Después de seis años, ¿qué más daba hacerlo dos semanas más?

–Has dicho que no se lo contaste a Takis inmediatamente porque no creías que te quedarías con él tanto tiempo y porque te daba vergüenza. ¿Qué fue lo que finalmente te impulsó a decírselo después de haber guardado el secreto durante dos años?

Ella suspiró e hizo una pelota con los pañuelos usados que tenía en el regazo.

–Me pidió que nos casáramos.

–Ah.

–Sabía que era muy mayor para mí, pero quería que Ophelia tuviera un hermano. Éramos una familia en muchos sentidos. Por primera vez en mi vida, me sentía querida. Ophelia era una niña mimada, pero me quería. Me quiere.

Sonrió con afecto. La echaba de menos, sobre todo ese día, cuando estaba sufriendo emociones tan fuertes.

–Me ayudó mucho, y ni siquiera lo sabe. En mis peores días, cuando me sentía una absoluta fracasada por no tener a mi hijo, se acurrucaba en mis brazos o me daba algo que hubiera hecho en el escuela. Me di cuenta de que yo era la única madre que había tenido –Calli carraspeó–. Siempre creí que… Alguien está cuidando a mi hijo en algún lugar. A la madre de Ophelia le gustaría saber que alguien cuida y quiere a su hija. Y yo, a pesar de haber perdido a mi hijo, tenía que darle lo mejor de mí a Ophelia y esperar que mi hijo estuviera recibiendo lo mismo de la mujer a la que llamase mamá.

Agarró un pañuelo limpio y se lo pasó por los ojos, impaciente por que aquellas lágrimas no se acabaran nunca.

–Le dije claramente a Takis que estaba ahorrando para ir a Estados Unidos, pero que la existencia de Ophelia me hacía difícil marcharme. Cada vez que sacaba el tema, Takis me ofrecía más dinero. Y yo lo guardaba pensando que me serviría para estar más tiempo en Estados Unidos, más tiempo para planear mi ataque, que era más dinero para pagar a abogados.

Suspiró y apoyó la barbilla en la mano.

–Después fuimos a Atenas a celebrar mi cumpleaños. Takis me llevó a cenar y me propuso matrimonio. Me quedé anonadada, porque no lo había visto venir. Y cuando me dijo que quería tener un hijo… Me derrumbé y se lo conté todo. Se quedó en estado de shock, pero intentó ayudarme y…

–No llegó muy lejos –Stavros concluyó la frase en voz baja.

–Ahora lamentas haberme elegido, ¿verdad? Tendría que habértelo dicho, pero es que no me gusta hablar de ello porque me hace sufrir.

–Lo sé.

Su expresión preocupada la dejó sin habla. El profundo sentimiento de fascinación que experimentaba hacia él floreció en algo más conmovedor y permanente: en amor. Probablemente llevara un tiempo enamorada de él, pero había sido ese momento en el que se había transformado en algo real. Stavros conocía su secreto y no la juzgaba por él, sino que quería ayudarla.

Calli bajó la vista para ocultar el anhelo de su corazón, que amenazaba con extenderse a todo su ser.

–Ven aquí –él la tomó en brazos y se sentó en el sofá, con ella en su regazo–. Me preocupas cuando pareces tan vulnerable. Vamos a encontrarlo, Calli. Voy a hacer todo lo posible.

Ella quiso creerlo. Sabía que él se lo creía, lo cual era tranquilizador. Le rodeó el cuello con los brazos y apoyó la cabeza en su garganta, conmovida. Era incapaz de hablar, de decirle lo mucho que significaba su apoyo para ella; lo mucho que él significaba para ella.

Apoyó sus labios en su piel y le dijo con un beso cuánto significaba.

Stavros se quedó inmóvil y ella notó que tragaba saliva. Él echó la cabeza hacia atrás para mirarla.

Normalmente, era él quien se le insinuaba, pero ella tomó la iniciativa y apretó la boca contra la suya.

Se besaron brevemente. Él volvió a mirarla. Su expresión era inescrutable.

–No me debes nada, si eso es lo que estás pensando.

No era eso, pero… Se sintió como una estúpida. Tal vez sus problemas personales habían apagado en él el deseo.

–¿No te apetece?

Retiró los brazos y se protegió el pecho con ellos. Debía de tener un aspecto horrible, además. ¿En qué estaba pensando?

–Calli –se la colocó en el regazo para que ella sintiera la dureza de su erección en la nalga–. Esto me sucede incluso cuando no

estamos en la misma habitación. Lo único que tengo que hacer es pensar en ti. A decir verdad, es molesto. Siempre te deseo, pero no me gusta aprovecharme de una mujer cuando está baja de moral.

–Stavros, no intento compensarte. Quiero sentir algo que no sea dolor. ¿Te importa?

Él lanzó un bufido y se levantó con ella en brazos.

–En ese caso, soy tu hombre.

Stavros se sintió perdido al dejar a Calli de pie, al lado de la cama. El sexo era para él un juego, un deporte; no como la caza, más bien como el tenis. Le gustaba controlar la jugada y llevaba la cuenta de los puntos que marcaba.

Con Calli, había un nuevo listón en términos de intensidad y resistencia, así como de puro goce. Además, teniendo en cuenta la frecuencia con la que lo hacían, sabía exactamente lo agresivo que se podía mostrar para que ella lo acompañara durante todo el acto. Era alucinante lo maravilloso que era el sexo con ella.

Pero aquello era distinto. No era cuestión de dominio, ya que ella estaba totalmente indefensa. Necesitaba que la cuidasen, y él era capaz de ser delicado, pero no sabía ser tierno sin abrir su corazón.

Ese cambio lo aterrorizó. Era un hombre al que le encantaba el riesgo, pero el que iba a correr en aquel momento era enorme. Sin embargo, no podía dar la espalda a Calli. Si había un momento en que no podía ser egoísta, ere ese.

Lo guiaba un extraño instinto, algo que se parecía a los celos de la noche anterior, pero que era la otra cara de la moneda. Tal vez fuera humilde gratitud, una sensación de privilegio por ser el hombre que podía tocarla y ayudarla a sanar.

Le apartó el cabello con cuidado. Aunque la necesidad de poseerla lo consumía, se esforzó en ir poco a poco, en saborearla. La besó en la mejilla y apreció la suavidad de su piel y su delicado aroma, que le recordó a Grecia.

Cuando hizo que diera media vuelta para ayudarla a quitarse la camiseta, le dio tranquilizadores besitos en la nuca. No quería apresurarla, ya que tenían todo el tiempo del mundo.

No era así, reconoció, pero, en aquel momento, el tiempo se había detenido. Le deslizó los labios por el hombro mientras murmuraba lo preciosa que era.

Ella rio suavemente, giró la cabeza y lo agarró por la barbilla.

–Llevamos tanto tiempo hablando inglés que al principio no te

he entendido –dijo ella en griego–. Me gusta cuando usas nuestra lengua –apretó su boca contra la de él y sus labios se aferraron a los suyos de un modo que a él se le subió directamente a la cabeza.

Trató de contener la fiera que se había despertado en su interior. La hizo girar del todo para tenerla frente a sí y se obligó a que el beso no se le escapara de las manos.

De todos modos, fue increíblemente intenso. Degustó la emoción en los labios de ella, la enormidad de todo lo que ella era, los sentimientos que ocultaba bajo la fachada, dulce y tranquila, que mostraba al mundo.

Se dio cuenta, emocionado, de que él era el único que conocía esa otra cara de ella: su pasión y su profundidad eran solo suyas. Eso le hizo sentirse mucho más posesivo, pero cuidadoso al desenvolver el regalo que era ella. Y cuando estuvieron desnudos en la cama, dejó que ella lo tumbara de espaldas y que se colocara encima y lo acariciara con el cabello.

–Me vuelves loco –murmuró él poniéndole las manos a ambos lados de la cabeza. Su cabello se le derramó entre los dedos y formó una especie de cortina alrededor de los dos mientras se besaban. El resto del cuerpo masculino permaneció inmóvil cuando ella se sentó sobre él a horcajadas y comenzó a incitar su masculinidad con su nido de rizos, al tiempo que sus senos oscilaban levemente sobre su pecho. Stavros deseó con desesperación estar en su interior.

–Quiero volverte loco –dijo ella sonriendo, exaltada por el poder de su feminidad.

Era hermosa y aterradora a la vez. Él se hinchó de orgullo por ser el hombre que le había proporcionado semejante seguridad al tiempo que temía aquello que había desencadenado.

Hacía años que había dejado de preocuparse de su mortalidad, pero, en aquel momento de glorificación de la diosa que lo tenía subyugado, se quedó petrificado. Aquello se acabaría; no su falso matrimonio, sino sus vidas. Envejecerían y morirían, pero Calli era una mujer tan valiosa que debería vivir eternamente. Y él la deseaba tanto que exigía la eternidad con ella.

¿Y si…?

Apartó ese pensamiento. En vez de apresurarse, disminuyó aún más la velocidad de sus movimientos. Alargó las caricias y apreció cada sensación. Se entregó a ella para que tomara lo que deseara y observó y experimentó su clímax como si fuese el suyo propio, aunque él se contuvo, asombrado por la gloriosa liberación de ella cabalgando sobre sus caderas.

Después, él rodó para colocarla debajo de sí y le dio más: más de

sí mismo, más atención, consuelo y placer. Todo lo que había en él era de ella. Y cuando le entregó la última parte de sí y se derramó en su interior, mientras ella se contraía y gritaba de alegría, alcanzó el clímax más poderoso y satisfactorio de su vida.

Stavros le pidió que lo acompañara a la fiesta del aniversario de boda de su amigo Sebastien.

–Irán Antonio y Alejandro. Son buenos amigos míos, y me gustaría verlos.

No le dijo exactamente que quería que conociera a sus amigos, pero a Calli le pareció importante, aunque él ya le había presentado a su familia, a pesar de que su matrimonio tenía fecha de caducidad. Probablemente tampoco le preocupara mucho introducirla en su círculo social.

Las cosas habían cambiado desde que ella le había hablado de Dorian. Stavros seguía siendo el mismo hombre dinámico que solo dejaba de trabajar para hacer el amor, pero había reducido sus apariciones en público a algunas cenas con gente que ella ya conocía. Los viernes, la llevaba a Galini, donde pasaban buena parte del fin de semana en la piscina con la familia de él, charlando amigablemente.

Stavros, a veces, mencionaba a su abuelo al hacer referencia a distintas iniciativas laborales.

–Das a entender que tu abuelo es un caso perdido, pero parece que te apoya mucho en las cosas que planeas –comentó ella, un día, al volver a la ciudad.

–Las cosas eran muy distintas cuando yo era más joven, incluso hace un año –era difícil interpretar su expresión tras las gafas de sol, pero a ella le dio la impresión de que era una mezcla de perplejidad y preocupación–. Creo que está dejando de mangonearme, igual que se está jubilando de todo lo demás.

Ella rio, pero él no lo hizo.

Él se rascó la mejilla y añadió en tono seco:

–Tal vez tuviera razón al mangonearme. Que Sebastien me enviara a Grecia ha servido para domarme.

Eso despertó la curiosidad de ella, pero estaba pensando en el viaje al condado de Oxford para la fiesta del aniversario de boda de Sebastien.

–Inglaterra está muy lejos –murmuró.

–Norma sabe que tiene que llamarnos si tiene noticias sobre Dorian.

La forma en que él pronunciaba el nombre de su hijo, como si fuera una persona real, en vez de un sucio secreto, la conmovía. Se recordaba diariamente que él se estaba limitando a cumplir su parte del trato al haber contratado a Norma, pero no dejaba de preguntarse si era una señal de que ella empezaba a importarle.

Habían pasado dos semanas desde que le había contado lo de Dorian, y se sobresaltaba cada vez que el móvil le indicaba que tenía un mensaje o siempre que él respondía una llamada. Había accedido a ir a la fiesta de su amigo simplemente porque necesitaba distraerse otro fin de semana.

Waldenbrook, la inmensa finca en el condado de Oxford, suponía, ciertamente, una distracción. Ella volvió a comprobar su aspecto en el espejito del coche cuando el coche disminuyó la velocidad para tomar el sendero que conducía a la majestuosa mansión de Sebastien. Era de estilo georgiano y estaba muy bien conservada, así como escrupulosamente preparada para la celebración del primer aniversario de boda de sus dueños.

–Estoy nerviosa –confesó ella mientras Stavros aparcaba frente a los empleados que los esperaban.

–¿Por qué? Es una fiesta en el jardín con unos amigos –echó el freno de mano y apagó el motor.

En aquel «jardín» habría quinientos «amigos» esa noche. Por supuesto que se sentía intimidada, sentimiento que aumentó cuando los condujeron a la serie de habitaciones que Stavros afirmó que siempre utilizaba, al tiempo que le indicaba las de Antonio y Alejandro, que llegarían con su esposa y su prometida, respectivamente.

Unas flores y una cesta con vino, fruta, queso y galletas saladas proporcionaba el toque definitivo al apartamento, hermosamente decorado, con una terraza que daba a la piscina, una cama con dosel y dos Gauguin.

–A mí no me reciben así –dijo Stavros tendiéndole el sobre que había con las flores.

Calli lo abrió y leyó una nota redactada por la anfitriona con su elegante escritura.

Calli:

Espero que vengas mañana a desayunar a la Rose Room, a las ocho. He invitado a Cecily y Sadie. Me gustaría aprovechar la oportunidad para conoceros mejor.

Monika

–¿No saben que nuestro matrimonio no es…? –ella le entregó la nota y se cruzó de brazos.

–Solo es un desayuno. Si no quieres ir…

–Es la anfitriona. Claro que iré, pero me parece que la induciré a error. Da igual –comenzó a deshacer la maleta–. Al fin y al cabo, es el papel que he accedido a representar.

Stavros ya no sabía cuál era el papel de ambos. Cuando había empezado a aparecer en público con Calli del brazo, se había sentido orgulloso de llevar a su lado a una mujer tan hermosa. Ella se comportaba bien, no buscaba el elogio ni actuaba de forma posesiva. Como ya estaban casados, tampoco buscaba esposo. Todo resultaba fácil.

Sin embargo, ya conocía el dolor que se ocultaba tras su ingenio y su sencillo comportamiento. No era una mercenaria, y desempeñar el papel de esposa le remordía la conciencia. Ahora le parecía más humana de lo que había creído en un principio. De hecho, la veía muy frágil, lo que le impulsaba a querer adoptar el papel de protector.

Lo último que le consideraban sus amigos era un caballero de brillante armadura.

De todos modos, cuando bajaron a la terraza a tomar una copa con los invitados, Stavros se quedó cerca de su esposa, que ya había conocido a Antonio y Sadie cuando había bajado a buscar el móvil, que no sabía dónde había dejado.

Sadie era una rubia despampanante de ojos azules que seguían a su marido como si fuera un imán. Antonio le dedicaba la misma atención cuando hablaba. ¿Estaba su amigo enamorado?

La evidente química que había entre ambos sorprendió a Stavros. Había entendido que el matrimonio de Antonio era de conveniencia, para poder estar con su hijo de tres años.

–Tenías razón –dijo Sadie a Calli mientras charlaban–. He llamado a la niñera y Leo está bien. Me preocupo por nada.

–Es tu hijo. Tienes que preocuparte –respondió Calli con una sonrisa.

Stavros se puso en estado de alerta y buscó una excusa para llevarse a Calli, pero llegó Alejandro con su prometida. Cecily era una rubia de largas piernas. Stavros alabó el gusto de su amigo. No era de extrañar que estuvieran besándose en el pasillo cuando Calli y él bajaban. Todavía estaban algo sofocados.

Su llegada disminuyó la tensión que sentía Stavros hasta que oyó

que Alejandro murmuraba a un camarero que trajera una sidra para Cecily. ¿Estaba embarazada? No se le notaba, pero eso explicaría el repentino deseo de casarse de su amigo.

En otra vida, Stavros se hubiera alegrado por sus amigos y esperado que las esposas de los tres llegaran a ser tan buenas amigas como ellos. Tal como estaban las cosas, lo único que deseaba era proteger a Calli de más sufrimiento. Se la llevó a un rincón tranquilo.

–No era mi intención hacerte eso.

Ella frunció el ceño sin comprender.

–¿El qué?

–Te debe de resultar duro hablar con mujeres que tienen hijos. No era mi intención que tuvieras que pasar por ello.

–La gente tiene hijos. La envidia no va a cambiar mi situación. Si hablan de sus niños, me alegro por ellos. Es la vida.

Stavros seguía preocupado, por lo que se sintió aliviado cuando ella se retiró pronto. Él fue a la sala de billar con sus amigos, donde Sebastien brindó a la salud de los tres por haber ganado la apuesta.

Sebastien no parecía disgustado por que la hubieran ganado, a pesar de que tendría que prescindir de cinco mil millones de dólares.

Stavros esquivó los intentos de Sebastien de hacerles reconocer que habían «aprendido» algo y masculló:

–Creo que lo que verdaderamente pretendías era que nos casáramos para no ser el único que llevaras alianza.

–Y lo he conseguido.

–¿Cómo te va con tu abuelo? –preguntó Antonio a Stavros.

–El traspaso de poderes casi se ha completado –respondió este mientras rodeaba la mesa de billar planeando la siguiente jugada–. Se retira oficialmente a finales de mes y permanecerá en la junta directiva como asesor.

Sorprendentemente, a su abuelo le habían parecido bien todos los cambios, incluso su matrimonio. Debía de olerse que era una estratagema. El anciano no era estúpido. La última vez que habían hablado le había preguntado si Calli estaba embarazada y había comentado que estaba muy pálida.

Puesto que ella tomaba la píldora y acababan de dejar de usar preservativos, era imposible que lo estuviera. Su abuelo pareció muy decepcionado al enterarse de que no esperaban un hijo.

Y aunque hacía tiempo que había decidido que sus hermanas podrían continuar la dinastía de los Xenakis en su lugar, a Stavros le pareció que había vuelto a defraudar a su abuelo.

Sebastien estaba sirviendo las bebidas y Stavros oyó a Antonio decir que estaba agradecido por haber encontrado a su hijo.

–Siempre supuse que mi abuelo sería mi colchón si algo me ocurría –reconoció Stavros–. Me controlaba de tal manera –reconoció Stavros– que creí que la empresa sería suya para siempre. Ahora veo por qué estaba tan empeñado en hacerme entrar en vereda y por qué ha tardado tanto en pasarme las riendas del negocio.

Sus amigos hicieron una mueca, conscientes de que Stavros, en su juventud, había sido un bala perdida.

Sin embargo, Stavros veía ahora la mano dura del anciano de otro modo. A lo largo de los años, Edward le había repetido que los empleados dependerían de Stavros para vivir. A él le había parecido pura retórica, pero, al hacerse cargo de la empresa, se daba cuenta con mayor claridad del punto de vista de su abuelo.

La responsabilidad era toda suya, y era inmensa.

Tampoco podía delegar en otros sin más ni más. Se daba cuenta de por qué su abuelo se había empeñado en que su hijo fuera a ayudarlo y en que su nieto demostrara su dedicación.

También entendía por qué tenía la esperanza de que Calli y él tuvieran un hijo, pero seguía pensando que el imperio empresarial que su abuelo había construido no era para él. Stavros era un caso atípico: no quería descendencia.

Le había prometido un hijo a Calli, pero era el que ella ya tenía.

Calli se despertó al sentir unas frías manos que la atraían hacia un cuerpo desnudo y frío. Ella intentó zafarse.

–¿Stavros? ¿Qué pasa?

–Caliéntame –la apretó de espaldas contra su cuerpo húmedo–. Le he preguntado a Sebastien qué quería por una botella de un vino de gran reserva y el muy canalla la ha tirado a la piscina –apretó sus fríos labios contra el cuello de ella. Tenía el cabello mojado.

–Hay una botella de vino en la cesta –le recordó ella.

–No es un Château d'Yquem 1921. Quería ese vino de reserva para una cata vertical que estoy coleccionando. Me falta una botella para poder subastarla por un millón. ¿Quieres hacer el amor? –le agarró un seno y se lo acarició suavemente.

–¿Y tú? –preguntó ella dándose la vuelta y bajando la mano hasta donde él se estaba endureciendo.

Su respuesta la tranquilizó mucho, después de haberse pasado la noche pensando que ella no pertenecía a su mundo. La gente que

había en la casa no eran simplemente contactos para hacer negocios, sino amigos.

–Siempre –le subió el camisón acariciándola a la vez.

Ella soltó un gemido de aprobación y se apretó contra su cuerpo al tiempo que abría las piernas para que él la penetrara.

Al menos, de esa forma se sentía segura y apreciada. Y le parecía que era el sitio donde siempre le gustaría estar.

Se durmieron aún unidos. Él se despertó cuando ella se separó, horas después, y la sujetó con el brazo.

–¿Adónde vas? –preguntó.

–A desayunar.

Él emitió un sonido de desagrado.

–No puedo pensar en comer ahora –la soltó y se dio la vuelta.

Ella hizo una mueca y, después, fue a ducharse. Se dirigió a la sala que Monika le había indicado en la nota. Había cuidado su aspecto y se había puesto uno de los vestidos más bonitos que tenía, pero no se había dado cuenta de lo mucho que confiaba en la presencia de Stavros a su lado hasta que no tuvo su brazo para apoyarse en él.

Sadie ya había llegado. Cuando, el día anterior, Calli los había conocido a Antonio y a ella le pareció que formaban una pareja intimidante, muy guapos los dos, hasta que se enteró de que Sadie era inglesa. Pero, de todos modos, era muy elegante y desenvuelta.

Llegó Cecily. Resultaba evidente que estaba muy enamorada de su prometido, lo cual hacía que Calli se sintiera aún más marginada, ya que era la única que mantenía una relación sin amor. De todos modos, las dos mujeres la recibieron con mucho afecto. Le hubiera gustado llegar a tener con ellas una larga amistad, pero no tenía sentido.

Para que la conversación fuera entretenida, y por falta de otros temas, les contó la zambullida de Stavros en la piscina a media noche

Monika se echó a reír.

–Es lo que él y sus amigos suelen hacer. Les encanta desafiarse entre ellos. Aunque, desde luego, el último desafío se lleva la palma.

Calli se enteró de que los tres amigos habían tenido que vivir sin tarjetas de crédito durante dos semanas. Antonio se había disfrazado de mecánico en el taller donde trabajaba Sadie y Alejandro había ido a trabajar de mozo en la cuadra de Cecily.

Calli miró a Sadie y Cecily, que parecían muy sorprendidas, sobre todo esta.

–¿Es algo que suelen hacer? –preguntó Sadie, atónita.

–Llevan años haciéndolo –les contó Monika–. El primer desafío que se impuso Sebastien fue montar una tirolina en Costa Rica. Estaba en su último año de universidad. Para que la empresa echara a andar, invitó a estudiantes concretos de universidades inglesas y norteamericanas. Eligió a los que les gustaba correr riesgos y no tenían dinero. Aunque parezca impulsivo, es astuto. Los desafió a intentarlo sabiendo que la mayoría de los jóvenes se dejaría tentar por algo así. Estableció excelentes conexiones y suficientes beneficios para montar su siguiente negocio. La tirolina original fue el embrión del club de deportes extremos al que los cuatro pertenecen hoy.

–¿Qué se apostaron esta vez? –preguntó Cecily, aún asombrada.

–Si ganaba Sebastien, sus amigos renunciarían a uno de sus bienes más preciados; por ejemplo, la isla privada que posee Alejandro. Si perdía, donaría la mitad de su fortuna para fundar una ONG.

–¿Y los tres han ganado la apuesta?

Monika asintió.

–Sebastien anunciará la donación dentro de unas semanas. Tiene la intención de fundar un equipo de búsqueda y rescate, algo que es muy especial para él, dado que estuve a punto de morir el año pasado.

Calli sabía que había sido atrapado por un alud y que sus amigos le habían salvado la vida al desenterrarlo.

La conversación se trasladó al concurso hípico que tendría lugar ese día.

–¿Vas a montar hoy? –le preguntó Sadie a Cecily.

Cecily era una amazona que participaba en concursos hípicos, pero dijo que ese día no iba a participar porque prefería dedicar el tiempo a conocerlas a las tres. No obstante, dirigió la vista a la ventana para mirar la hierba cargada de rocío y el cielo azul como si fuera una prisionera que anhelara la libertad.

Calli supuso que estaba embarazada. Después dirigió la atención a Sadie, que le preguntaba qué harían Stavros y ella ese día.

–Le he prometido a su hermana que haría fotos de los jardines, pero supongo que acabaremos uniéndonos a la multitud para ver el concurso.

Calli seguía pensando en la apuesta cuando volvió a la habitación.

Stavros estaba sentado en el sofá. Se había duchado y vestido con unos pantalones y una camisa, que llevaba abierta. Estaba descalzo. Había una taza de café en la mesita de al lado y

consultaba los mensajes del móvil.

–¿Llevas gafas de sol? ¿Te sientes mal? –se burló ella.

–Me duele un poco la cabeza. Sebastien quiso que probáramos un oporto después de haber estado bebiendo whisky toda la noche. Yo no lo probé –dejó el teléfono y le hizo señas para que se acercara–. ¿Qué tal el desayuno?

–Bien –dejó que él la colocara a horcajadas sobre sus muslos y ella le puso las manos en el pecho mientras lo besaba. Sabía levemente a menta y mucho más a café–. Monika nos ha contado cómo comenzó el club. No sabía que tirarte a la piscina anoche fuera la última de una larga serie de proezas. ¿Qué más has hecho?

Stavros apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

–Lanzarse a la piscina a por una botella no es nada. Solemos escalar montañas sin equipo o escalar pendientes verticales heladas, bucear en cuevas… Lo que se le ocurra a Sebastien que demuestre fortaleza interna.

–¿Y por qué lo haces? Espera, déjame adivinarlo: por la presión de tus amigos. Si ellos se tiraran por un puente, ¿tú también lo harías? –puso su mejor voz de niñera y los brazos en jarras.

–Llegas tarde, porque ya lo hemos hecho –afirmó él mientras le deslizaba las manos por debajo del vestido y le acariciaba los muslos hasta llegar al tanga–. Con los ojos vendados.

Ella soltó una carcajada al tiempo que se retorcía de placer por sus caricias. Estaba asombrada de su audacia.

–Una vez, Ophelia quiso que me montara con ella en una atracción de un parque. La cabina se ponía boca abajo, así que me negué. Ni siquiera soy capaz de tirarme desde el trampolín a la piscina de nuestra casa en la isla.

«La de él», pensó.

–Tienes un sano instinto de conservación. Yo no encuentro motivo alguno para vivir, así que fuerzo los límites siempre que puedo.

–Supongo que hablas en broma –le levantó las gafas y vio algo oscuro en sus ojos. ¿Fantasmas? Él no la veía. Tenía esa mirada angustiada del día que habían estado en la pequeña península de la isla. Era una persona tan asertiva que uno olvidaba con facilidad que tenía sus propios demonios.

Calli le tomó la cara entre las manos y esperó a que la mirara.

–Tienes muy buenos amigos y una familia que te quiere. Por favor, no digas que no tienes nada por lo que vivir.

–No tengo tendencias suicidas, aunque lo parezca –la agarró de las caderas y ella creyó que iba a apartarla.

–Stavros –ella no se movió para indicarle que pensaba seguir donde estaba–. ¿Qué pasó en Grecia?

Él apretó los dientes.

–Yo te he contado mi secreto. Sé que tu padre murió. ¿Cómo?

Él sacó las manos de debajo de su vestido.

–Yo quería ir a pescar y mi padre me obligó a ponerme un chaleco salvavidas, pero él no se puso otro. Se levantó viento, la barca volcó y me dijo que nadara hacia la orilla. Le obedecí. Él no consiguió salir.

Calli lanzó un profundo suspiro de empatía por su terrible pérdida.

–No puedes sentirte culpable. Todos en la isla saben lo agitado que puede ponerse el mar en esa zona.

–Yo nunca obedecía a lo que me decían, pero ese día lo hice, la única vez en que debía haberme rebelado y haberme quedado.

–¿Y haberte ahogado? No puedes pensar eso.

Él la echó a un lado y se levantó.

–Tengo hambre. ¿Bajas conmigo?

Ella se bajó el vestido y se lo alisó mientras él se abotonaba la camisa y se colocaba las gafas en su sitio.

A Calli le dolía el corazón. Lo sabía todo sobre el sentimiento de culpa, la pena, el arrepentimiento y el odio hacia uno mismo. Lo que no sabía era cómo llegar hasta alguien que se hallaba atrapado en esa burbuja y sacarlo de allí.

–Ophelia me ha mandado un mensaje hace un rato. Voy a hablar con ella y luego bajaré. Le he prometido a tu hermana que le mandaría fotos de los jardines. ¿Quieres acompañarme a hacerlas?

–Estaré en el comedor –se abrochó los puños de la camisa y salió.

–Stavros… –Calli se quedó sin habla al mirarse al espejo con el colgante que llevaba al cuello. Ni siquiera se atrevía a agarrar los pendientes a juego.

En el contrato prematrimonial se especificaba que él debía proporcionarle ropa y accesorios adecuados, pero ella no esperaba que incluyeran un zafiro rodeado de diamantes, suspendido de una cadena de oro.

Él mismo se lo había puesto después de subirle la cremallera del vestido, que era el más ajustado que había llevado en su vida: de satén rojo, con tirantes y muy escotado. Era perfecto para lucir el colgante.

Él la miró en el espejo.

–Te queda muy bien. Te hace resaltar los ojos.

–¡Más bien se me van a salir de las órbitas! ¿A qué te refieres con que no es alquilado?

–No lo he robado, si eso es lo que piensas. Fui a comprar un regalo de aniversario para Monika y Sebastien y lo vi. Y decidí regalártelo.

Mucho tiempo atrás, Calli soñaba con formar parte del mundo de un joven rico, pero esa aspiración había desaparecido con el paso de los años y la había sustituido por la de conocer a su hijo y que él la conociera. Por primera vez en mucho tiempo, deseaba formar parte de la vida de un hombre, pero no por las joyas. Mucho más que una piedra preciosa, deseaba de Stavros cosas que no se atrevía a pedirle.

Él se había mostrado distante todo el día. Calli había respetado su deseo de encerrarse en sí mismo. Ella lo hacía continuamente, así que no intentó forzarle a hablar y se limitó a preguntarle, una vez en los jardines, si tomaban un sendero u otro.

Hacía un día precioso. Al otro lado de los jardines se oían las pezuñas de los caballos y los vítores del público. Mientras paseaban, el aire se llevaba de los sonidos de la naturaleza, de los pájaros y las abejas.

Llegaron a un puente de piedra que cruzaba un arroyo y ella se detuvo a hacer unas fotos del sol brillando en el agua a través de los árboles.

Cuando bajó la cámara, Stavros la tomó en sus brazos. No le dijo nada, sino que se limitó a apretarla contra sí, de modo que ella escuchó los latidos de su corazón mientras corría el agua del arroyo por debajo del puente.

Calli lo abrazó por la cintura y le ofreció el consuelo que hubiera deseado ofrecerle antes. Por dentro, temblaba como las hojas que susurraban alrededor de ellos. Cuando él la besó y la tomó de la mano para seguir caminando en silencio, ella apenas podía dar un paso.

El regalo del colgante la había sorprendido y conmovido profundamente. Se volvió hacia Stavros y lo besó en la boca.

–Estoy abrumada. Es precioso. Gracias.

No hablaron del padre de él ni de nada serio durante el resto de la noche. Fueron al entoldado que se había montado con mesas redondas, manteles blancos, velas y rosas.

El ambiente era mágico, y resultaba evidente la felicidad de Sebastien y Monika. Fueron ellos los que iniciaron el baile, seguidos

de Antonio y Sadie. ¿Cómo se sentiría uno estando tan enamorado?, se preguntó Calli.

A pesar de la armonía que había entre Antonio y Sadie, Calli pensó que se había producido un conato de conflicto al ver que Sadie decía algo y él se ponía rígido.

Antes de ver qué pasaba a continuación, Cecily se le acercó. Llevaba un vestido dorado que la hacía parecer un ángel.

–Estás preciosa –le dijo Calli.

–Tú también –Cecily miró el colgante–. ¡Qué maravilla!

–Me lo ha regalado Stavros –murmuró Calli con timidez.

–Te quiere –dijo Cecily bajando los párpados para ocultar la expresión de sus ojos, en lo que Calli creyó distinguir un destello de desesperación.

Calli se contuvo para no decir que Stavros no la quería y, en su lugar, afirmó:

–Es evidente que tu prometido está loco por ti.

–¿Por lo de esta tarde? –Cecily hizo una mueca y se sonrojó levemente–. No era lo que parecía.

Alejandro se la había echado al hombro y se la había llevado del concurso hípico para hacer el amor en su habitación. Si no era lo que parecía, ¿qué otra cosa podía ser?

Justo entonces llegaron Stavros y Alejandro y los cuatro fueron a la pista de baile. En ese momento, Sadie se marchó bruscamente.

–¿Será por algo relacionado con su hijo? –preguntó Calli.

Monika fue detrás de Sadie mientras Antonio abandonaba la pista y comenzaba a hablar con Sebastien.

–Si se ha producido una emergencia, nos lo dirán –comentó Stavros mientras miraba a su amigo.

Poco después, Sebastien les aseguró que todo iba bien y que la pareja había ido a la casa.

Fue una noche para recordar, y Calli sabía que lo haría. En la vejez, volvería la vista atrás con nostalgia a la época en que era joven y estaba casada con un hombre muy por encima de su clase social, y en que la habían invitado a una fiesta donde había bailado, como Cenicienta, con el hombre más guapo del baile.

El hombre al que amaba.

–¿Cómo tienes la cabeza esta mañana? ¿Necesitas algo? –preguntó Calli al volver a la habitación después de desayunar. Stavros había desaparecido durante la noche y ella se había despertado sola en la cama. Él le había dicho que no podía dormir y

que se había ido a tomar una cerveza con Alejandro.

Calli se preguntó si lamentaba haberle hablado de su padre, pero esa mañana parecía volver a ser el mismo de siempre.

–Estoy bien, ¿por qué? ¿Tú no? Anoche solo te tomaste dos copas de champán.

–Te lo he preguntado porque iba a tomarme la píldora y… –pensó que no recordaba habérsela tomado el día anterior. Frunció el ceño y se dirigió al cuarto de baño a toda prisa. Sacó del neceser las píldoras anticonceptivas.

Y dijo una palabra que nunca decía.

–¿Qué pasa? –preguntó Stavros acercándose a la puerta.

–Siempre espero a haber desayunado –estaba temblando, en estado de shock–. Sé que es mejor tomarse la medicación con el estómago lleno. Pero cuando volví ayer por la mañana… –habían hablado y ella se había quedado conmocionada por lo que le había contado de su padre y se había olvidado por completo de tomarse la píldora.

–Solo es una –dijo él–. No suele ser un problema.

–Pero es que… –Calli tragó saliva. Sentía náuseas–. Antes de marcharnos de Nueva York, saqué una pastilla, la dejé en el lavabo y metí el resto en la maleta antes de bajar a desayunar. No recuerdo si volví y me la tomé.

Estaba casi segura de que no se la había tomado.

Al darse cuenta de que se la había saltado dos días, el alma se le cayó a los pies.

–Hemos tenido relaciones sexuales sin protección –afirmó con voz temblorosa. Se miró al espejo y casi no se reconoció: estaba blanca como la cera.

–Puedes tomarte la píldora del día siguiente.

–Esa es para el día siguiente, pero han pasado tres, Stavros. ¿Y si me he quedado embarazada?

Las pupilas de él se agrandaron de tal modo que sus ojos se volvieron oscuros como la noche.

–No se te ocurra decirme que lo he hecho a propósito –le advirtió ella con labios temblorosos–. Ni se te ocurra.

–No voy a hacerlo.

Ella pasó a su lado como una exhalación hacia el dormitorio, que se puso a recorrer de un lado a otro como si estuviera enjaulada. Apenas podía respirar y sentía tanta presión en el cráneo que se puso las manos a los lados de la cabeza.

–Necesito pensar –pero lo único que pensaba era que habían tenido sexo sin protección. Mucho sexo–. ¿Por qué no puedo

controlarme cuando estoy contigo? ¿Por qué soy tan estúpida?

Stavros llevaba evitando situaciones de aquella clase desde que era sexualmente activo. Siempre había tenido cuidado de protegerse y de proteger a su pareja utilizando un preservativo cada vez que tenia relaciones sexuales. Aunque su personalidad tuviera una veta imprudente, no era estúpido.

Como Calli se negaba tajantemente a tener hijos, había dejado que fuera ella la que se protegiera tomando la píldora. Por primera vez en su vida había tenido sexo a pelo, y le encantaba.

Y esas eran las consecuencias. Y hubiera sospechado que ella lo había hecho a propósito, si no fuera porque parecía que se le había muerto un ser querido.

–¿Tan grande es el desastre?

Nunca la hubiera dejado embarazada aposta, pero ¿por accidente? Su deseo de ella no daba muestras de disminuir, y se le ocurrió que un embarazo accidental podía ser una forma muy conveniente de prolongar el acuerdo al que habían llegado. No era egoísta por su parte, sino lo decente y lo correcto.

–¿Concebir un hijo con alguien que cree que estoy con él por dinero?, ¿que tiene la intención de divorciarse de mí dentro de un par de meses? ¿Y después, qué, Stavros? ¿Me busco a otro más rico que tú para poder ver a mi hijo? Sí, es un verdadero desastre.

–Podríamos seguir casados.

–¿Me quieres?

Él retrocedió instintivamente.

Ella emitió un sonido demasiado doloroso para considerarlo una carcajada.

–Ya me parecía.

–Calli… –dio un paso hacia ella.

Ella estiró un brazo para detenerlo. Tenía la punta de los dedos blanca y temblorosa.

–No puedo volver a hacerlo. No puedo.

–No creo que lo hayas planeado –mascullo él.

–Claro que lo crees –su voz expresaba una derrota tan profunda que a Stavros se le encogió el corazón. Levantó la vista hacia el techo–. Y ahí estaría yo, unida en matrimonio a un hombre que no me quiere para poder formar parte de la vida de mi hijo. Estoy haciendo verdaderos progresos a la hora de tomar mejores decisiones vitales, ¿verdad? ¡Cómo me odio en este momento!

–Calli… –intentó agarrarla de los brazos, pero ella lo evitó.

–¿Por qué no…? –se quedó sin voz y tragó saliva–. ¿Por qué no vas a por el coche o a por lo que sea? Dame unos minutos.

Capítulo 9

APENAS hablaron en el viaje de vuelta a Nueva York. No fue un silencio airado, sino espeso. En cuanto hubieron aterrizado, ella leyó un mensaje de la hermana de Stavros en el que le recordaba a Calli su promesa de ayudarla a preparar la exposición de sus cuadros.

Mientras que la hermana mediana de Stavros desempeñaba un papel activo en la empresa como coordinadora de productos específicamente femeninos, la pequeña pintaba. Y lo hacía muy bien.

Cuando Calli la llamó para intentar librarse del compromiso, ella insistió, y Calli no supo negarse.

–Tienes que contárselo a tu familia –dijo a Stavros cuando acabó de hablar. Se refería a que su matrimonio era temporal.

–Pero aún no lo sabemos, ¿verdad?

Ella había dejado de tomar la píldora por completo y esperaba la llegada de la regla. Rogaba a Dios que le bajara el periodo. Y como no quería correr más riesgos de quedarse embarazada, supuso que era buena idea desaparecer unos días en la finca de la familia y no dormir con su esposo. Al menos se distraería y no estaría todo el día obsesionada con el hijo que tenía y con el que se imaginaba que podía tener, que la aterrorizaba porque no podía decir de forma categórica que no lo quisiera.

Volvió al ático días después, a tiempo para acompañar a su esposo a la fiesta de jubilación de su abuelo. De nuevo volvió a sentirse una farsante cuando Edward Michaels la elogió.

–La reciente incorporación de Calli a nuestra familia ha sido un soplo de aire fresco. Siempre he creído que sabía más que mi nieto, pero, al casarse con ella, me ha demostrado que toma decisiones sensatas.

Todos rieron mientras Calli miraba fijamente una gota de vino que había caído al mantel.

–Echo de menos a mi hijo todos los días –prosiguió Edward–,

pero estoy muy orgulloso del heredero que me dejó. Sé que el futuro de la empresa está en buenas manos y no tengo reparo en cederle las riendas.

A Stavros le pilló por sorpresa aquel elogio que parecía salirle del corazón. Él, a su vez, hizo un cálido y respetuoso brindis con voz levemente temblorosa. La mayoría de los asistentes no se dio cuenta, pero su madre se inclinó hacia Calli para decirle:

–Esos dos… Cuando se pelean veo en ellos a mi esposo. Fingen que se odian, pero se quieren de verdad –parpadeó y unas lágrimas le corrieron por las mejillas.

Calli esperó a que los aplausos hubieran terminado para preguntarle:

–¿Stavros se peleaba con su padre?

Ella puso los ojos en blanco.

–Era un chico muy cabezota. Incluso antes de que supiera hablar, nos desobedecía continuamente. Para serte sincera, yo no sabía qué hacer con él. Y nunca se ha perdonado por el accidente. Temía lo que pudiera hacerse a sí mismo si no había una poderosa presencia masculina en su vida. Cuando Edward dijo que quería traernos aquí, estuve de acuerdo. Era el futuro de mis hijos. No me gustaba todo lo que hacía, desde luego. Discutíamos mucho.

–¿Delante de los niños?

–No, por Dios. A los hombres de la familia Xenakis no les gusta que los desafíen en público y te atacan por el placer de hacerlo. No, hay que elegir el momento y atacar cuando menos se lo esperan –hizo el ademán de blandir un cuchillo–. Es un consejo de una madre que sabe de lo que habla –le guiñó el ojo.

Calli rio, sorprendida por la astucia de aquella mujer tan elegante.

–Stavros me ha contado que Edward no quería oír hablar en griego en su casa.

–Porque nuestro inglés era horroroso. Si íbamos a vivir aquí, debíamos aprenderlo bien. Antes de que mi esposo muriera, temía que fuera a separarme de todo lo que conocía, pero estuve de acuerdo con que lo hiciera Edward pensando en las oportunidades que mis hijos tendrían aquí. A Stavros le gusta decir que Edward es un tirano, pero…

–¿Son tal para cual?

La madre de Stavros se echó a reír.

–¡Cómo conoces a mi hijo! Si supiera las veces que Edward me pidió que lo mandara de vuelta a Grecia y lo dejara allí –sonrió–. Nos reíamos y luego llorábamos por lo mucho que lo echaríamos de

menos si llegase a suceder.

Calli le apretó el brazo y apoyó la cabeza en el hombro de la mujer para demostrarle su compasión.

Stavros volvió a la mesa en la que estaban y enarcó las cejas al ver aquella manifestación de afecto.

–Estamos conociéndonos –dijo su madre antes de besar a Calli en la mejilla–. Tu abuelo no es el único que se alegra de al menos una de tus decisiones.

Él hizo un seco comentario y la velada continuó, pero mencionó aquel momento cuando llegaron al ático, pasada la medianoche.

–¿De qué hablabas con mi madre?

–De tu padre y de que no lamentaba haberte traído aquí porque creía que tu abuelo sería una buena influencia en tu educación.

Él hizo una mueca que indicaba que, aunque de mala gana, estaba de acuerdo.

–Voy a acostarme –dijo ella.

–¿Dónde?

Ella se volvió hacia él sin decir nada. Llevaba días durmiendo en la habitación de invitados.

Él suspiró.

–Me pondré un preservativo.

–No estaré tranquila hasta que lo sepa.

La inquieta mirada que él le lanzó le dio a entender que pensaba seducirla.

–Ni se te ocurra –era más un ruego que una orden. Él apartó de la vista.

–Ve a acostarte, entonces.

Después de haber obtenido la presidencia de la empresa, a Stavros le esperaba un montón de trabajo, pero estaba de pie, apoyado en el escritorio, mirando con desagrado el correo electrónico que le había mandado Norma.

> *Hace una semana enviamos una carta a la familia que creemos que adoptó a Dorian. Aún no hemos recibido respuesta.*

Una carta. ¿De qué clase? ¿Dirigida a quién exactamente? Si él se sentía impaciente por hallar respuestas, se imaginaba cómo se sentiría Calli.

Le reenvió el correo a ella y se sentó. Estaba tenso. La madre naturaleza estaba tardando en darles noticias.

¿Deseaba que Calli estuviera embarazada? Eso implicaría que podían retomarlo donde lo habían dejado y que ella se quedaría unos meses más.

Aunque a Calli no le hacía gracia la idea.

«¿Me quieres?».

Había evitado responderle cuando se lo había preguntado, y seguía sin estar preparado para examinar lo que sentía por ella.

Le sonó el móvil, sacándolo de su introspección. Vio que la llamada procedía de un número desconocido. Tuvo una premonición y contestó.

–¿Sí?

–¿El señor Xenakis? Soy Ian, el portero de su edificio. Veo que ha dejado una nota para que le notifique si…

–¿Está ahí el señor Underwood? –Stavros estuvo a punto de saltar del asiento.

–No, pero acaba de estar una mujer, Wanda Abbott. Me pidió que telefoneara a su esposa, pero la señora Xenakis bajó antes de que pudiera hacerlo, ya que iba a salir. Oí decir a la señora Abbott que su esposa y ella estaban relacionadas a través del señor Underwood. Su esposa la ha subido a su casa. No estoy seguro de si eso era algo que usted deseaba saber.

–Desde luego que sí –dijo Stavros al tiempo que se levantaba y se dirigía a la puerta a toda prisa.

Calli agradeció que Wanda Abbott no quisiera tomar té ni café. Temblaba de tal modo que no hubiera podido servirle ni un vaso de agua sin mojarse.

Wanda no estaba mucho mejor. Le dijo que era una prima lejana de la familia Underwood. Era quince años mayor que Calli, como mínimo, y aunque iba perfectamente maquillada y era evidente que se cuidaba, aparentaba cada uno de esos años. El carmín resaltaba en su pálido rostro y sus ojos tenían una expresión torturada.

–No tenía ni idea de que había habido algo en el proceso que no era legítimo –dijo, después de contarle que su hijo, James, había sido adoptado poco después de nacer, seis años antes–. Sabía que Brandon era su padre, pero nos dijeron que la madre había renunciado a él porque era muy joven. Brandon solo tenía diecinueve años, por lo que entendí que no se sintiera capacitado para ser padre. Yo me había quedado estéril en la adolescencia, a causa de una operación, y deseábamos tanto tener un hijo… –los ojos se le llenaron de lágrimas.

–Falsificaron mi firma –afirmó Calli.

–Eso decía la carta. No se me había ocurrido que tales cosas pasaran. Estaba feliz por tener a mi bebé –Wanda la miró implorando comprensión–. Llevábamos años en lista de espera en distintas agencias. No me quedé con él por el dinero que los Underwood pusieron a su nombre. Quería quedármelo. Era un regalo.

Calli examinó la expresión de Wanda, que volvía a solicitar comprensión. Mostraba la vulnerabilidad que un hijo creaba en su madre.

–Brandon tenía toda la vida por delante, nos dijeron. Una carrera política. Por eso nos pidieron que mantuviéramos en secreto su paternidad. La madre de Brandon viene a ver a James varias veces al año –sacó un pañuelo del bolso y se sonó la nariz–. Cuando llegó la carta de las abogadas, al principio me quedé atónita y, después, destrozada.

–Yo ya había intentado…

–Mi esposo lo reconoció cuando le enseñé la carta. Me dijo que los Underwood harían que desapareciera, igual que lo habían hecho antes. Estaba furioso porque la había abierto. Lo hice pensando que era para informarnos de si podíamos acceder al fondo de inversiones de James para pagar las facturas hospitalarias de nuestra hija.

–¿Cómo? ¿A qué te refieres?

–Nuestra hija pequeña tiene leucemia. No tenemos… Bueno, lo hemos intentado todo. Ha sido muy duro –se le volvieron a llenar los ojos de lágrimas–. Y ahora nos llega la noticia de que puede que tengamos que luchar para conservar a James… –se metió el puño en la boca.

Calli se sentía como si fuera a arrollarla un tren y estuviera paralizada, atada a las vías e incapaz de evitarlo.

–Mi esposo me matará cuando sepa que he venido, pero tenía que hacerlo. Tenía que decirte que no lo sabía. Y he venido a rogarte, Calli. Tienes todo el derecho a ver a James, pero ahora no es buen momento. Intento que todo siga siendo normal para él. Suele ser un niño feliz, pero últimamente se porta mal y no duerme bien. Está preocupado por su hermana.

El pitido del tren le llenó los oídos a Calli y el traqueteo de las ruedas la ensordeció.

–Sabe que es adoptado. Me he preparado para esto, imaginándome que un día daríamos la bienvenida a su madre biológica –comenzó a llorar sacudiendo los hombros–. Sé que los

sentimientos cambian. Pero ahora no puedo hacer esto. Y si tú intentas anular la adopción y apartarlo del único hogar que conoce… Podrías causarle un daño duradero. Te ruego que no lo hagas, Calli,

Al menos, ahora sabía que al niño lo querían. Tenía una madre que haría lo que fuera para que no sufriera.

–¿Podría…? –Calli carraspeó–. ¿Podría, al menos, ver una foto suya?

Stavros estaba fuera de sí mientras subía en el ascensor. Cuando abrió la puerta de su casa, entró como una tromba y se encontró a Calli acurrucada en el sillón, mirando el móvil.

–¿Dónde está?

–¿Quién?

–La mujer a la que ha enviado Underwood.

Calli estaba muy pálida. Tenía los ojos rojos, pero parecía extrañamente resignada, tranquila y decidida, como uno de esos iconos religiosos que aceptaban la brutalidad de la vida con gracia y humildad.

–La familia que lo adoptó lo quiere –le tendió el teléfono–. Esa mujer me ha dado algunas fotos. Parece feliz.

Stavros contempló a un niño de sonrisa descarada. Sus ojos castaños le resultaban conocidos. En la foto siguiente aparecía abrazando a una niña de piel morena y cabello rizado.

–Es su hermana. Está muy enferma –ella volvió a agarrar el teléfono y añadió–: Espero que no la pierda. Parece que están muy unidos.

–Puede que esa mujer te haya mentido –le advirtió él, aún dispuesto a dar la batalla.

–No. Me ha dicho que me mandará más fotos recientes, que va a buscar la manera de que lo conozca, pero que probablemente no será hasta que sepan lo que va a pasarle a su hija.

–¿Y has aceptado?

Ella dejo de mirar las fotos y alzó la vista.

–Me lo ha suplicado, Stavros. Se ha tragado el orgullo por el bienestar del niño. Las madres se sacrifican por sus hijos. La mejor forma de demostrarle mi amor, como madre, es no anteponer mis propios intereses a los suyos. Está en buenas manos. Al menos, ahora lo sé –cerró los ojos con fuerza y los abrió mucho para limpiar la humedad que había en ellos y poder ver bien la pantalla del móvil.

–Calli –Stavros se sentó en el sofá y extendió el brazo para agarrarle el tobillo a modo de consuelo.

Ella apagó el teléfono y lo apretó contra sus senos.

–No estoy embarazada.

Le invadió una oleada de algo más profundo que la decepción: el miedo, que predecía al dolor.

–Entiendo –no supo qué más decir. Sintió náuseas.

–Es lo mejor –afirmó ella en tono neutro.

Aún la tenía agarrada del tobillo, pero le pareció que sus manos intentaban asir humo, que ella no era nada más que vapor.

–Creo que… –Calli carraspeó–. Creo que también sería mejor que lo dejáramos aquí–. Volvió a mirarlo, pero sus ojos estaban tan vacíos que él quiso protestar.

–Acordamos seis meses.

–Me da igual el dinero. No lo quiero. Los dos hemos obtenido de este matrimonio lo que deseábamos –volvió a encender el móvil y a mirar la pantalla con un ansia insoportable.

En realidad, ella no tenía lo que deseaba.

–Tengo que dejarlo antes de que me haga sufrir, Stavros, antes de empezar a creer que este es mi sitio y que entre nosotros hay algo más que atracción sexual. Antes de enamorarme de ti.

Él se estremeció al oír sus últimas palabras al tiempo que una parte de él la animaba a hacerlo. Pero no podía decirlo en voz alta. No podía pedírselo ni aceptarlo.

–Ten compasión –rogó ella en voz baja acariciándole la mano, lo cual le puso los pelos de punta–. No soy tan fuerte como tú.

¿Fuerte él? Se sentía tan débil como un gatito.

Lentamente y contra su voluntad, le soltó el tobillo y se puso las manos entre las rodillas.

–Lo que tú digas.

Una hora después, Calli había hecho la maleta y el piso estaba vacío. Se había marchado.

Capítulo 10

QUÉ quiere decir eso de que se marchado? –preguntó su abuelo a Stavros una semana después, cuando le pidió que fuera a la finca porque pensaba entregarle la mansión como regalo de bodas tardío.

–Quiere decir que se ha ido, que ha vuelto a Grecia –Stavros se metió las manos en los bolsillos y se impulsó hacia arriba sobre los talones, apoyados en la alfombra donde había recibido tantos sermones del anciano que había perdido la cuenta.

–¿Qué le has hecho?

–Nada. Me casé con ella únicamente para que me traspasaras las riendas de la empresa.

–Eso ya lo sé –afirmó su abuelo en tono mordaz–. Pero ¿por qué has dejado que se vaya?

Por supuesto que su abuelo se había dado cuenta. Era muy listo.

–Hay una cosa que se llama «retención ilegal». Hasta yo tengo mis límites.

–Steven…

–No me llames así.

–¡Maldita sea! ¿Qué más da como te llame? –Edward golpeó con la mano el escritorio, una antigüedad, que ahora era un objeto puramente decorativo. El anciano ya no lo usaba, y seguiría sin utilizarse porque Stavros no podía soportar la idea de trasladarse a aquella mansión para vivir solo. Prefería seguir en el ático, donde aún podría recordar a Calli levantándose para recibirlo, subiendo las escaleras o invitándolo a ir a la cama con una mirada.

–Imbécil. Lo único que deseaba era que dejaras de desperdiciar tu vida, ¿y ahora haces esto?

–No la he echado. Se ha marchado ella.

–Porque no la has retenido.

–No podía hacerlo. Se merece algo mejor. He pensado en ella.

–No es verdad. ¿Te sientes a gusto revolcándote en la desgracia que tú mismo has provocado? Pensé que ya era malo que no cesaras de intentar matarte para castigarte. ¿Y ahora vas a extraerte el

corazón y a dejar que ella se lo lleve a Grecia?

–Es allí donde lo dejé.

–Tu padre hubiera querido…

–No me digas lo que hubiera querido. Yo sé lo que quería.

–Hubiera querido que vivieras bien, Stavros, no que desearas morir. Hubiera deseado que quisieras a alguien y que formaras una familia. Eso era lo que yo quería para él y es lo que siempre he querido para ti.

–Querías que mi padre volviera aquí para expandir la empresa –le recordó Stavros con vehemencia–. Te enfrentabas continuamente a él porque seguía viviendo en Grecia.

–Quería que mi hijo compartiera mi vida. Y, sí, quería que volviera para trabajar conmigo. Estaba creando un legado y deseaba que formara parte de él. Pero estaba celoso. Del poder que tu madre tenía sobre él. Tu abuela era una buena mujer, pero yo no la quería como tu padre quería a tu madre. Soy hijo de inmigrantes. No teníamos nada cuando comenzamos a vivir aquí. El dinero y el éxito siempre habían sido para mí más importantes que el amor. Creí que él pensaría lo mismo.

Stavros pensó en las discusiones de sus padres sobre aquel tema.

–Lamento haber sido tan duro con él por haber dado prioridad a su esposa e hijos, en vez de a mí. Me molestó mucho que comprara una casa en Grecia y que pasara tanto tiempo allí, con vosotros. Siento que muriera antes de que pudiéramos hacer las paces. Fue peor cuando vinisteis a vivir aquí. Me di cuenta de lo verdaderamente generosa y cariñosa que es tu madre. Deberían haber podido pasar más tiempo juntos.

Stavros se estremeció.

–¡No te culpo de ello! Lo que te digo es que me culpo a mí mismo. No debí obligarle a creer que debía elegir. Tú no tienes la patente de la obstinación, Stavros. Todos somos culpables de ella. Si yo se lo hubiera pedido, en vez de ordenado, tal vez hubierais estado viajando en avión ese día, en vez de estar en el mar.

Stavros negó con la cabeza.

–Fui yo el que quiso ir a pescar. Fue culpa mía que estuviéramos allí.

–Y él accedió porque deseaba tener mejores relaciones con su hijo que las que tenía con su padre. Tardé tiempo en darme cuenta y en reconocer los errores que había cometido con él y los que continué cometiendo contigo.

–Tenías todo el derecho del mundo a ser duro conmigo. Era un canalla.

–Lo eras –reconoció Edward sin reparos–. Y cuando te presentaste con Calli del modo en que lo hiciste, me reconocí en ti y en tu táctica de cortar cabezas. Comprendí que te había educado para que fueras como yo, y no me sentí orgulloso. Después fui conociendo a Calli. No le importa nuestro dinero. La manera en que te miraba… Hasta yo me daba cuenta de que era lo menos parecido a la avaricia. Y tú salías de trabajar a las cinco todos los días. Querías volver con ella. Creí que habíais encontrado la felicidad que le negué a tu padre.

Stavros se pellizcó el puente de la nariz mientras se recordaba mirando el reloj, deseoso de volver junto a su esposa. Desde que ella se había marchado, el tiempo se arrastraba. Trabajaba hasta tarde y se despertaba temprano en la cama vacía. Era una forma sin sentido de comenzar el día.

«¿Me quieres?».

Nunca había creído merecerse que lo quisieran. Había hecho lo imposible porque su abuelo lo rechazara. Solo su madre y sus hermanas podían quererlo, y era así únicamente porque no soportaba la idea de hacerlas sufrir apartándolas de su vida.

Sin embargo, cuando Calli le había dicho que iba a demostrar el amor que sentía por su hijo no entrometiéndose en su vida, Stavros supo que debía dejarla marchar. Estaba seguro de que era lo mejor para ella: dejar que se fuera porque él la quería.

–Soy un imbécil.

–Por fin estamos de acuerdo en algo –su abuelo le dio unas palmadas en la espalda–. Ve a buscarla, hijo.

Ophelia estaba tumbada en el sofá viendo la televisión cuando llamaron a la puerta.

–¡Pizza! –exclamó.

–No me digas que has pedido pizza –protestó Calli. Iba a ponerse como una vaca antes de que la niña se fuera al internado.

Ophelia la miró sin comprender.

–Creía que la habías pedido tú.

–No, ya te he dicho que no vamos a cargar nada más en la tarjeta de tu padre.

–A él no le importa –gimió Ophelia al tiempo que se levantaba y miraba a Calli con el ceño fruncido–. Si no es alguien de la pizzería, ¿quién ha llamado? –se acercó de puntillas a mirar por la mirilla–. ¡Por Dios! –susurró–. Es tu marido.

–¿Qué? ¡No abras…!

Demasiado tarde. Ophelia ya había abierto la puerta.

–¿Qué haces aquí?

–Ophelia… –no seas maleducada, quiso decirle, pero al ver a Stavros le flaquearon las piernas. ¿Cómo podía haberse vuelto más guapo en unas cuantas semanas cuando, además, iba sin afeitar, con la camisa arrugada y la corbata floja?

Al oír la voz de Calli, Stavros la miró.

–¿Qué haces aquí? –preguntó él.

–Es una reunión de chicas –le explicó Ophelia–. Palomitas, helado y una película sin desnudos, porque todavía se cree que tengo nueve años –se cruzó de brazos con una expresión desdeñosa.

Stavros entró y cerró la puerta.

–Quiero decir que por qué vives aquí –no había apartado la vista de Calli–. Te di los códigos de nuestro piso antes de que te fueras –se refería al ático de los Xenakis, con vistas a la Acrópolis y al mar, en vez de estar en aquel piso de clase media, en el centro de Atenas.

–Takis tenía que viajar y Ophelia no quería quedarse con sus abuelos –y su matrimonio era una farsa. Se iban a divorciar. ¿Lo había olvidado? Ella no.

–Así que, ¿no está? –Stavros echó una rápida mirada alrededor de lo que a Calli siempre le había parecido un lujoso piso. Claro que, comparado con el estilo de vida de Stavros, solo estaba bien. Tenía tres dormitorios, pero eran pequeños. Lo habían decorado unos profesionales, pero los cuadros que colgaban de las paredes eran copias, y las alfombras no estaban tejidas a mano.

–Estará fuera toda la semana. ¿Por qué? ¿Quieres hablar con él?

–No. No has vuelto a trabajar para él, ¿verdad?

–En cierto modo –Calli se rascó un codo–. Le llevo la ropa a la tintorería y le hago la compra. Pero, básicamente, quería estar unos días con Ophelia antes de que se vaya al internado.

Le había contado todo lo referente a Dorian. Ophelia estaba en una edad en la que pensaba mucho en chicos, por lo que le serviría para que tuviera cuidado. También le había supuesto una catarsis, y la reacción de la niña, totalmente a favor de Calli, la había emocionado. El exceso de calorías y las películas insustanciales habían sido idea de Ophelia para distraerla mientras decidía lo que iba a hacer.

–Echamos de menos nuestra casa –afirmó Ophelia acercándose a Calli y pasándole el brazo por los hombros–. Quería que me llevara de vuelta a la isla, ya que, técnicamente, todavía sigue casada contigo, por lo que es dueña de la mitad de tu casa, pero me dijo que no estaría bien. ¿Eres de la misma opinión?

–Puedes utilizar la casa cuando quieras –dijo él encogiéndose de hombros con despreocupación.

–¿Lo ves? –Ophelia sonrió a Calli con aire de suficiencia.

–¿Nos dejas unos minutos a solas? –le pidió Stavros.

La sonrisa de la niña se evaporó.

–Claro. Me voy a mi cuarto a ponerme tapones en los oídos para que los adultos puedan hablar.

«No te vayas», quiso decirle Calli mientras Ophelia recorría el pasillo y cerraba la puerta de su habitación. No estaba preparada para aquello. Se había convencido de que no volvería a ver a Stavros.

Y le parecía que, debido a ello, se desangraba lentamente.

–Calli, no tienes que trabajar –Stavros se llevó la mano a la frente y añadió con impaciencia–: Claro, no lo sabes porque no has ido al ático. Si estuvieras allí, habrías recibido una carta de Norma en la que te dice que los Underwood te han hecho una oferta. Brandon tendrá que renunciar a sus preciosos caballos para empezar a aproximarse a la cifra que he sugerido.

–¿Qué?

–No firmes nada hasta haber hablado con Takis o conmigo. Te vendes muy barata en esta clase de cosas. ¡Maldita sea, desplúmalo! Dónalo todo después a obras benéficas si no soportas quedarte con el dinero, pero exprímelo.

Parecía sediento de sangre.

–¿Para eso has venido? ¿Para hablar de eso? Porque…

–No, he venido porque…

–¿Hay papeles que todavía no he firmado? ¿O ha ocurrido algo peor? No se habrá echado atrás tu abuelo, ¿verdad?

–Cállate, Calli –se pasó la mano por el rostro y levantó la mano como si le pidiera un poco de paciencia–. No debería hablarte tan bruscamente. Es por la frustración. No has contestado a mis mensajes y no estabas en el ático. Hasta que no te he visto, temía que te hubiera pasado algo.

–Estoy bien. He cambiado de móvil y de número, pero mi dirección electrónica sigue siendo la misma. Podrías haber intentado mandarme un correo.

–¿Por qué has cambiado de teléfono? Puedo permitirme pagarte las facturas. Y te dije que vivieras en el ático.

–Es el piso de tu familia. No me pareció bien.

–Es nuestro, tuyo y mío –la miró con la boca plegada en una fina línea–. No estoy acostumbrado a que alguien me borre de su vida de ese modo.

Ella bajó la vista y la fijó en los zapatos de él.

–Ya has hecho mucho por mí. No quería aprovecharme.

–Ni siquiera llevas puesta la ropa que te compré. Dejaste el colgante y todo lo demás.

Ella fue consciente de la camiseta y los *leggings* que llevaba, que le estaban grandes, de su rostro sin maquillaje, sus pies descalzos, del cabello, que se le había secado al aire, y de que no llevaba sujetador.

Se cruzó de brazos.

–¿Quieres a Takis? ¿Es eso?

–¿Qué? No. Ya te lo dije. Lo quiero como a un padre o a un hermano.

–¿Me quieres?

–¿Cómo? –tuvo la impresión de que un potente foco la perseguía y no tenía un sitio donde esconderse.

Stavros lo sabía. Tenía la certeza. Asentía como si fuera una conclusión previsible.

Ella apartó la mirada.

–Stavros… –protestó débilmente.

–Me quieres, pero no me dejas cuidarte. No tiene sentido, Calli.

–Tú no me quieres –dijo ella con sequedad.

–Te gusta que tu amor sea unidireccional. Quieres a tu hijo sin que él ni siquiera sepa de tu existencia; quieres a Ophelia, a pesar de que te provoca constantemente. Apostaría toda mi fortuna a que todavía sientes cariño por tus padres, a pesar de que no se lo merecen. Quieres de forma incondicional, Calli. Y me quieres, lo sé. Pero me has dejado y, por fin, he hallado el motivo. Hay alguien a quien no quieres: a ti misma.

Ella se echó hacia atrás como si la hubiera golpeado e hizo ademán de marcharse, pero él la retuvo agarrándola por los brazos.

–No fue culpa tuya, Calli.

–No sigas por ahí –intentó desasirse, pero él la obligó a mirarlo a los ojos.

–Deja de echarte la culpa. ¿Crees que no lo entiendo? Yo me considero despreciable desde que nadé hacia la orilla sin mi padre. Me preguntaste si te quería, pero no podía cargarte con ese peso –se llevó la mano al corazón–. ¿Quién podría querer mi amor? No tiene ningún valor.

–No digas eso.

–Dejé que te fueras, ¿no? Dejé que te marcharas creyendo que no te quería, que no merecías que te quisieran. Pero claro te que lo mereces, y mucho. Mi amor por ti ocupa tanto en mi interior que

casi me impide respirar.

–Stavros…

–No estás mancillada ni eres una mala madre. Eres una mujer cálida y afectuosa –le tomó el rostro entre las manos y la miró tiernamente a los ojos–. Redímenos a los dos, Calli. Dime que merezco ser amado y deja que yo haga lo mismo por ti.

Ella notó que la vista se le volvía borrosa. Parpadeó y las lágrimas le corrieron por las mejillas.

–He cometido muchos errores.

–Yo también, pero te quiero tal como eres. Ahora, reconoce que me quieres, con todos mis defectos.

–Sí, te quiero –apenas podía respirar, sobre todo cuando los labios de él rozaron los suyos.

El beso fue una bendición. Un toque fresco al principio, seguido de una presión más cálida, de amor, de dulce amor que se abrió suavemente a la pasión. Él le introdujo los dedos en el cabello y ella dio un paso hacia el calor de su cuerpo. Sus bocas se fundieron y fueron incrementando la profundidad del beso poco a poco, hasta que se convirtieron en un solo ser, compartiéndose mutuamente.

Se besaron sin parar. Ella le rodeó el cuello con los brazos mientras el corazón de él latía con tanta fuerza que ella lo sentía en su pecho.

Él echó hacia atrás la cabeza para secarle la mejilla con el pulgar.

–*S'agapó, gynaika mou*. Te quiero, esposa mía, y me niego a divorciarme. ¿Qué te parece?

–Me parece que me estás salvando de mí misma –apoyó el rostro en su camisa y lo abrazó con fuerza–. Me da miedo quererte tanto, desearte tanto.

–Al tirarme desde un acantilado he sentido menos terror que al venir a buscarte. No podía permitirme fracasar. Te dije que no tenía ninguna razón para vivir, pero no es así. La tengo. Tú eres la razón, Calli –la estrechó entre sus brazos como si no quisiera dejar que nunca se separase de él.

–Tienes muchas razones, Stavros.

–Eres muy modesta, *glykia mou*. No subestimes lo que significas para mí.

Ella dio un paso atrás mientras intentaba asimilar la enormidad de aquello.

–Quería quedarme embarazada –reconoció con voz ronca, revelando su deseo más profundo. Tal vez fuera una pequeña prueba, pero él la superó fácilmente.

–Yo también lo deseaba –le acarició la mandíbula–. Cuando estés lista, *agápi mou*; cuando estés segura de mí, tendremos todos los hijos que quieras. Y siempre habrá sitio para tu hijo.

¿Cómo era posible que ella se mereciera a alguien como él?

–Te quiero, Stavros.

–Yo también te quiero.

Epílogo

DE TODOS los retos desafiando a la muerte que Stavros había superado a lo largo de los años, ninguno le había puesto tan nervioso como ver a su esposa dar a luz. Se había sentido completamente impotente, obligado a verla sufrir, a superar el miedo y a llevar a cabo una hazaña concebida por la naturaleza como la prueba definitiva.

Su hijo y ella pasaron airosamente la prueba. Sin embargo, diez días después, Stavros todavía tenía la boca seca y estaba totalmente seguro de que no volvería a intentar pasar por aquello.

–¿Está despierto? –murmuró Calli, soñolienta al despertarse de la siesta.

Stavros dejó de contemplar el creciente descontento del rostro de su hijo y miró a su esposa. Tenía buen color y la sonrisa de haber descansado. Había alegría en sus ojos. Estaba tan hermosa que el corazón le dio un vuelco.

Se sentó en el borde de la cama y utilizó la mano que tenía libre para ayudarla a sentarse. Esperó a que ella colocara las almohadas y se recostara. Después le entregó a Lethe y la observó mientras se lo acercaba al pecho como si llevara toda la vida haciéndolo.

Lanzó un suave y tembloroso suspiro. El niño ni siquiera pesaba aún cuatro kilos, pero sentía una profunda responsabilidad hacia él. Todavía la estaba asimilando.

–¿Ha sonado antes el teléfono?

–Era Ophelia. Le han salido bien los exámenes. Volará a Atenas mañana y Takis la traerá aquí la semana que viene. Después he llamado a Takis para decirle que nos gustaría que ella se quedara a pasar el verano con nosotros, si a él no le importa. Me ha dicho que, a la edad de Ophelia, pasar mucho tiempo con un recién nacido puede tanto fomentar como reducir el comportamiento impulsivo.

Los dos se echaron a reír.

–Llaman a la puerta –dijo Stavros.

Simpson iría a abrir. Se habían instalado en la mansión de

Edward el año anterior, una vez confirmado el embarazo, y habían adoptado rápidamente la rutina del abuelo de Stavros de pasar la mitad del tiempo allí y la otra mitad en Galini. De hecho, habían ido allí directamente desde el hospital y habían vuelto a la ciudad la noche anterior.

Stavros fue a saludar a sus invitados mientras Calli acababa de dar de mamar al bebé y se arreglaba.

Cuando bajó las escaleras, James, a quien ella seguía llamando Dorian en su corazón, la esperaba con impaciencia colgado de la barandilla. El niño le tendió un oso de peluche que llevaba una cinta azul alrededor del cuello.

–¿Es para mí? –Calli se agachó para abrazarlo.

–Es para mi hermano –el niño estaba llegando a una edad en la que las muestras de afecto eran breves incluso con la madre, pero no hizo ademán de separarse del brazo con el que Calli lo abrazaba y miró el rostro dormido de Lethe, que ella sostenía con el otro–. ¿Es él?

–Sí, es Lethe. El oso le va a encantar. Gracias –dejó el oso sobre el pecho del bebé–. ¿Cómo está tu hermana? ¿Cómo fue la cita médica de ayer?

–Está mala, y no ha podido venir.

–Solo es un resfriado –intervino rápidamente Wanda cuando Calli la miró con preocupación–. Los análisis han dado buenos resultados –cruzó los dedos–. Pero no queríamos que Lethe se contagiara, así que se ha quedado en casa con su padre.

–Espero que se mejore –Calli se irguió para abrazar a Wanda.

Esta sonrió a Lethe con la enternecida expresión que la mayor parte de las mujeres muestran al mirar a un recién nacido.

–Es precioso. Mira qué boca. Es como la tuya, igual que la de James.

Wanda y Calli se habían hecho amigas rápidamente. Calli solo había vuelto una vez a Nueva York durante unas semanas, cuando Wanda la invitó a visitar a James. Le había estado remordiendo la conciencia después de pedirle a Calli que esperara para conocer a su hijo. «Es evidente que lo quieres», había dicho. «¿Quién soy yo para negar a mi hijo más amor en su vida? ¿Y si nos pasara algo y te hubiéramos mantenido apartada de él?».

Calli había estado con Wanda más de una vez en el hospital, esperando a que su hija saliera del tratamiento. Compartían un hijo y muchas cosas más.

–Hemos estado muy nerviosos toda la mañana –dijo Wanda mientras James se ponía de puntillas para tratar de ver a Lethe otra

vez.

–Lethe también –dijo Stavros muy serio–. Ha estado preguntando por ti, James, toda la mañana.

–¡Pero si es un bebé! –protestó el niño al tiempo que lanzaba una mirada a Stavros que le indicaba que no le iba a engañar.

Stavros y James tenían una relación especial, que se caracterizaba por encendidas discusiones sobre superhéroes y partidos en los que se disputaban una pelota de gomaespuma.

–¿Quieres tenerlo en brazos? –Calli se sentó en el sofá e indicó a James con una palmada el cojín que había a su lado. James se sentó.

El corazón se le derretía siempre que estaba con él, cada vez que lo miraba a los ojos.

Depositó con suavidad a su hijo recién nacido en los brazos de su hermano y se lo colocó en el regazo, dejando una mano suavemente posada sobre el bebé. Se sentía tan feliz que apenas podía soportarlo. Lethe bostezó y abrió los ojos, lo que emocionó a James.

–Me está mirando.

–Claro que sí –Calli apenas podía pronunciar palabra–. Dile hola.

–Hola, Lethe, soy James, tu hermano –después se inclinó hacia él para susurrarle–: Te quiero.

A Calli se le llenaron los ojos de lágrimas.

–Esto es demasiado bonito para explicarlo en palabras –afirmó Wanda con voz emocionada–. Siéntate con ellos, Stavros. Voy a sacaros una foto.

Stavros se sentó al lado de James y estiró el brazo para acariciarle el hombro a Calli. Ella alzó la vista y miró sus ojos cálidos y oscuros, llenos de amor.

–¿Sabes lo feliz que me hace verte tan feliz? –susurró él.

–Entonces, debes sentirte muy feliz –contestó ella con voz ahogada.

Él le acarició la mejilla para secarle una lágrima.

–Así es.

Más tarde, cuando la casa estaba tranquila, su hijo dormía en la cuna y estaban desnudos en la cama, ella se acurrucó contra él y le dijo:

–A veces me pregunto qué hubiera pasado si Sebastien no te hubiera mandado a la isla.

Sebastien seguía proponiéndoles desafíos extremos, pero Stavros se había vuelto menos selectivo y estaba contento yendo simplemente a esquiar o a pasar unas sencillas vacaciones con sus

amigos. Calli se había hecho muy amiga de sus esposas, que era otra cosa que no habría podido hacer si Stavros no hubiera aceptado la apuesta de su amigo.

A veces, a Calli le parecía que la felicidad que sentía era provisional.

Pero el susurro de él la tranquilizó.

–Habrías venido aquí a buscar a Dorian y yo te habría visto. Estaríamos exactamente donde estamos ahora.

–¿En una ciudad tan grande? –Calli alzó la cabeza intentando verle el rostro en la oscuridad–. ¿De verdad crees que te hubieras fijado en mí?

–Sí. Aunque hubieras conseguido quedarte con Dorian, nuestras vidas se habrían cruzado en algún momento. Estábamos destinados a estar juntos, Calli.

Sus palabras la conmovieron.

–Cuando dices esas cosas, te creo –volvió a acurrucarse contra él y le pasó el brazo por la cintura al tiempo que cerraba los ojos para no romper a llorar de emoción.

–Nadie te querría como te quiero yo –le besó el cabello y la mejilla, antes de buscar su boca–. Nadie me querría como me quieres tú.

Se besaron. La pasión no había disminuido entre ellos y se había mantenido con intensidad hasta la noche antes de que ella diera a luz. Stavros se había portado como un caballero desde el nacimiento del bebé, pero ella notó lo excitado que estaba, y lo acarició.

Él gimió.

–Echo de menos hacer el amor contigo –afirmó.

–Tendremos que buscar otras formas de tranquilizarnos, ¿no te parece? –se burló ella–. Por suerte para ti, soy una mujer con inventiva.

–Yo también soy muy innovador. A ver qué se nos ocurre.

La acarició y ella emitió un sonido de satisfacción mientras se hundía en el placentero mundo que él le proporcionaba. En su alegría.

Stavros estaba en lo cierto: algo tan perfecto tenía que ser cosa del destino. No volvería a preocuparse por ello.

Podrás conocer la historia de Alejandro Salazar en el tercer libro de *Millonarios de incógnito* del próximo mes titulado:
ENTRE LA VENGANZA Y EL DESEO